

Sal, Tequila y
Limón



**Katy
Molina**

SAL, TEQUILA Y LIMÓN

Katy Molina

Ediciones KatMG



©2018 septiembre, primera edición.

Autora; Katy Molina

Editor/Diseño de cubierta: Katy Molina.

Corrección a cargo de Higinio Zapata.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Obra Registrada en Safe Creative. Todos los derechos reservados.

*“Me dejé la piel en cada beso...
Me peleé con el miedo por reprimir aquello que mi corazón anhelaba y fue
suficiente para entregarte mi tiempo.*

*Fuiste aliento de mis sentimientos con cada paso que mis labios daban sobre
tu cuerpo. Dibujé pasión en tu piel cosiendo mi alma a la tuya. Me dejé la
piel en cada beso para enamorarte, me perdí entre tus brazos y busqué la
salida comiéndote la boca.*

Qué loco es el amor cuando el corazón sonríe y llora de emoción...”

Katy Molina



Serie Las Mujeres González

Libro 2

Prólogo

Han pasado seis años desde que Pandora, la pequeña de las mujeres González, diera a luz a su hija Macarena. A pesar de no saber quién es el padre pues se quedó embarazada en una orgía, tira adelante contra viento y marea, sin desmerecer la ayuda constante que recibe de su familia.

Tras reunirse en Nueva Orleans con su familia cuando todavía estaba en cinta, decide recuperar el tiempo perdido con sus tías mellizas y sus primas y se queda a vivir con ellas. Pero la vida de madre soltera le pasa factura en muchos sentidos; se acabó viajar, las fiestas locas, y sobre todo el sexo. Lleva seis años sin mantener relaciones sexuales con hombres, tampoco tiene citas. Su rutina se ha vuelto asfixiante y aburrida hasta que un día una anciana le hace una visita en la trastienda de su negocio de ocultismo, “La Rosa de Jericó”. Viene en busca de ayuda, y quiere que Pandora le eche las cartas del Tarot para saber ciertos detalles de su nieto Izan.

Todo cambiará en ese preciso instante, el destino unirá a un bombero, a una pitonisa, a un espíritu y a toda la familia González para encontrar la verdad de Pandora. Lo que no se imagina ninguno es que la verdad se encuentra en el pasado y en una botella de tequila.

Una visita inesperada

Pandora dormía plácidamente, ajena a que el gallo había cantado hacía tres horas y que era lunes, día laboral. Estaba soñando que era la reina de la fiesta y que estaba subida a un escenario, moviendo las caderas de manera sensual. Todos los de la sala la comían con la mirada, y se sentía querida por aquellos ojos lascivos. Últimamente tenía esa clase de sueños, ya que llevaba seis años sin disfrutar de un hombre en la cama y de una buena juerga. La culpa: su hija Macarena, de seis años. Criar sola a una niña había sido muy difícil, aunque no se podía quejar, ya que sus tres tías mellizas y sus primas la habían ayudado bastante con la educación.

Se despertó justo cuando estaba a punto de besar a un hombre sexy. Abrir los ojos y ver la realidad la puso de mala leche, pero todavía más cuando vio que eran las nueve de la mañana. Pegó un bote en la cama y se vistió a la carrera; llegaba tarde a trabajar y a llevar a la niña al colegio. Salió disparada del dormitorio y fue derecha a la habitación contigua, donde dormía Macarena. La encontró vacía y maldijo pensando que su tía Rosario se habría ocupado de la niña. Eso significaba sermón sobre cómo ser una buena madre responsable. Bajó los escalones de la mansión de dos en dos hasta llegar al vestíbulo, y encontró a la pequeña arreglada y con la cartera colgada. Estaba preparada para ir al colegio.

—¡¡Macarena!! —gritó.

—Mami, ya era hora. La tía Rosario me ha dicho que no me moviera de aquí hasta que bajaras. Llevo un buen rato.

—Lo siento, cariño. Mami estaba de fiesta en un sueño y no quería despertar. Venga, que te llevo al colegio. Vamos muy tarde.

—La maestra se va a enfadar otra vez, y yo no tengo la culpa de que mami

sea un oso y le guste dormir mucho.

—Macarena, no me pongas más de los nervios. —Cogió a la niña como si fuera un marrano, sujeta a la cintura, y salió de la mansión a por la bicicleta. Hacía tres meses que le habían retirado el carné de conducir por saltarse un semáforo en rojo. No era la primera vez, puesto que siempre iba con prisas.

Rosario la esperaba fuera con los brazos en jarras y dispuesta a reñir a su sobrina. Pandora, al verla, suspiró sin ganas de más sermones. Sabía que tenía que organizarse mejor con la niña.

—Pandora, han pasado seis años y todavía no te has enterado de que eres madre. Tienes que ser más responsable con tus cosas y tu hija. Tienes que seguir una rutina.

—Lo sé, tía, ahora no me des la charla. Tengo que llegar al colegio e inventarme una excusa.

—Tía, el otro día le dije a mi profesora que tenías dolor de tripa y que tuvo que cambiarte el pañal porque estás muy mayor.

Rosario se encendió como el fuego, echando chispas por los ojos. Pandora tapó la boca a la niña y pasó por su lado sin mirarla. Aquel comentario desafortunado traería consecuencias. Montó a la pequeña en la sillita de la bicicleta y salió de la mansión sin decir adiós. Por su bien era mejor callar y no echar más leña al fuego.

—¡Todavía puedo limpiarme el culo yo sola! —gritó Rosario indignada. Pandora no lo pudo evitar y empezó a reír de manera histérica.

La bicicleta era un medio ecológico, pero muy incómodo. Por mucho que pedaleaba, se tardaba más que en coche en llegar a la ciudad. Llegaron media hora después de haber empezado las clases. Se excusó con la maestra inventándose otra mentira. Esta vez le tocó a Manuela, y le dijo que le había subido la tensión. La señora Paty se preocupó; sabía que Pandora vivía en la mansión con sus tías mellizas. La comprendió porque no solo tenía como

responsabilidad a Macarena, sino que tenía que hacerse cargo también de aquellas señoras mayores.

Salió victoriosa del colegio y fue paseando con tranquilidad montada en la bicicleta hasta su negocio, que no era otro que una tienda de artículos de magia. Tenía de todo: cartas del tarot, amuletos, remedios caseros, piedras de energía, etc. Aparte, en la trastienda tiraba las cartas a todo aquel que lo deseara. La tienda se llamaba “La Rosa de Jericó”. Antes de llegar paró en la cafetería de enfrente para comprar un café con sabor a caramelo. Se había vuelto una golosa en todos los aspectos, y físicamente había subido unos kilos desde el embarazo.

Abrió la puerta con la llave y entró. Se dispuso a encender las luces, a dejar el cambio en la caja y a sacar los artículos nuevos que habían llegado el día anterior. Entró a la trastienda para apilar los cartones cuando vio la puerta de la habitación donde hacía las sesiones del tarot abierta. La abrió con cautela y, para su sorpresa, vio a una anciana de semblante simpático sentada a la mesa. Pandora se extrañó, pues no había visto entrar a nadie. Es más, la puerta tenía una melodía para avisarla de que había entrado un cliente.

—Buenos días, señorita. He venido para que me ayude —exclamó la anciana.

—¿Cómo ha entrado?

—Por la puerta, claro. ¿Se encuentra bien?

—Sí, pero... no la he visto entrar.

—Está usted muy estresada. Debería salir más.

—Tiene razón, pero mi vida es complicada. Vivo con las tres parcas que tejen mi destino—pensó en sus tres tías controladoras.

—¿Me va a ayudar?

—Por supuesto. Hábleme del problema. —Pandora se sentó con ella y cogió la baraja egipcia para hacer una tirada.

—Mi nieto tiene novia desde hace unos meses. Él cree que está enamorado,

pero no lo está. —La joven puso cara de circunstancia al comprobar que era otra del club de fans de hacer la vida imposible a la familia, como hacían sus tías con ella—. La muy puta lo engaña con su jefe. Izan es bombero y tiene un buen sueldo. Esa mujer solo quiere el dinero que mi nieto heredó de mí. Quiero que vaya a hablar con él y le diga todo lo que le he contado.

—¿Qué? No puedo hacer eso. Solo echo las cartas para comunicarme con los espíritus y que ellos nos guíen para hallar respuestas a las inquietudes de la gente. —Pandora pensó que aquella anciana estaba loca.

—¿Y qué soy yo, señorita? Una clienta que viene del más allá para pedirle ayuda. Estoy muerta. ¿No se lo cree? Mire... —la anciana se levantó de la mesa y la atravesó, quedándose en medio.

Pandora chilló alucinada; nunca había entablado conversación con un espíritu. La única que podía hacerlo era su prima Carmela. Nerviosa, salió corriendo de la trastienda. Al llegar a la tienda, se encontró a la anciana de pie al lado del mostrador.

—No puede ser. Yo...

—Querida, tienes el mismo don que tu familia. Todas estáis cortadas por la misma tijera. ¿Me vas a ayudar?

—Su nieto pensará que estoy loca de atar. Además, es mayorcito para darse cuenta de que su novia es una fresca.

—Los hombres necesitan de sus abuelas para abrir los ojos, pero hija, hace una semana me quedé frita delante del televisor. Un infarto, y no me dio tiempo a despedirme de él. No puedo cruzar al otro lado si no me ayudas.

—¡Dios mío! Vale, espere. Supongamos que voy y le cuento todo. ¿Me dejará en paz?

—Claro, si deja a Daniela. Si no, tendremos que idear juntas un plan para deshacernos de esa mujer malvada.

Pandora se rindió y se sentó en un banquito de madera que tenía en la tienda.

Miró al fantasma, que parecía muy real, y supo que no tenía otra opción. Debía ayudarla si quería que desapareciera de su vida.

—Lo haré. ¿Cuál es su nombre?

—Mindy Madison. Gracias, querida. Al mediodía va a comer a una hamburguesería a dos manzanas de aquí. Estamos en contacto.

Pandora vio cómo la señora Mindy desaparecía atravesando la pared. Sin dudar, cogió el teléfono y llamó a Carmela, la cual vivía en la casita de la piscina con Bruno. Hacía un año que hicieron oficial su compromiso, y se casaban en un par de semanas. Sabía que estaba muy liada con la boda, pero esta aparición era aún más importante.

—Carmela, vas a flipar.

Le contó a su prima toda la conversación con la anciana. Esta le aconsejó que lo mejor para ayudarla, a pesar de que no era de su incumbencia, pero debía ayudar a Mindy a cruzar al otro lado. La sevillana había aprendido a aceptar su don desde aquel episodio con su ex cuñado. Desde entonces veía la magia como un regalo y no como una maldición. Ahora le tocaba a Pandora aprender sobre el tema y aceptar su parte de bruja.

Esta colgó, desanimada. No sabía qué hacer con respecto al tal Izan. La mañana transcurrió un poco torpe; tenía la cabeza en otra parte. A la dos de la tarde cerró la tienda para ir a buscar a Macarena al colegio. Todos los niños habían salido, menos ella, y eso la preocupó. Entró en clase y la encontró en un rincón llorando. Un sentimiento de protección surgió de sus entrañas y fue a abrazar a su pequeña. La cogió en brazos y le limpió las lágrimas.

—¿Por qué lloras?

—La señorita Paty me ha llamado mentirosa.

—¿Por qué?

—Porque le he dicho que Marco quería jugar con la pelota y no se lo ha creído.

—¿Quién es Marco?

—Mi hijo; murió hace tres años. Es de muy mal gusto descubrir las desgracias ajenas y hablarles de ellas a tus hijos. No le encuentro otra explicación. Seguro que usted se enteró de lo de mi hijo y cuchicheó delante de la niña. De ahí que diga que ve a Marco. Es usted una mala madre —exclamó la maestra, con los ojos anegados en lágrimas.

Pandora no hizo caso a su comentario. Era consciente de que aquel suceso había provocado sentimientos encontrados. El dolor por la pérdida de un hijo era insoportable; no se imaginaba la vida sin su Macarena. Dejó a la pequeña, que seguía llorando en el suelo y, con cariño, le levantó el mentón para que la mirase.

—¿Cómo es Marcos?

—Es moreno, tiene rizos, y los ojos son muy azules. Tiene una cicatriz en la ceja de una caída cuando tenía dos años, y dice que su mami lo llamaba lucero.

La maestra se llevó la mano a la boca, impresionada por los detalles que daba la niña. El cuerpo le temblaba de tal manera que tuvo que sentarse encima de la mesa para no caerse al suelo.

—¿Te ha dicho Marco algo que tengas que decirle a la señorita Paty?

—Sí, mami. Me ha dicho que le diga que no fue culpa suya. Que la quiere y que la esperará al otro lado junto a sus abuelos. Que no tenga prisa por reunirse con él, que todavía le queda una vida por vivir —Macarena sonrió a Marco, que estaba junto a su madre. El pequeño fantasma le dio un beso en la mejilla, y esta sintió el frío en la piel. Un olor particular, que era inconfundible, le confirmó que Macarena no mentía: era el aroma de su pequeño. Después, Marco se evaporó en mil partículas de luz.

—Se ha ido, mami. , ¿A dónde se van?

—A un lugar mejor. —Cogió a la niña en brazos y miró a la profesora—.

Siento mucho que su hijo falleciera. Él está bien y se ha ido. No vuelva a llamar mentirosa a mi hija; solo quería ayudarla.

Pandora abandonó la clase, preocupada. Hasta ahora no tenía ni idea de que su pequeña también pudiera ver y hablar con fantasmas. Era una preocupación más para añadir al saco de las responsabilidades. Deseaba que Macarena tuviera una infancia agradable fuera de ese don que era más bien una maldición según el pensamiento de Pandora. Al llegar a la calle, besó a su hija y la miró con amor.

—No tienes de qué preocuparte. A veces los que se van nos visitan para que les ayudemos.

—Ya lo sé, mami. Los veo desde siempre, que yo recuerde. Me protegen y no me hacen daño. Son mis amigos.

—Vale, pero no quiero que vayas contando esto por ahí, ¿de acuerdo? Será nuestro secreto. —Protegería a la niña por encima de todo.

Los problemas se le acumulaban, y eso la ponía de los nervios. Primero iría hablar con el tal Izan, y después tendría una reunión con la familia sobre el don de Macarena. Tenía pensado hacerle algún amuleto para que la protegiera de los malos espíritus. Ante todo, era la seguridad de su hija antes que la suya propia.

La llevó a la iglesia de Saint Louis para que su tía Manuela cuidara de la pequeña en su ausencia. Encontró al padre Samuel confesándola, y esperó paciente a que terminara. No quería ser la causante de que su tía fuera al infierno por no confesarse a gusto. Pandora observó que su tía sonreía al párroco con mucha amabilidad, y aquello le llamó la atención, ya que su tía no solía sonreír a hombres. Tosió para llamar su atención, y vio cómo la cara de Manuela cambiaba al verla. Después miró a la pequeña, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Manuela.

—Hola, tía. Necesito que me hagas un favor. Tengo un compromiso con un cliente de la tienda y necesito resolverlo. ¿Te importa cuidar de Macarena?

—No, claro que no. Ahora íbamos a comer con las monjas del convento. Seguro que a Macarena le gustará conocer a Dios.

—¿Quién es Dios? —preguntó curiosa la niña.

—Un señor que vive en las Vegas y hace milagros. Pórtate bien, cariño. Vendré a buscarte dentro de un par de horas. —Besó a su hija y se marchó.

Manuela cogió a la pequeña de la mano y la llevó al convento junto al padre Samuel. Este iba los lunes a confesar a las hermanas, y siempre le invitaban a comer. La pequeña iba entusiasmada y emocionada, pues iba a conocer a Dios. Macarena no había recibido ninguna clase de educación religiosa. Pandora no quería meter esas ideas a su hija en la cabeza y, a pesar de que Manuela insistía, no había podido. Aquel día iba a ser diferente, y aprovecharía la ausencia de su sobrina para hablarle de su pasión por la religión católica.

Llegaron a una capilla pequeña donde había una talla de Jesucristo crucificado en la pared. La niña, al verlo, se soltó de la mano de Manuela y se quedó mirándolo con ojos curiosos. Después miró a su tía, con una pregunta que le rondaba en la cabeza.

—Tía, ¿quién es?

—El hijo de Dios, tesoro —habló con amor.

—Se está haciendo pipí. ¿Por qué no va al baño? —Manuela la miró sin entenderla, al igual que Samuel.

—¿Por qué dices eso? —preguntó su tía.

—Tiene las piernas cruzadas. Cuando yo me estoy haciendo pipí también las cruzo para no hacérmelo encima.

—Buena observación, pero no necesita ir al baño. Será mejor que vayamos al comedor con las hermanas.

Manuela cuidó a su sobrina toda la tarde. La llevó a hacer un recorrido por la iglesia y le habló de su fe. Le metió en la cabeza la idea del bautismo y de la comunión. Se lo presentó como una fiesta que todas las niñas celebraban, pero debían pedírselo a su madre para que le diera el consentimiento. Quería que Macarena fuera educada en el catolicismo, aun sabiendo que Pandora estaba en contra. Pero todavía era demasiado pronto, tenía tres años por delante para convencer a la pequeña pues sería la única manera de que su sobrina no le quedase más remedio que aceptar.

Conociendo a un engreido

Pandora observaba al grupo de bomberos desde la barra. Pidió un café para ganar tiempo y pensar cómo decirle que su novia le estaba poniendo los cuernos con su jefe. Siempre había sido muy descarada para algunas cosas, pero muy tímida para otras, y en esta ocasión no encontraba el valor para llevar a cabo la petición del fantasma.

De pronto, sintió frío en la nuca; el vello se le erizó, y una voz chillona le recordó para lo que había venido. Se giró con disimulo y ahí estaba la anciana, mirándola fijamente. Esta negó con la cabeza para que tuviera piedad, pero Mindy Madison la amenazó con perseguirla toda la vida, hasta cuando estuviera en el cuarto de baño, si no le decía a su nieto la verdad.

Bajó del taburete suspirando y, con indecisión, llegó a la mesa de los bomberos. Se quedó parada y sin llamar la atención. Los hombres hablaban entre ellos y reían, hasta que uno de los compañeros de Izan reparó en su presencia.

—Señorita, ¿desea algo? —preguntó el jefe de bomberos, el señor Claudio.

—Yo... —Pandora se quedó en blanco. No podía decirle lo de su abuela muerta delante de todos sus compañeros. Se burlarían de ella.

—Vaya, a la gatita se le ha comido la lengua el gato —exclamó Izan, haciéndose el gracioso. Desde ese instante, Pandora le echó la cruz: no le gustaban los hombres prepotentes.

—Disculpen, estoy un poco nerviosa. Me llamo Pandora González y estudio periodismo. Mi tesis va sobre el trabajo tan sacrificado de los bomberos. Me preguntaba si sería posible pasar unos días con ustedes para mi trabajo universitario.

Mindy, que se encontraba justo a su vera, se quedó mirando a la joven con la boca abierta. Esta la observó de reojo y se mordió el labio, nerviosa. No se

había atrevido a decirle la verdad a Izan delante de los compañeros, y se le había ocurrido esta pequeña mentira piadosa para acercarse a él. El jefe de bomberos sonrió agradecido.

—Señorita, será un honor ser parte de su tesis y que la gente conozca el trabajo que realizamos para la comunidad. ¿Cuándo quiere empezar?

—Pues si no le importa, mañana por la mañana. Tengo que ir a recoger a mi hija a la iglesia —contestó, con las manos sudorosas.

—Por supuesto; primero están nuestros hijos. ¿Es muy pequeña? —preguntó Claudio. Le encantaban los niños; él era padre de tres bellezas.

—Sí. Tiene seis años.

—Siempre puede dejarla con el padre. El trabajo es el trabajo, y tiene que organizarse. ¿No cree? —soltó Izan con arrogancia.

—No tiene padre. Solo me tiene a mí —contestó un tanto molesta con aquella actitud altiva.

—Madre soltera. Creo que ya está todo dicho. —Claudio le dio un codazo por su desfachatez y le obligó a disculparse con la joven, pero Izan se negó.

Pandora se ofendió por sus palabras fuera de tono; no la conocía de nada para juzgarla de aquella manera. Encima la hizo sentir estúpida, y además, no podía mandarlo a la mierda si quería que Mindy Madison la dejara en paz. Se tranquilizó pensando en el momento clave, cuando tuviera que decirle que su novia le era infiel. Al menos tendría esa pequeña satisfacción al verle la cara de idiota que pondría cuando le soltase la bomba.

—Señorita, disculpe su actitud; lleva una semana muy dura. Su abuela falleció inesperadamente.

—Dígamelo a mí... —susurró tan bajo que no la escucharon.

Quedó en aparecer en el parque de bomberos al día siguiente. Se despidió y agradeció a Claudio su amabilidad. Pandora caminó deprisa para llegar lo antes posible al convento. Quería recoger a su hija e ir a casa a organizar el

problema que se le venía encima. Mindy la seguía por la calle, relatando y echándole en cara que no había cumplido con su palabra. Harta, se paró en mitad de la calle sin importarle quien pudiera verla hablando a la nada.

—No tienes derecho a decirme nada. No me habías dicho que tu nieto era un cretino imbécil.

—Izan es un buen hombre. No deberías juzgar a las personas sin conocer su historia —la regañó.

—¿Disculpa? Te recuerdo que tu nietecito me ha juzgado por ser madre soltera.

—Izan...

—Izan, Izan. ¡Ya basta! —La gente la miraba como si estuviera loca—. Ahora no me apetece hablar, así que desaparece.

El fantasma se esfumó delante de sus narices. Pandora se arregló la ropa y miró a su alrededor. Había unas cuantas personas pendientes de su monólogo. Estaba tan cabreada que los miró y gritó: «¡¿Qué?!». Sin ganas de más espectáculo bochornoso, fue directa al convento. Una de las monjas abrió la puerta y la dejó entrar. Al pasar por la sacristía encontró a Macarena hablando con la talla de Jesucristo crucificado. Le entró un no sé qué por el vientre que casi se desmaya. Corrió hasta la pequeña para apartarla de la imagen. Pandora era la mujer más atea que existía en el universo, y no quería que su pequeña se dejara engatusar por la secta de su tía Manuela. Eso representaba el catolicismo para ella.

—Macarena, ¿qué haces?

—Estoy hablando con el amigo de la tía Manuela. Es buena gente.

—Macarena se levantó y salió corriendo.

—¿Qué...? ¿Buena gente? ¿Te ha hablado? —Pandora miró la talla con respeto y se santiguó por primera vez en su vida.

—No seas boba, mami. Él está muy ocupado, pero su mensajero no.

—¿Su mensajero? —Se le puso el vello de punta y le entró pánico. Cogió a la pequeña en brazos y la miró muy seria—. No quiero que hables más con Jesús, ¿me has entendido?

—No estaba hablando con él, sino con el monje que se esconde detrás de la talla. Me ha explicado muchas cosas del amigo de la tía.

Pandora salió del convento sin despedirse de su tía. Le pidió a la monja que la acompañó a la salida que le dijera que tenía prisa y no podía pararse. Cogió la bicicleta y salió corriendo lejos de aquel lugar infernal. Estaba muy preocupada por su hija. Hasta ahora no había sido consciente del don de Macarena, y eso le quitaba el sueño. Bien se conocía que en el mundo existía tanto el bien como el mal, y no quería que un espíritu maligno le hiciera daño.

Antes de ir a la mansión, pararon en el supermercado para comprar zumos y algunas cosillas para la niña. Pandora cogió un carro y montó a la pequeña para tenerla vigilada. Caminaba distraída por la calle de los refrescos cuando de repente se topó frente a frente con Izan. Un hormigueo de mala leche se instaló en su vientre, pero se hizo la loca y paró para coger refresco de naranja. Una vez conseguido su objetivo, salió del pasillo casi a la carrera huyendo de aquel hombre maleducado. Respiró hondo, creyendo que no la había visto, y fue derecha a la perfumería a comprar compresas. Estaba distraída comparando precios cuando escuchó una voz a su espalda que la ruborizó.

—No sabía que el proyecto de periodista tuviera pérdida de orina. —Izan le guiñó un ojo y siguió su camino. Pandora se quedó muda. Era la primera vez que le pasaba eso con un hombre: siempre tenía respuestas y salidas de tono para todo el mundo. Se había encontrado con la horma de su zapato.

—Mami, ¿qué es orina? —preguntó Macarena mirando al bombero.

—Pipí.

Llegó a la cola de la caja y esperó su turno. Vio a Izan en la caja de al lado con sus aires de superioridad, y la sangre le empezó a hervir. No Soportaba esa prepotencia. Así que se le ocurrió una idea maligna, un aperitivo que sería parte de su gran venganza. Después de aquello, no volvería a humillarla en público, o eso creyó.

—Macarena, vamos a jugar a un juego muy divertido. —La niña se entusiasmó.

Se acercó a su hija al oído y le dio instrucciones. La pequeña rio tapándose la boca, y la convenció de hacerlo alegando que aquel hombre era un amigo de la familia y, por supuesto, no estaba haciendo nada malo. Pandora pagó y pasó por la caja de Izan, el cual estaba pagando con tarjeta.

Macarena se puso en pie dentro del carrito y comenzó a gritar: «*Papi, malo. Papi nos abandonó por otra mujer*». Pandora lo miró haciéndose la víctima delante de toda la tienda. Pudo ver con sus propios ojos cómo el bronceado de su cara desaparecía para ser sustituido por el color blanco. Le había dado de su propia medicina y, a pesar de su maldad, se sentía eufórica. Abandonó el supermercado con la cabeza bien alta y con una sonrisa de oreja a oreja. Ya en el exterior, se entretuvo en atar a la niña en la sillita de la bicicleta. De repente, alguien la agarró del brazo con fuerza y la giró bruscamente. Sus ojos se toparon con la mirada de Izan, que estaba llena de ira.

—Lo que has hecho es mezquino. ¡Hay gente que me conoce! ¡Y tengo pareja! Pueden ir con el cuento a mi chica. ¿Es que no piensas? —le recriminó.

—Si no te gusta que te humillen, no hagas tú lo mismo con los demás, memo. Ahora estamos en paz.

—No, no lo estamos. Si quieres guerra, la tendrás —habló muy cerca de su cara, de forma amenazante—. Prepárate para mañana, preciosa.

Pandora no dijo nada por Macarena, no quería asustarla. Simplemente,

maldijo en su interior. Mindy Madison la había metido en un carrusel de problemas del que no veía la salida por ningún lado. Se propuso decirle mañana lo de su abuela y terminar con la historia. No quería complicarse la vida, y menos con un estúpido. Se montó en la bicicleta y se marchó directa a la mansión. De camino, mandó un mensaje al grupo familiar para que se reunieran todas en media hora en el torreón que se había convertido en la guarida secreta de las mujeres González.

Vieja entrometida y veinte chupitos de Pacorujo

Pandora dejó a Macarena en la cocina almorzando con el tío Alfred. Se disculpó con ellos alegando que iba a darse un baño, pero en realidad se dirigía al torreón a encontrarse con su familia.

Paca, Rosario, Carmela y Úrsula estaban esperándola mientras picoteaban un poco de jamón serrano y queso de cabra. Se habían montado un pequeño vermut para engañar al estómago.

La pequeña de las mujeres González entró por la puerta un poco acalorada; había subido corriendo las escaleras. Nada más entrar, cogió una silla de playa y se

sentó al lado de estas, sirviéndose a su vez un vaso de cerveza.

—¿Dónde está Manuela? Creí que venía contigo—comentó Rosario.

—No, la he dejado en la discoteca Santa con el DJ Jesucristo —contestó con sarcasmo.

—Bueno, prima, tú dirás a qué viene tanta urgencia —dijo Úrsula.

—Vale, lo suelto sin más. Un espíritu, exactamente una vieja, me está acosando para que le dé un mensaje al gilipollas de su nieto Izan.

—¡Pandora! ¡Esa boca, hija de mi vida!—exclamó Rosario.

—¡Joder, tía! Si conocieras al nieto, pensarías lo mismo. El fantasma se llama Mindy Madison.

—¿Cómo? ¿Mindy ha muerto? Mi mejor clienta se ha ido al hoyo —Paca lamentó su muerte. Aquella señora iba tres veces en semana a por una botella de Pacorujo.

—¿La conoces? —preguntó Pandora, incrédula.

—Sí, claro. Le hablé de tu tienda la semana pasada, para que fuera a por un

remedio casero y así romper la relación de su nieto con esa mujer.

—Ahí tienes tu respuesta, prima —habló Carmela—. Por esa razón ha ido a buscarte y a pedirte ayuda.

—Cariño, tendrás que ayudarla para que pueda descansar en paz —la aconsejó Rosario.

—Me estoy haciendo pasar por una estudiante de periodismo para acercarme a él. Resulta que es bombero, y hoy hablé con su jefe para hacer un reportaje con ellos.

—¡Por Dios, hija! ¿No hubiera sido más fácil decirle la verdad?—Saltó Paca, sin entender su actitud.

—¿Quieres que le diga que veo fantasmas? Se suponía que Carmela era la única que tenía ese don. —Se cruzó de brazos, enfadada con el mundo.

—Pandora, ese don es compartido. Durante nuestras vidas —miró a todas—, se manifestará de muchas formas. Visiones, premiaciones, etc. Naciste así y tienes que aceptarlo. —Sentenció Rosario.

—Mindy es tan real que si no fuera porque puede atravesar paredes, no creería que es un espíritu. Pero tengo otra preocupación: Macarena puede verlos y hablar con ellos —Pandora explicó lo ocurrido en el colegio y en la iglesia.

—Tranquila, cariño. Todas estaremos pendientes de ella. —Rosario le dio su palabra.

En ese momento, se abrió la puerta del torreón y entró Manuela con una gallina entre las manos.

—Hermana, ¿qué haces? —preguntó Paca, mirando al pollo con cara de asco—. ¿No irás a sacrificarlo?

—No. Me la ha regalado una monja del convento.

—¿Y no podías dejarla en el corral con las de su especie? —Carmela miró al animal desplumado.

—He visto el mensaje de la reunión, y llegaba tarde. ¿Qué me he perdido?—
Pandora le hizo un breve resumen.

—Santa María, madre de Dios... —Se puso a rezar, y todas pusieron los ojos en blanco.

—Manuela, cállate. Toma, y bebe un poquito. —Paca le entregó un vaso de su nuevo mejunje, el Tequiladora.

Después de un rato de tertulia con su familia, se quedó un poco más tranquila, al contar con su apoyo incondicional. Regresó a la cocina y no encontró a Macarena; el tío Alfred se la había llevado a dar una vuelta por la finca. Aprovechó ese momento de relax para darse un baño de espuma relajante. Se encerró en el cuarto de baño y se desnudó para depilarse antes de meterse en el agua. Una vez lista, fue derecha a la bañera, pero un imprevisto de última hora hizo que se tuviera que sentar en la taza del váter.

Un gran retortijón de barriga a causa

del Tequiladora hizo que hiciera una parada de emergencia. Vacío el esfínter entre grandes flatulencias y, al acabar, cerró los ojos con una gran sonrisa de desahogo. Al abrirlos, se encontró a Mindy Madison mirándola con la nariz tapada con la mano.

El color de la vergüenza coloreó las mejillas de Pandora hasta ponerlas rojas como un tomate. Por instinto, se tapó los pechos con el brazo y el pubis con la mano.

—¿Qué has comido? Huele fatal —comentó Mindy con cara de asco.

—¡Joder! ¡¿Qué coño haces, vieja loca?! ¡Lárgate de aquí!

—Tranquila, niña. Tenía que hablar contigo con urgencia. Tu tía Rosario tiene razón: tienes una boca muy sucia.

—Estoy en mi momento de intimidad. ¿No podías esperar a que saliera del baño?

—No. Izan va a pedirle matrimonio a Daniela. Se lo ha contado a un amigo

del trabajo, y tenía el anillo comprado. Dentro de una hora irá al café Du Monde a decírselo. Tienes que intervenir, ese fue nuestro acuerdo. Si no, te juro que cada

vez que vayas a hacer popó me sentaré a mirarte. —La abuela se cruzó de brazos, esperando su respuesta.

—¡De acuerdo! Todo sea por no verte más la cara. Dame cinco minutos, tengo que limpiarme el culo. ¿O quieres hacerlo tú?

El espíritu desapareció y la dejó sola. Pandora estaba muy cabreada. No podía creer que una anciana del más allá le estuviera haciendo chantaje. Su baño relajante lo tuvo que posponer para más tarde. Se dio una ducha rápida y se vistió de

manera informal, con un vaquero y una camiseta blanca con un dibujo de un unicornio. Tenía tanta prisa que no se dio cuenta de que se había puesto es camiseta que en realidad era un pijama.

Antes de marcharse, le pidió a Úrsula que vigilara a Macarena y se ocupara de darle de cenar y bañarla, puesto que no sabía a qué hora regresaría. El sol estaba a punto de esconderse y no tenía ganas de ir con una bicicleta al pueblo, y menos de noche. Sin que se enterara su tía Paca, cogió la minifurgoneta de la tienda de licores Pacorujo y fue a impedir que Izan cometiera un error, según su abuela.

Aparcó enfrente del café Du Monde, muy decidida a acabar de una vez por todas con este asunto pendiente. Pensaba decirle la verdad, aunque las consecuencias fueran negativas para ella. A esas alturas de la película, le daba igual que pensara que estaba loca: no soportaba a la entrometida de Mindy Madison y no lo pospondría más.

Entró en el café inspeccionando todo el local y buscando a su dolor de cabeza, pero no lo veía por ningún lado. Caminó despacio, observando en todas las mesas que había ocupadas, pero nada. Le resultó curioso un detalle,

y era que la gente se le quedaba mirando al pecho. Empezó a sudar, pensando que se había ido con el pijama puesto; era un miedo que soñaba muy a menudo. Disimuladamente, miró hacia abajo y vio al maldito unicornio. Maldijo para sí misma; con las prisas no se había dado cuenta. Inmediatamente, y sin darle mayor importancia, se refugió en el rincón más oscuro de la barra. Su despiste ya no tenía solución.

Pidió un café solo bien cargado con un chorrito de whisky, necesitaba buscar el valor que le faltaba para llevar a cabo su cometido. El camarero sonrió al verla con aquella camiseta y negó con la cabeza. Pandora solo quería salir del café y volver a casa. Estaba muerta de vergüenza y, encima, le quedaba muy ajustada, tanto que los pezones se le marcaban. En un arrebato de cobardía, se levantó para largarse de allí, pero Mindy Madison se presentó de repente para hacerle frente.

—¡Siéntate! ¿Qué te pasa, Pandora? Te recuerdo que tienes una misión.

—No puedo, vieja. Todo el mundo cree que soy una colgada por llevar una camiseta de un unicornio —susurró para que nadie la escuchara, pero el camarero se percató de que estaba moviendo los labios.

—¿Dónde escondes a la mujer descarada y sinvergüenza que has sido toda tu vida? Nunca te ha importado el qué dirán, y mírate ahora. Escucha, Pandora, nunca te ha de importar lo que diga la gente. Te prometo que serás más feliz.

—Esa mujer desapareció en el momento en el que di a luz. Mi vida cambió radicalmente, y las obligaciones me absorbieron. No tengo valor para montarle un escándalo a Izan. Además, ¿qué quieres que le diga? No tengo un plan.

—Improvisa. Tardará en llegar veinte minutos.

Pandora respiró hondo y miró a su alrededor; algunos de los clientes la había pillado hablando sola. Intentó desconectar, pero no podía. Esas miradas le inquietaban el alma, por eso decidió utilizar su vieja carta para los problemas.

—Camarero, ¿tienes Pacorujo? —El secreto del orujo de su tía Paca era la marihuana, y necesitaba ese mejunje precisamente para encontrar a la Pandora que llevaba enterrada bajo la piel.

—Sí. ¿Un trago?

—Deja la botella aquí y pon dos vasos de chupito, uno para mí y otro para mi amiga muerta —señaló el taburete vacío.

El camarero le dio lo que pidió y no preguntó más. Era un hombre muy supersticioso y sabía de la herencia de brujas y otros seres sobrenaturales de Nueva Orleans. Se tomó veinte chupitos, uno cada minuto, hasta que vio entrar por la puerta a Izan. Se levantó tan deprisa que se cayó al suelo. El alcohol había hecho estragos en su equilibrio y en su cabeza. Llegó a la mitad de la barra y se paró para recuperar fuerzas. Le costaba dar tres pasos seguidos.

De pronto, la puerta se abrió y apareció una mujer alta, con el pelo corto y rubio y una silueta estilizada.

—¡Esa es Daniela! —gritó Mindy.

—¡Déjame a mí, vieja! Yo acabaré con ella. —Las palabras salían de su boca mal pronunciadas.

Caminó haciendo esos hasta llegar a la mesa donde los dos hablaban cariñosamente y, sin permiso, se sentó al lado de Izan. Daniela se la quedó mirando incómoda, y la cara de él fue un poema. No la esperaba, y menos en aquel estado de embriaguez.

—Pandora, ¿qué cojones haces aquí?

—¿La conoces? —preguntó Daniela, sin entender qué pasaba.

—Soy su amante. Se la chupo cuando tú no miras —habló, muerta de risa y sin ser consciente de lo que decía.

—Cielo, no la escuches. Es mentira, te lo puedo explicar.

La pequeña de las González atacó con todas sus armas para que su numerito

fuera creíble a ojos de Daniela. Le agarró con fuerza el paquete y le metió la lengua hasta el fondo de la garganta. Después, se levantó y se acercó a la novia desdichada.

—Él decía que me quería, pero me dejó por otra. Tiene una nueva amante, tú y yo no somos suficientes.

—¡Izan! ¡Eres un cabrón! —Daniela se levantó con la cara compungida y le dio un bofetón antes de marcharse.

—¡Daniela! —vociferó desesperado. Antes de seguirla, miró con desprecio a Pandora—. Eres una hija de puta muy grande. Pagarás muy caro todo esto.

No era consciente del daño que había causado por culpa de Mindy Madison. Estaba tan borracha que lo único que le importaba era divertirse. Invitó al fantasma a sentarse a la mesa. Tenían temas que zanjar. Habló a gritos, sin importarle que la multitud estuviera atenta a su conversación con la nada.

—Vieja, ahora estamos en paz. Hoy conseguí que la puta de Daniela deje a tu querido Izan.

—Cierto. Gracias por tu ayuda. No volveré a molestarte. —Desapareció, dejándola sola.

En ese momento, las puertas del café se abrieron y un Bruno muy enfadado entró derecho a detener a Pandora por escándalo público. No podía creer que la causante de todo aquel embrollo fuera su cuñada. No quería ni pensar cuando le dijera a su prometida que su prima estaba borracha como una cuba. Decidió llevarla al calabozo y que allí durmiera la mona. No podía llevarla a la casona y que Macarena viera a su madre en tal estado.

—¡Cuñadooo! ¿Quieres un chupito de Pacorujo?

—Lo siento Pandora, pero es necesario.

Le puso las esposas y se la llevó detenida. Esta no protestó, al contrario, iba muerta de risa diciendo tonterías por la boca. Bruno, avergonzado por su actitud, la cargó a hombros y pasó rápidamente delante de sus compañeros de

guardia para no tener que dar demasiados detalles. Bastante era reconocer que la detenida era su cuñada. La encerró en una celda sola y la dejó allí pegando gritos.

No tardó mucho en dormirse. Estaba tan borracha que se quedó traspuesta en el suelo de la celda. Su mente se sumergió en un sueño profundo y perturbador. Soñó con llamas enormes en un edificio y con un cuerpo quemado. Se despertó sobresaltada al escuchar el Ave María; se encontró a su tía Manuela rezando por su alma. Y entonces, como un torbellino de destellos, empezó a recordar todo lo sucedido la noche anterior.

—Tía, ¿estoy condenada al infierno? —Se llevó la mano a la boca, sintiéndose culpable de su mezquina actuación.

—Yo salvaré tu alma, hija. Reza conmigo. Después te llevaré a Alcohólicos Anónimos.

—¡Por Dios! No seas ridícula. Pillarse una borrachera no te convierte en alcohólica. Estoy condenada por otra razón; hice algo horrible. Nunca debí escuchar a Mindy Madison; su nieto es bastante mayorcito para darse cuenta de si su novia es una guarra o no. Manuela, vió ira y dolor en sus ojos decepcionados.

—¿Qué hiciste?

Pandora se lo contó todo con pelos y señales. La santa de su tía estaba escandalizada con los hechos cometidos por su sobrina. Hizo varias veces la señal de la cruz y no dejó de rezar por ella mientras esta le iba narrando la atrocidad verbal cometida.

—Pandora, mentir es de Judas. No te da derecho a comportarte como lo hiciste. Solo bastaba con contarle la verdad y que él hubiera decidido qué hacer. Aunque no te hubiese creído, lo tendría en cuenta, no hubiera podido ignorar esa información.

—Lo sé. ¿Qué hago ahora?

—Nada, él no querrá ni verte. Será mejor que regresemos a casa. Y por tu bien no le diremos nada a Rosario, bastante disgustada está ya contigo.

De regreso a la mansión, Pandora se vino abajo y dio rienda suelta a la llorera. Manuela, al verla, paró el coche en un lateral de la carretera para consolar a su sobrina. Todavía tenía la esperanza de que su ahijada tomara el camino del perdón y del Señor.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Soy un desastre, tía. Nunca hago las cosas a derechas, y no quiero ser una mala influencia para mi hija. Mira la hora que es. Son las diez de la mañana, y por mi culpa perderá otro día de clase.

—No te preocupes, Bruno avisó a Carmela de tu actuación. Tomamos medidas. Úrsula ha llevado a la niña al colegio y se ocupará hoy de tu tienda. Paca y Rosario no saben nada; te hemos cubierto la espalda.

—Gracias, pero el daño ya está hecho.

—Tendrás que rezar por tu alma. Ya verás cómo el Señor te enseñará el buen camino.

Pandora se abrazó a su tía; no iba a discutir con ella sobre sus métodos arcaicos en ese momento. Le estaba muy agradecida de que se hubiese preocupado por ella y no la hubiera juzgado a la ligera, como hacía últimamente Rosario.

Llegaron a casa y entró por la puerta de servicio para no encontrarse con sus otras dos tías. Fue derecha a su habitación y miró por la ventana. Al escuchar la voz de su tía Paca, vio que la furgoneta estaba aparcada en su sitio. Manuela y sus primas se habían ocupado también de ese detalle. Unos golpes en la puerta la distrajeron de sus pensamientos. Pensó que sería Manuela, pero cuando abrió se encontró con la mirada inquisidora de su tía Rosario. Esta entró y cerró de un portazo.

—Te has olvidado de que soy médium y lo veo y lo percibo todo. Vergüenza

te tenía que dar, emborracharte de esa manera y pasar la noche en el calabozo. ¡Tienes una hija, Pandora! ¿Cuándo vas a madurar?

—Lo siento. Yo...

—No lo sientas. Me das pena. Creí que eras más inteligente. ¿Por qué te emborrachaste?

—No lo sé. Dímelo tú, sabelotodo. —Al no encontrar consuelo en las palabras de su tía, se encaró con ella.

—No siempre se me muestra todo lo que desearía saber. Solo espero que de una vez por todas te comportes como una madre responsable. Macarena necesita tener un ejemplo en su vida, y tú no lo eres. Se acabó, Pandora, tiro la toalla contigo.

La dejó deshecha en su dolor; sabía que tenía razón. Se sentó en el filo de la cama, pensando en cómo arreglar aquel desastre con Izan y, sobre todo, con su vida. La culpa de todo la tenía Mindy Madison. Por culpa de esa vieja entrometida había acabado haciendo daño a personas ajenas y a su propia familia.

Sintió un frío helador en la espalda; era el aviso de una presencia. Miró en el espejo del tocador y vio a la culpable de su sufrimiento, a Mindy.

—Pandora, tenemos que hablar.

El incendio

Pandora la miró con los ojos desencajados y con ganas de estrangularla; no quería volver a ver a Mindy Madison. Muy enfadada, cogió los cojines que decoraban su cama y se los lanzó al espíritu, traspasándola y estrellándose contra la pared. Esta se cruzó de brazos resoplando, ya que no podían dañarla. La pequeña de las mujeres González se exasperó todavía más al ver que era inútil tirarle cualquier objeto, así que cogió la biblia y un crucifijo que tenía guardados en el cajón de la mesita de noche y se acercó pronunciando un versículo. Mindy puso los ojos en blanco y decidió actuar, antes de que se pusiera más en ridículo.

—Eso solo funciona con los demonios; yo soy un buen fantasma. Deja de comportarte de manera infantil y escucha con atención, jovencita.

—No quiero saber nada de ti. Sal de mi vida y no vuelvas, o te juro que haré un hechizo para destruirte.

—¡Me he equivocado! —vociferó de pronto, sentándose en la butaca—. He estado muy ciega. Anoche, cuando vi tanto dolor en el rostro de mi nieto, me di cuenta de que he sido muy egoísta. Él la quiere con locura, y Daniela no le estaba poniendo los cuernos.

—¿Qué? ¿Cómo? —Pandora bajó la cruz y se quedó boquiabierta, sin poder creer lo que escuchaban sus oídos—. ¿Me estás diciendo que he sido cruel con Izan sin necesidad alguna?

—Lo siento, creí que era ella. Me confundí. Ayer seguí a Daniela a casa y la vi derrumbada y abatida. No me cuadraba su actitud, así que viajé hasta la casa de su jefe y pude comprobar mi equivocación. La mujer de él da un aire a la novia de Izan. La otra vez la vi de espaldas y creí que era ella.

—¡No me lo puedo creer! ¡Me has metido en un problema y ni siquiera

estabas segura! ¡Por tu culpa soy un ser despreciable!

—¡Yo no te dije que le metieras la lengua hasta la garganta a mi nieto, y menos que te emborracharas y fueras diciendo que eras su amante! ¡Hubiese bastado con decirle la verdad! —gritó, enfadada. Mindy reconocía su error, pero no estaba de acuerdo con los métodos empleados por Pandora para separar a su nieto de Daniela.

—¡FUERA DE MI CASA!

—Tienes que ayudarme a reconciliar a Izan con su novia —dijo la anciana, desesperada.

—¡No! ¡No lo haré! Te ayudé, y se acabó. ¡No soy el teléfono de la esperanza! ¡No vuelvas a presentarte ante mí!

Unos golpes en la puerta distrajeron a Pandora. Se abrió, y al otro lado se encontraba Carmela. Su prima había acudido a su dormitorio al escuchar las voces y los gritos. Creyó que estaba discutiendo con su tía Rosario, pero encontró a Pandora rabiosa y, por primera vez, vio a Mindy. Hacía algún tiempo que no veía fantasmas, y se había olvidado de esa sensación de frío que provocan cuando invaden una estancia.

—¿Va todo bien? —preguntó, cautelosa.

—¡No! —gritaron ambas a la vez.

—Es evidente que estáis discutiendo. ¿Por qué?

Pandora le contó el asunto, señalando con el dedo a Mindy. Esta se quedó callada sin saber qué decir. No era muy normal todo lo que había liado aquel espíritu por unas supuestas suposiciones. Intervino para que la sangre no llegara al río, aunque a Mindy le daba igual, ya que estaba muerta. Le quitó a su prima la biblia y el crucifijo. Nunca le había gustado utilizar aquellos objetos sagrados contra los fantasmas, puesto que no se sabía a quién podrías llamar sin ser consciente de ello.

—Tiempo, chicas. Tengo una idea. Pandora, se suponía que te ibas a hacer

pasar por una estudiante de periodismo, ¿no?

—Sí, pero ya no hace falta.

—Yo creo que sí. Será la mejor manera de acercarte a Izan y rogarle su perdón. Sabes perfectamente que no será fácil, pero puedes explicarle la verdad y disculparte a posteriori con Daniela. Sigue fingiendo que estás haciendo un proyecto para la universidad.

—Tu prima tiene razón, querida —añadió Mindy.

—¡Cállate, vieja loca! —Le salió del alma, y no se arrepintió.

—Pandora, tienes que arreglar este desastre. —Carmela le acarició el brazo.

—Lo sé, pero no tengo tanta cara como para presentarme en su trabajo después del daño causado.

—Es de sabios rectificar y pedir perdón —le recordó su prima con cariño.

—De acuerdo. Lo haré, pero no prometo nada. El daño ha sido bastante grave —habló, mirando a la anciana.

Llamó a la central de bomberos y habló con Claudio, el jefe de bomberos, para disculparse por su ausencia. Le contó que había tenido una urgencia de carácter personal y que, si estaba de acuerdo, se pasaría esa misma tarde para empezar con el reportaje para su tesis. Una vez acordada la hora, colgó y respiró profundamente. En unas horas se vería de nuevo con Izan, y lo que más temía era su reacción cuando la viese allí como si no hubiese destrozado su vida con saña.

A las seis en punto de la tarde, entraba por la puerta del parque de bomberos decidida a enmendar su error, pero, para ser sincera, estaba aterrada ante la idea de encontrarse frente a frente con Izan.

Claudio la recibió con una sonrisa amable, al igual que los demás hombres del cuerpo. Pandora sacó su cámara fotográfica y una serie de preguntas que había sacado de internet; quería parecer experta a ojos de los profesionales que apagan fuegos y salvan vidas. Para su suerte, no estaba el nieto de

Mindy. Pensó que tal vez se habría tomado algunos días de asuntos propios después del gran disgusto —lo cual le daba un tiempo de adaptación antes de encontrarse cara a cara con él—, pero su plan falló al instante al verlo descender por la barra de incendios.

Al verla allí, le entró tal mala hostia por el cuerpo que no pudo esconderla a ojos de sus compañeros. Nunca había despreciado tanto a una mujer en toda su vida. La palabra odiar no tenía ni punto de comparación con lo que sentía en esos momentos por aquella pequeña arpía que había destrozado su relación. Pasó por su lado desafiándola con la mirada, escupió en el suelo y se limpió la boca con el dorso de la mano. En ese instante, la joven entendió que no lo tendría fácil para conseguir el perdón de Izan y hacerle entender toda la historia.

—Pandora, te asignaré al cuidado de mi mejor hombre para que puedas terminar tu tesis con éxito y apruebes la carrera con este magnífico trabajo —comentó Claudio, sin darse cuenta de la enemistad entre ambos.

—¿Y quién tendrá el honor de tan grata compañía? —preguntó Izan, sabedor de la respuesta de su jefe.

—Tú, mi gran guerrero del fuego —bromeó, dirigiéndose directamente a él.

—Gracias, jefe. Será un honor llevar a Pandora en mi camión de bomberos. Lo pasaremos en grande. —La miró con una sonrisa malvada.

Esta se estremeció de pies a cabeza fingiendo alegría al conocer a su compañero provisional de trabajo. Le esperaban unos días muy complicados que requerirían de su paciencia. No podía volver a perder los papeles con él. Le debía una disculpa, y enfadarse otra vez no era una opción.

—¿Estás preparada para arder en el fuego del infierno, querida? —preguntó casi en un susurro detrás de su espalda para que nadie lo oyera.

—Será un placer, Izan. Aprenderé mucho de ti. —Aquella contestación lo desconcertó; había esperado una respuesta envenenada.

De repente, la alarma sonó avisando de una urgencia. Izan dejó de lado las rencillas y se concentró en su deber. Tenía que apagar un fuego y salvar las vidas de las personas de un viejo hotel en el corazón de la ciudad de Nueva Orleans. Se preparó en menos de tres minutos y fue derecho al camión, ignorando a Pandora. Esta, al darse cuenta de que la dejaba atrás, corrió detrás intentando seguir su paso. Izan era un hombre alto, musculoso, moreno y con un aire de peligro que atraía a las mujeres. En cambio, Pandora era bajita, con muchas curvas heredadas del embarazo, pero bien repartidas por su pequeño cuerpo. Subió al vehículo escalando y se sentó al lado del compañero de Izan, Joel. El nieto de Mindy iba conduciendo con la sirena puesta, y la joven sintió una especie de adrenalina recorrer su cuerpo al verse envuelta en una misión como esa. Estaba entusiasmada por ver cómo actuaban los héroes del fuego.

Tardaron diez minutos en llegar al lugar. Las llamas se alzaban violentas en el cielo, devorando el viejo hotel. Pandora se quedó sin aliento, presa del pánico. Era incapaz de bajar del vehículo y documentar el acontecimiento casi apocalíptico que tenía delante de sus narices.

Vio a Izan y a sus compañeros actuar como profesionales, pero no pudo evitar sentir una congoja en el pecho a causa de la preocupación. A diferencia de Izan, ella no lo odiaba, y por descontado, no deseaba que le ocurriera nada malo.

Parte del edificio se derrumbó, dejando al bombero atrapado en el interior y haciendo que temiera por su seguridad. Un grito de dolor surgió de su garganta y, sin pensarlo, bajó del camión muerta de miedo. Vio angustia y desesperanza en los rostros de los compañeros, pues por más que lo intentaban ayudar, no podían. Aquel lugar se había convertido en la tumba de Izan.

Pandora se llevó las manos a la cara para tapar las lágrimas; no había

imaginado un final como aquel. Pero sucedió algo inesperado: vio al espíritu de Izan en un lateral del hotel. Corrió hasta llegar a él, saltándose el cordón de seguridad.

El nieto de Mindy Madison estaba conmocionado mirándose la transparencia de sus propias manos.

—Izan, tienes que decirme dónde se encuentra tu cuerpo para ayudarte —rogó, desesperada.

—¿Cuerpo? ¿Estoy muerto?

—No lo sé. Puede que... —No quería continuar la frase. Puede que estuviera al borde de la muerte, pero sabía que había una mínima esperanza de revivirlo. Podría estar inconsciente, a las puertas de la muerte.

—Izan, contesta. Es importante.

—En la cocina. Escuché un sonido, y después... todo se volvió negro.

Pandora corrió, gritando a su vez el nombre de Claudio. Necesitaba decirle dónde estaba Izan. El jefe de bomberos se fijó en ella, pero no entendía nada de lo que decía.

—¡Escúchame, por favor! ¡Izan está en las dependencias de la cocina! ¡Deben entrar por la zona de servicio!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, conmocionado y a la vez sorprendido.

—¡Eso ahora no importa! ¡Dense prisa!

Si había una oportunidad de salvar a su compañero y amigo, no la desaprovecharía. Él mismo, junto a un equipo, se adentró en las llamas en busca de Izan.

Por primera vez en su vida, Pandora rezó cinco padres nuestros seguidos, a pesar de no ser creyente.

Al abrir los ojos, se dio cuenta de que el espíritu de Izan había desaparecido. Se alarmó, poniéndose en lo peor, pero unas voces avisando a los paramédicos la pusieron sobre aviso de que habían podido sacarlo del

interior.

Observó a los médicos hacerle un masaje cardíaco. Estaba muerto, puesto que el fantasma de este se manifestó al lado de su propio cadáver. Duró poco, porque de pronto fue absorbido por su cuerpo, insuflándole vida. Le pusieron una máscara de oxígeno y se lo llevaron al hospital.

En ese momento apareció Bruno para controlar a la multitud que se apilaba enfrente del hotel en llamas, presa del espectáculo.

—¡Bruno!

—Pandora, ¿qué haces aquí? —La cogió del brazo y la llevó a un rincón—. Dime, por favor, que no has sido tú quien ha provocado el fuego.

—¡Estás loco! ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—¿De verdad me lo preguntas? Últimamente te metes en muchos problemas.

—Suéltame. Y no, no he sido yo.

Se soltó de malas maneras mientras le relataba lo ocurrido y le pedía por favor que la llevase al hospital. Necesitaba comprobar que Izan se encontraba bien.

—De acuerdo, pero será el último favor que te haga.

—Gracias. —Le dio un beso de agradecimiento en la mejilla. Bruno era un hombre bueno y generoso. Su prima Carmela era muy afortunada de tenerlo a su lado.

Soy un fantasma

Bruno la acercó al hospital. Claudio y varios de sus hombres esperaban ansiosos al médico de guardia de urgencias. Izan había ingresado en coma, y estaban muy preocupados por su estado de salud. Esta los saludó a todos, acompañada en todo momento de su primo. Este, al verla en tal estado de nervios y ansiedad, prefirió quedarse con ella; no quería reprimendas después por parte de su prometida.

Pasó una hora hasta que un hombre con una bata blanca y un informe médico apareció para informar del estado de Izan. No traía muy buenas noticias. Estaba fuera de peligro, pero seguía en coma y no tenían un diagnóstico claro. Podría despertar en cualquier momento o pasados algunos meses, ahora mismo sólo cabía esperar la evolución. Algunos de los bomberos se sentían derrotados por las malas noticias y prefirieron regresar a casa, otros estaban de guardia y debían ir al parque. Claudio fue el último en marcharse y antes de irse se despidió de Pandora.

—Creo que será mejor regresar a la mansión e informar de lo ocurrido a las tías —mencionó Bruno.

—Tienes razón. Aquí no pinto nada. Aunque...

—¿Qué?

—Me siento culpable de lo ocurrido. —Se abrazó a su primo y dejó salir la impotencia que sentía en forma de lágrimas.

—Tranquila, todo saldrá bien.

Recorrieron en silencio el largo pasillo hasta la salida. Justo cuando iba a poner un pie en la calle, oyó gritar a un hombre a una enfermera. Esta ni se inmutó, seguía revisando unas muestras de sangre. Pandora se detuvo y se fijó en el tipo que seguía vociferando en mitad de la entrada de urgencias.

Vio que llevaba un camisón verde abierto por detrás, y se le veía el trasero. Bruno se percató de que Pandora se dirigía a los ascensores, pero su mirada estaba puesta en la nada y creyó que acababa de ver a la tal Mindy Madison. Esta se detuvo detrás del hombre y lo llamó por su nombre; tenía un palpito.

—¿Izan? —preguntó, incrédula. Efectivamente, no se equivocó.

—Pandora. —Se le iluminó la cara al verla. Llevaba horas gritando al personal, y no entendía cómo es que nadie le atendía—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué me ignoran? ¿Es que acaso les has pagado para volverme loco?

—Eres gilipollas. Sígueme y no rechistes.

Pandora se abrió paso por el hospital hasta llegar a una habitación. En ella descansaba el cuerpo inerte de Izan. Este, al verse postrado en una cama, quedó consternado y mudo. Entró atravesando la pared y sin darse cuenta de lo que acaba de hacer. Ella le siguió en silencio. Ya a los pies de la cama, la miró.

—¿Qué significa esto? No lo entiendo.

—Izan, tengo un don... Puedo ver fantasmas y comunicarme con ellos.

—¿A qué viene eso? ¿Estás loca?

—Puede, pero ahora mismo estoy hablando con uno.

—¿Qué? ¿Dónde? —Miró a su alrededor en busca del ente. Esta puso los ojos en blanco.

—¡Izan! ¡Tú eres el fantasma!

Dejó de escudriñar la habitación, y lo entendió cuando su mente se tomó un minuto para analizar la situación. Miró a la cama y recordó el accidente que había sufrido.

—Estoy muerto...

—No, todavía no. Tu cuerpo sigue vivo, pero tu alma se ha

desprendido de él. Hay casos como el tuyo; mi tía Rocío nos habló de ellos.

—¿Y ahora qué hago?

—Nada. Esperar, supongo... —Se encogió de hombros. No sabía qué decirle—. Ahora que sé que estás más o menos bien, me vuelvo a casa; estarán todos preocupados.

Pandora se despidió de él con un movimiento de mano y salió en busca de Bruno. Lo encontró apoyado en el coche patrulla. Subieron al vehículo y emprendieron el camino a casa. Durante el trayecto le contó lo sucedido con Izan. Este escuchaba atentamente hasta que por el espejo retrovisor del interior del vehículo vio una figura oscura. Dio un volantazo en la carretera que hizo que casi se salieran y se estrellaran. Tenía el corazón en la boca.

—¿¿Que ha pasado?! —gritó Pandora, agarrándose al salpicadero.

—Creo que me ha visto —habló una voz desde atrás.

—He visto una sombra... —comentó Bruno, sin haber percibido la voz de Izan.

—Tranquilo, primo. Izan está sentado detrás. —Este miró con cautela por el espejo, pero esta vez no vio nada—. ¡Eh, Izan! ¿Qué haces aquí?

—No iba a quedarme solo en el hospital, y más sabiendo que tú me ves y puedes hablar conmigo.

—Lo que me faltaba...

Llegaron a la mansión. Se había hecho muy tarde. Macarena se había quedado dormida en el sofá del salón, esperándola. Se sintió una mala madre. Había descuidado a su pequeña por culpa de la vieja Mindy Madison. La cogió en brazos y subió las escaleras al segundo piso; hoy dormiría con ella para compensarla.

Carmela se cruzó con Pandora por el pasillo y la saludó, pero se quedó estupefacta cuando vio a un hombre seguirla detrás con una bata verde

de hospital y abierta por detrás. No pudo evitar ruborizarse. Bruno, que la observaba desde las escaleras, arrugó el labio. Sabía perfectamente lo que su futura esposa había visto.

—Carmela, será mejor que llames a tus tías y hablemos en la cocina —acentuó Bruno.

—De acuerdo. Iré a avisarles.

El tío Alfred abrió una botella de *Pacorujo* y sirvió tragos a todos los presentes. Rocío escuchaba atentamente la versión de Bruno, el cual no se dejó ningún detalle por describir. Paca cogió la botella de orujo y dio un largo trago; iba descalza y con un camisón blanco muy ancho. Se encendió un cigarrillo antes de hablar.

—¡Paca! ¡Aquí no fumes! —vociferó Manuela mientras mojaba las galletas en la leche.

—Como quieras, hermana. —Apagó el cigarro en la leche ante el asombro de esta.

—¿Serás pecadora y fresca? —escupió las palabras a la vez que se santiguaba.

—¡Eh, vosotras dos! ¡Silencio! —intervino Rocío—. Gracias, Bruno, por cuidar de la descerebrada de mi sobrina. Pensaré qué hacer con la situación. Ahora todo el mundo a dormir.

Pandora acostó a Macarena en su dormitorio con cuidado, no quería despertarla. Le susurró una vieja nana que recordaba de su niñez. Izan la observaba de brazos cruzados desde la ventana y, por un momento, se enterneció, pero desechó de inmediato ese sentimiento. Aquella bruja había sido la causante de su actual situación. Esta notó la mirada de él en la nuca, y se levantó para hablar y dejar las cosas claras.

—¿Vas a acosarme toda la eternidad? —preguntó, mosqueada.

—Te recuerdo que por tu culpa estoy en coma —la acusó sin

miramientos.

—¿Qué?

—No te hagas la inocente. Si no hubieras roto mi relación, yo habría estado más concentrado en el trabajo, así que me quedaré incordiando por aquí hasta que me despierte.

—Y una mierda...

La joven cogió un cojín y se lo tiró a la cara, pero este le traspasó. Izan sonrió con malicia, y le dio la espalda para agacharse y recogerlo. Pandora se puso colorada como un tomate al verle no solo el culo, sino parte del escroto y del miembro.

—No puedo cogerlo—expresó ofuscado y ajeno a que le estaba enseñando parte de su intimidad.

—¡Por el amor de Dios! Tápate ese ojete. —Cerró los ojos y se acercó a él a ciegas—. Cámbiate de ropa, Izan.

—¿Te asusta ver a mi pajarito?

—No. Me dan ganas de vomitar.

—Pues que te jodan. No puedo ponerme otra cosa. Ya lo he intentado.

Pandora apretó el puño con fuerza y fue directa al baño, en silencio. Se cambió de ropa y se puso un camisón amarillo de tirantes. Salió sin quitarle ojo y se recostó al lado de su hija.

En la penumbra, se vigilaron con la mirada hasta que la joven se dejó vencer por el sueño.

El unicornio

Úrsula ayudaba a Carmela a elegir todo el atrezo que iría en los jardines de la mansión para el día de la boda. Faltaba muy poco para el enlace, y los preparativos estaban siendo un dolor de cabeza para la pareja. Paca se había ofrecido a organizarlo todo ella, pero no querían encontrarse en el día de la boda a un grupo de *hippies* tocando la marcha nupcial.

En ese momento, Manuela salía de la granja con una cesta de huevos recién cogidos del gallinero. Una de las más ponedoras había sido la gallina que le habían regalado las monjas del convento. Las chicas la saludaron con la cabeza y siguieron escogiendo manteles y flores.

—¿Has notado rara a Manuela?—preguntó Úrsula a Carmela.

—¿En qué sentido?

—Bueno. Partiendo de la base de que tiene un comportamiento de carácter medieval, ¿no la has notado extraña?

—No. No entiendo a dónde quieres llegar. ¿Le ha puesto los cuernos a Dios y ahora es fan de Buda? —se rio de su hermana.

—Deja de tomarme el pelo. —Le dio un pellizco en el brazo—. La oí gemir, te lo juro. Fue después de estar en su habitación con ese cura tan raro.

Carmela miró la tela y, automáticamente, cambió de tema. Sabía que su hermana decía la verdad. En el pasado había presenciado en sus carnes las artes amatorias de su tía con el cura de la parroquia. Había jurado llevarse a la tumba ese secreto, pero la *hippie* de Dios no se lo ponía fácil. En cuanto tuviera ocasión, hablaría con ella a solas.

Pandora se asomó por la ventana de su dormitorio con Macarena en brazos; la pequeña tenía un despertar muy mimoso. Se alegró al ver la estancia vacía. No había rastro de Izan, y tampoco de Mindy Madison. La

ausencia de la vieja la tenía un poco preocupada. Siempre andaba incordiando, y desde el accidente de su nieto no la había vuelto a ver.

—Mami, ¿hoy voy al cole?

—No, cariño. Es sábado. ¿Qué tal si desayunamos y nos vamos a la tienda de mamá? —propuso, haciéndole cosquillas.

—¡Ja, ja, ja! Sí. Quiero jugar con Federico —dijo, entusiasmada y preocupando a Pandora.

—¿Quién es Federico?

—Un gato gordo que hay en la tienda.

—¿Está vivo? —preguntó con cautela.

—Claro, mami. Duerme en la calle, y la tía Paca le da *Pacorujo*.

Ambas se arreglaron y bajaron a la cocina. Encontraron a Paca empaquetando cajas de su nuevo mejunje, el *Tequilandora*. Encima de la mesa había bollos recién horneados que había preparado Rocío. Úrsula tomaba café junto a Carmela, hablando de la boda. Pandora se sentía un poco culpable de no estar al cien por cien con los preparativos del enlace. La culpa la tenía Mindy Madison.

—Tías, ¿habéis visto a la vieja entrometida? —preguntó a Paca y a Rocío.

—¿Te refieres a la pasa arrugada de Manuela? —preguntó a su vez Paca.

—Como te escuche la santa, te deja calvo el mejillón —la advirtió Rocío—. Tu sobrina se refiere a Mindy Madison.

—El molusco lleva años calvo —habló, sentándose a la mesa—. No la he visto, cariño.

—Estoy preocupada. Ni siquiera ha ido a ver a Izan —comentó, pensativa.

—No te preocupes, prima —intervino Carmela—, los fantasmas son

muy impredecibles. Ya volverá. Por cierto, ¿te vienes a comer a un chino nuevo que han abierto en el centro? Después tengo la prueba del vestido.

—Claro. Me gustaría.

La mañana transcurrió tranquila y sin ningún incidente, cosa que agradeció enormemente Pandora. Macarena se encontraba en la trastienda jugando con el gato gordo, y su madre aprovechó para limpiar las estanterías. Todo estaba normal hasta que escuchó la voz de una mujer, que no era otra que la de Mindy Madison. Cabreada, fue derecha a la habitación a cantarle las cuarenta, pero al entrar y encontrarse a la anciana llorar y a su pequeña mirarla haciendo pucheros, se contuvo y emocionó a la vez.

—Pandora, he visto a mi nieto... y no tengo fuerzas para presentarme delante de él.

—Lo que no tienes es vergüenza —susurró para que no la escuchara—. Él necesita cariño y a un familiar. Está muy perdido.

—¿Crees que despertará?

—No puedo saberlo. Hay que tener fe.

—Pues entonces te pido un último favor. —Mindy la miró con ojos vidriosos—. Encárgate de él, no lo dejes solo.

—¿¡Qué!?! ¡Es tu nieto! ¡Y tu deber! ¡Además, no lo soporto! —Se cruzó de brazos, indignada.

—Reconozco que metí la pata hasta el fondo, pero hoy en el hospital no he podido acercarme a él y decirle la verdad... Pandora, por favor.

—Mami, tienes que ayudarla. —Macarena la miró con carita de pena.

—De acuerdo, vale. Lo haré —levantó los brazos en señal de rendición—, pero cuando todo esto acabe, serás tú quien me deba a mí un favor.

—Pues hija, no sé cómo voy ayudarte. Estoy muerta—señaló lo evidente.

—Ya se me ocurrirá algo.

Después de una larga mañana de trabajo, se fue con la niña a comer con sus primas. Pidieron un menú para cuatro. La mesa estaba repleta de platos, y parecía que estaban en el menú degustación de la boda. Todas se llenaron el plato hasta arriba, sin privarse de nada.

—Faltan menos de dos semanas para convertirte en la mujer del trozo de pan de Bruno —comentó Pandora con la boca llena.

—No lo llames así. En el dormitorio es un salvaje. —Miró a las chicas con cara de boba.

—Por cierto, la boda la va a officiar el cura de la parroquia de la tía Manuela. ¿Has hablado con él? —preguntó Úrsula.

—No, no he podido... ¡Pandora! Mira tu hija... —Señaló un objeto que la niña tenía entre las manos.

Esta observó a la pequeña, y la vio jugar con unas bolas chinas. Se sorprendió, porque no sabía de dónde las había sacado y, por supuesto, no eran de ella. Se las pidió a la niña, pero esta se enfadó hasta el punto de montarle un escándalo por quitarle el juguete.

—Cielo, solo lo quiero ver de cerca —habló, sujetando una bola.

—Mentirosa. Me lo quieres quitar —empezó a hacer un puchero que iba seguido de una promesa de gritos y pataletas.

—Vale, tú ganas. Pero eso no es un juguete para niñas pequeñas. ¿Quieres saber para qué sirve? —Quería intimidar a su hija para que le diera las bolas chinas.

—¡Pandora! Es una niña. No irás a decirle su uso... —la regañó Carmela.

—Tiene que aprender.

—Pandora, tranquila. Déjame a mí —intervino Úrsula—. Macarena, ¿quién te ha dado ese juguete?

—Nadie. Lo cogí en la iglesia de la tía Manuela. Había una habitación muy chula con muchos juguetes extraños. También cogí el cuerno de un unicornio...

Las chicas se miraron entre ellas sin comprender, hasta que Macarena metió la mano en su mochila y sacó un consolador de silicona rosa. Se quedaron pasmadas al comprender que aquello era propiedad del cura amigo de Manuela, y les dio mala espina. Mientras ellas debatían con la mirada en silencio, Macarena se colocó el consolador en la frente y se levantó de la mesa para jugar a los unicornios. Los otros comensales del lugar, boquiabiertos, miraron a la niña, cuchicheando sobre la irresponsabilidad de la madre.

Pandora sintió por primera vez la vergüenza en sus carnes morenas, y, con mucho disimulo, cogió a la niña como un saco de patatas y salió corriendo del restaurante. Sus primas pidieron la cuenta y siguieron abochornadas a su prima. La encontraron regañando a Macarena.

—Pandora, la niña no tiene culpa por tener imaginación—la reprendió Carmela, y consoló a la niña entre sus brazos.

—Lo siento. Últimamente estoy de los nervios. —Le dio un beso a la pequeña en la mejilla para disculparse.

—Si quieres relajarte, haz una visita a la cripta de marihuana de Paca —la aconsejó Úrsula.

—Lo hago de vez en cuando —confesó con una sonrisa—, pero ahora debemos investigar al cura. Puede ser un pederasta.

Carmela se mordió el labio. No podía decirles la verdad sobre Manuela y el cura. Intentó desviar el tema con la prueba del vestido, pero a la salida las chicas volvieron a la carga. Pensó que tal vez había llegado la hora de que el secreto de Manuela se supiera a los cuatro vientos, aunque no sería ella quien traicionara a su tía. Las dejaría investigar y sacar sus propias

conclusiones. Ella observaría y, de paso, se divertiría.

La paja de la discordia

Pandora pospuso la investigación para averiguar los secretos inconfesables del cura porque tenía que ir al hospital a ver a Izan. No lo iba a reconocer, pero estaba preocupada. Llevaba casi todo el día sin verlo y quería asegurarse de que estaba bien.

Llegó a la sala de urgencias y, sin perder tiempo, fue derecha a verlo; deseaba inconscientemente estar a su lado. Nada más asomarse, vio a su espíritu que, desde los pies de la cama, se observaba a sí mismo.

Pasó con cautela y sin querer molestar. Lo veía tan concentrado que no quería ser ella quien lo sacara de ese trance espiritual. Los ojos del bombero rápidamente se posaron en los suyos, y se miraron con intensidad, tanta que Pandora, por un segundo, quedó atrapada.

—Llevas todo el día en modo espíritu *off*. ¿Estás bien? —preguntó la joven, apartando la mirada.

—Sí. He pensado que si me concentro en mirar mi cuerpo, tal vez el alma vuelva a su sitio y despierte.

—No funciona así, Izan. Todo tiene un porqué. Quizás el destino te tenga algo preparado y debas saberlo antes de despertar del coma.

—¿En cuántas mierdas más crees? —soltó cabreado, pues no era lo que quería escuchar.

—Claro. No crees en estas mierdas, pero ahora mismo estás hablando con una viva y tú eres un holograma —contestó con sarcasmo.

—No me cuestiones, yo estoy medio muerto. La rara eres tú, que hablas con los fantasmas.

—Me rindo. Eres un puñetero gilipollas. Quédate ahí plantado jugando a que eres el gran Houdini y eres capaz de volver a la vida con un chasquido de dedos. Me largo.

—Adiós, grano en el culo.

Pandora apretó el puño, enfadada. No se merecía su compasión. Era tan prepotente que le quitaba a una las ganas de ayudarlo. Respiró hondo y giró sobre sus zapatos, pero en ese momento una enfermera entró saludándola con alegría y entregando una cesta de higiene personal. Esta la miró sin entender.

—¡Qué alegría encontrarla aquí! Tengo dos compañeras enfermas, y andamos escasos de personal para atender a todos como es debido. ¿No le importará asearlo? —preguntó, sin dejar de cotorrear.

—Yo...

—No se preocupe, lo hará bien. Además, tiene un novio muy guapo.

—No es mi...

—Gracias, querida.

Y se largó, dejando a Pandora boquiabierta.

Dejó la bandeja encima de la mesa auxiliar y se cruzó de brazos sin apartar la mirada de Izan. Un sudor frío resbaló por su espalda, a punto de derretirla como a la bruja del Mago de Oz. No era de piedra, pues tenía ojos en la cara para babear con semejante cuerpazo. Eso no quitaba que fuera un gilipollas.

—¿Vas a lavarme? —preguntó, incrédulo.

—¿Tienes miedo de una mujer? No es la primera vez que veo pichas flácidas como si fueran mocos de pavo.

—¡Serás anormal! Mi polla...

—¿Qué? Tu polla está tan muerta como tú, y, si no, mira... —Le subió el camisón de hospital, desnudándolo de cintura para abajo.

La gota de sudor cayó en la rebanada del culo cuando se fijó en que ese miembro era grande y carnoso aunque no estuviera duro. Se quedó petrificada y con un tic en el ojo. Encima, la mano no le respondía, y no

podía soltar el camisón.

—¿Sorprendida? —Izan sonrió de medio lado, victorioso.

—No. Las he visto mejores.

Haciéndose la valiente y la indiferente, agarró la esponja y frotó con fuerza sus partes íntimas, sin apartar la mirada del fantasma. Este empezó a preocuparse cuando vio que le fregaba demasiado rápido y haciendo presión. No sentía nada, pero pensarlo le provocaba dolor y escalofríos.

—¡Me la vas a arrancar! Más despacio.

—Tranquilo, hombre llamas. Tengo que limpiarte bien.

Ante el asombro de este, cogió su miembro y lo levantó para frotarle los testículos. Entonces, ocurrió algo sorprendente: el cuerpo de Izan reaccionó, y de su boca salió un gemido. Pandora se asustó y le soltó de golpe el miembro, el cual hizo ruido al topar con el estómago. La causa era que estaba erecto. La joven se mordió el labio, excitada. Llevaba seis años sin catar varón, e Izan la estaba poniendo mala.

—He gemido... Me has excitado... ¡Eso significa que puedo salir del coma!—gritó, loco de contento—. Podrías hacerme una paja, Pandora. Pero en plan profesional. Por mi bien. Nada erótico.

—¿Tú estás mal de la cabeza?—Estaba indignada con aquella proposición indecente y, a la vez, tan excitante.

—Me lo debes. Por tu culpa mi chica me dejó y tuve el accidente.

—No, no y no.

—¡Joder, Pandora! Me haría yo mismo la paja si pudiera agarrármela.

—Le enseñó las manos transparentes.

—¡Maldita sea! Pero no mires. —Fue su condición.

Se untó las manos en gel y, con cuidado, le acarició el tronco para impregnarlo. Subió y bajó, deleitándose en cada cavidad venosa. Hacía mucho que no jugaba con una ni la olía. No pudo evitar mojar las bragas.

Más más tarde se ocuparía de su deseo.

El espíritu del bombero se giró con disimulo, y le vio la cara de disfrute a ella y a su yo postrado en la cama. La máquina de constantes vitales pitó al subir el ritmo cardíaco, y el Izan vivo empezó a gemir como si sí estuviera soñando. Pandora notó entre sus manos el miembro muy duro. De repente se corrió, y el semen salió disparado y directo a la boca entreabierta de la joven. Esta jadeó al notar el sabor a perversión. Al darse cuenta de que el bombero la miraba en silencio, se limpió rápidamente los labios con la lengua y, como si se tratara de algo normal, lo terminó de lavar. Cogió sus cosas, y antes de marcharse a la carrera y mirando al suelo, comentó: «*No ha funcionado. Lo siento*».

Abochornada por el calor, se paró en el cuarto de baño para señoras. Se encerró en un cubículo y se sentó en la taza del váter. Sentía el sexo palpitar, y era imperioso masturbarse. Se bajó las bragas y abrió un poco las piernas. Se tocó con la palma de la mano, con alevosía, buscando el orgasmo, y lo consiguió en menos de un minuto.

—¿Qué coño te pasa, Pandora? —susurró, desconcertada todavía por la situación vivida.

Descanse en Paz

Paca se encontraba en la parte trasera de la mansión, donde había un gran huerto, y escarbaba en la tierra para plantar cebollas. Ella decía que la luz de la luna y sus cánticos de bruja ayudaban al cultivo a crecer más. Entretenida en sus quehaceres nocturnos, no se dio cuenta de que Úrsula y Carmela charlaban alegremente en el porche trasero, tomando una copita de *Pacorujo*.

Como si de un fantasma se tratase, Pandora apareció, robándoles la botella a sus primas para darle un largo trago. Estas, que no la esperaban, la miraron entornando los ojos a la vez que sospechaban que le sucedía algo.

—Parece que has visto un fantasma —comentó Úrsula.

—Eso es lo que últimamente hago, ver espíritus y complicarme la vida —contestó, sentándose en una tumbona vacía.

—¿Te ha pasado algo con Izan? —preguntó Carmela, preocupada.

—Le he hecho una paja —soltó, tapándose la cara.

—Una... —Carmela hizo el gesto con la mano en su entrepierna, porque no le salían las palabras.

—Sí, prima, una paja. Él me lo pidió, porque tuve que lavarlo, y, no sé cómo, su cuerpo en coma gimió, y...

—La leche, nena. Tú día ha sido de acción y lujuria —Úrsula se rio, sin dar crédito.

—Tú riéte, prima. Necesito un puto pitillo.

Metió la mano dentro del bolso buscando el paquete de tabaco, pero estaba vacío. Desesperada por llevarse algo a la boca, sacó el consolador que le había requisado a Macarena. Sin ser muy consciente de lo que hacía, lo mordió. Sus primas la miraron con cara de asco.

—¿Cómo puedes meterte eso en la boca?

—Es solo un consolador, no un caramelo. Tranquilas, chicas, no se me van a picar las muelas.

—¿Tú has pensado que eso ha podido estar en el chocho de Manuela? O peor aún, ¿en su ano o en el del cura?—Carmela le abrió los ojos a Pandora.

—¡Qué puto asco!

Lo lanzó al jardín con todas sus fuerzas. El vibrador voló surcando la oscuridad hasta toparse con el enorme culo de Paca, la cual estaba agachada haciendo agujeros en la tierra con el dedo. Notó algo en el trasero, y se giró para comprobar de lo que se trataba. Miró al suelo y vio el extraño objeto. Con el velo nocturno rodeándola no distinguió bien qué era. Lo agitó con la mano, y se dio cuenta de que era de silicona. Se encogió de hombros y siguió con la tarea, pero esta vez utilizó aquel juguete para seguir con la faena. Tenía la medida exacta que quería para plantar las cebollas.

Mientras, en el porche trasero, Pandora escupía tragos de *Pacorujo* al aire para limpiarse la boca del pecado carnal de su tía. Sus primas reían a carcajadas, sin poder evitarlo. Después de un rato al fresco, la joven de las mujeres González se retiró a dormir. En el dormitorio estaba Macarena durmiendo a pierna suelta. Le dio un beso en la frente y la arropó con cuidado para no despertarla.

Se acostó mirando el paisaje tan hermoso que le ofrecía aquella calurosa noche, y, con el firmamento estrellado de fondo, se perdió pensando en el imbécil de Izan. Aquel contacto tan íntimo había despertado en Pandora unas mariposas desconocidas en su estómago. Al final se dejó vencer por el sueño, pero se durmió con una sonrisa de satisfacción.

A la mañana siguiente, unas risotadas la despertaron. Al abrir los ojos, vio a Izan jugando con Macarena. La escena la enterneció, al ver a su

pequeña tan feliz. Se desprecizó entre las sábanas y se levantó con las pilas recargadas, pero el día se torció cuando Izan le pidió un favor. Estaba hasta el moño de hacer cosas por los demás.

—Pandora, necesito que hagas algo por mí. —Ni buenos días ni nada, fue directo al grano.

—Claro. Tú dirás —«Respuesta errónea», dijo para sus adentros. Sus tías siempre le habían dicho que no debía aceptar nada sin antes leer la letra pequeña, y esta vez se había tirado a la piscina sin flotador.

—Necesito que vayas a hablar con mi novia, o ex novia, no estoy seguro. Hoy ha ido a verme, y estaba destrozada. Tengo que hablar con ella —le rogó, con cara de pena.

—Estupendo. —Pandora dio una palmada de los mismos nervios. No se esperaba esta petición después de lo sucedido ayer—. Si me disculpas un momento, tengo que ir a pedirles a mis tías que cuiden de Macarena.

—Claro. Te espero en la entrada. ¡Ah! Y no me llames, en este espacio sobrenatural no hay cobertura. —Quiso hacerse el gracioso, pero Pandora fingió su risa. No tenía el chichi para farolillos.

—Bien.

Cogió a Macarena en brazos y corrió por el pasillo a la vez que mandaba un mensaje de texto a las mujeres González: *“Reunión urgente en el torreón”*.

Fue la primera en llegar, y dejó a la niña en el suelo para poder abrir el baúl de utensilios de magia. Vio lo que necesitaba, y lo cogió: polvo de ladrillo rojo. Esperó impaciente en la puerta a que llegara toda la familia, y una vez que lo hicieron, trazó una línea en el suelo de la entrada. Era un hechizo protector para el hogar que impedía el paso de los fantasmas. Pandora quería asegurarse de que Izan no entrase, y menos que escuchara lo que tenía que decir.

Como ya era habitual en ellas, se sentaron en círculo en las sillas de playa y repartieron vasos de chupito para el *Pacorujo*, aunque esta vez cambiaron la bebida estrella por el nuevo licor, el *Tequilandora*.

—¿No es muy temprano para beber? —preguntó Úrsula, dando vueltas a su vasito.

—Bebe. Es bueno para el organismo —comentó Paca.

—Pandora, ¿qué sucede? —intervino Rocío, con el camisón todavía puesto y la trenza hecha.

—Se trata de Izan. Este asunto se me ha ido totalmente de las manos. Ahora quiere que interprete la película *Ghost* para que él pueda hablar con su novia.

—¿Quiere meterse en tu cuerpo serrano? ¿Poseerte? No, hija. No dejes que mancille así tu alma. En ese momento podrían entrarte ganas de hacer pis, y ¿qué pasaría? Te vería la flor. —Manuela estaba escandalizada.

—¡Por favor, hermana! ¡Deja de decir tonterías! Tanta iglesia te está volviendo gilipollas —dijo Paca, fumando un porro.

—¡Callaos las dos! —Rocío se metió por medio—. Tú, deja de fumar tanto cigarrillo de la risa. Y tú, no reces tanto —regañó a ambas—. Vamos a ver, Pandora: tienes que ayudarlo. Habla con esa chica y explícaselo todo con tacto.

—¿Por qué te empeñas en apoyar a Izan? Vosotras podríais ir en mi lugar, tía —Pandora se quejó. No entendía su actitud.

—Tú te emborrachaste y la liaste; ahora asume las consecuencias hasta el final. Se llama responsabilidad, madurez.

—No sé por qué os cuenta nada. Gracias por nada.

Se levantó indignada y se largó de allí, no sin antes beberse el chupito de *Tequilandora*. Ninguna dijo nada ni tampoco intervino en la discusión. Todas sospechaban que Rocío tramaba algo.

—Tía, desembucha. —Úrsula se cruzó de brazos, a la espera. En cambio, Rocío, se tomó su tiempo. Le quitó el porro a su hermana y le dio dos caladas antes de hablar.

—Tuve una premonición con Pandora el día que conoció a Mindy Madison. Ella todavía no lo sabe, pero Izan es su destino si no la caga. Ya sabéis que no es una ciencia exacta y que todo cambia según nuestros actos. Esta tonta lo está estropeando todo, porque tiene una boca como una chancleta de playa.

—Como las mías, ¡ja, ja, ja! —Paca enseñó su calzado, muerta de risa.

—Macarena, cielo, esto es un secreto y no lo puede saber mamá —le dijo con cariño Rocío. La niña asintió y siguió jugando.

Pandora bajó a la entrada principal; allí estaba de espaldas Izan. Llevaba aquella maldita bata verde abierta por detrás que regalaba a la más perversa una panorámica de su trasero. La muchacha se puso mala; le entraron los siete males al mirarlo, ya que le entraban ganas de morderlo. Si las cosas hubiesen sido diferentes entre ellos, no le hubiera importado tener una noche loca con él.

—¿Nos vamos?

—Claro. Estoy impaciente.

—Qué bien —susurró, fingiendo entusiasmo.

Pandora cogió la bicicleta; su cuñado todavía no había conseguido que le devolvieran el carné de conducir. Izan la miró extrañado, pero esta le advirtió que no hiciera ningún chiste. Pedaleó, siguiendo al espíritu hasta una funeraria que se llamaba “Descanse en paz”. Le entró la risa, sin poderlo evitar.

—No te rías. —Se molestó un poco.

—Lo siento, pero al menos no te faltará una caja de pino. —Volvió a

reírse, contagiando a Izan.

—Es el negocio de su familia. Los fines de semana echa una mano en la administración.

La muchacha se limpió las lágrimas y se recompuso. Lo que iba a hacer allí no era plato de buen gusto. Pasó por delante de una sala donde unas personas estaban velando a un familiar, cuando vio al muerto, y este la vio a ella. Intentó disimular, pero era demasiado tarde. Un hombre mayor se acercó a Pandora y la rodeó, sorprendido.

—Puede verme...

—No, no puedo. Lo siento, tengo prisa.

—Me oye también. Eso es fabuloso. Necesito que le diga a mi hija que los cinco millones de dólares los enterré en el jardín, exactamente, debajo del sauce llorón. Dígale que los coja y se divorcie.

—No puedo hacer eso; prometí no estropear más parejas. —Pandora empezaba a ponerse nerviosa, más cuando una señora vestida de luto la estaba observando.

—Pandora, ve y díselo en un momento. Tenemos otros asuntos que tratar. —La apremió Izan.

—Vale. ¿Cómo se llama su hija?

—Rose. Es la pelirroja.

El fantasma del difunto la guio hasta una mujer menuda, pelirroja y pecosa. Estaba abatida por el dolor, con la mirada ida. Pandora se quedó petrificada. A su izquierda, el fantasma le gritaba para que le diera el mensaje. Izan estaba a su derecha, con los ojos en blanco. No podía creer que, después de todo, aquella entrometida fuese tímida y, lo más importante, que tuviese corazón.

La mujer se dio cuenta de su presencia, y alzó la mirada. Pandora abrió la boca, pero no le salían las palabras. Hasta qué Izan la animó a hablar.

—Venga, morena. Échale un par y dale el puto mensaje. Tenemos prisa.

—¡Cállate! —vociferó a la nada, cosa que llamó la atención de la pelirroja.

—¿Con quién habla? —preguntó la hija del difunto.

—De acuerdo. Escúcheme. Le puede parecer que estoy loca por lo que le voy a contar, pero es lo que hay, y no es culpa mía.

Se acercó a la mujer y le susurró al oído el mensaje del espíritu. Esta escuchó atentamente, sin hablar. Lo único que dijo fue: «*Gracias*», y, sin dar explicaciones a los familiares que la acompañaban, salió del tanatorio directa a por los cinco millones de dólares. Pandora no fue menos, y se marchó de la sala mirando al suelo. En el pasillo vio a Izan mirando a un punto. Siguió la dirección de sus ojos y se encontró con Daniela, la novia del bombero.

Rocio es una entrometida

Daniela era de esas mujeres de porcelana con piel radiante y pelo sedoso, de las que se pasan veinticuatro horas al día arreglada y maquillada. En ese preciso instante, Pandora no pudo evitar mirarse al espejo del recibidor y darse pena a sí misma, al ver el pelo encrespado, unas ojeras que le llegaban a los pies y la ropa que llevaba puesta, que no ayudaba mucho. Quiso morirse. Por alguna extraña razón, quería competir con esta mujer en belleza para que Izan solo tuviera ojos para ella.

Acompañada en todo momento del bombero, se acercó al mostrador, donde Daniela tecleaba mirando al ordenador. Al ver que la ignoraba, carraspeó, pero pasó de ella. Estaba muy concentrada. Pandora, perpleja por su insolencia, dio un golpe en el granito. Ahí fue cuando se dignó a mirarla.

—Hay personas velando a los difuntos, no debería hacer ruido. En cuanto termine con lo que estoy haciendo, la atenderé. —La miró de arriba abajo con soberbia.

Pandora apretó el puño para controlar las ganas que tenía de pegarle un puñetazo. Miró a Izan y lo pilló mirándola embobado; más coraje le dio. Ahora entendía el dicho de que el amor es ciego. Harta de ser una auténtica estúpida en esos últimos días, sacó a la González que llevaba seis años reprimida, exactamente desde que nació Macarena, y se envalentonó.

—Mira, guapa, tu deber es atender a las personas que vienen al mostrador. Para eso estás ahí detrás trabajando. Y no te preocupes de los muertos, que esos no se van a quejar. —Daniela la miró, horrorizada.

—Pandora, ¿qué coño haces? Lo vas a estropear otra vez todo —Izan se cabreó por su actitud infantil.

—¡Ha empezado ella! ¡Ni siquiera puedo entender qué ves en

semejante trozo de carne sin empatía! —vociferó delante de Daniela. Esta creyó que estaba loca.

—¡Es mi novia, joder! La quiero. ¿Es tan difícil de entender?

—¿Necesitas una ambulancia? ¿Un loquero? —preguntó con sarcasmo la niña de papá.

—No, imbécil. ¿Sabes qué? Te lo voy a soltar todo... —Le dio igual lo que pensara sobre ella—. Izan está aquí, conmigo. Y quiere decirte que te ama con locura, y que lo esperes hasta que despierte.

—¡Ja, ja, ja! ¡Tú estás loca! Aunque... espera, yo te conozco. Tú eres la zorra que le metió la lengua hasta el fondo. Ahora lo entiendo todo. Como está en coma y puede que no despierte, y si lo hace hay posibilidades de que se quede con tara, tú lo que quieres es pasarme a mí el marrón.

—¿Cómo dices? Es tu novio. Iba a pedirte que te casaras con él. — Pandora estaba anonadada.

—No te voy a negar que lloré cuando vi que te lo comías en el bar, pero fue por orgullo. Yo valgo más que tú mil veces.

—¿¡Y por qué llorabas en el hospital!?! —gritó como loco Izan, asustando a Pandora. Esta tuvo que trasladarle la pregunta.

—¿Ahora me espías? —Pandora se encogió de hombros. No iba a empezar otra vez con el rollo de que Izan era un espíritu—. Fui a verlo porque no soy de piedra, pero estaba llorando porque ese día murió Janet.

—¿Lloraba por su puñetero perro? —Este se llevó las manos a la cabeza, sintiéndose estúpido.

—Entonces, ¿Izan no significó nada para ti?

—Éramos amigos, nos gustábamos y follábamos como conejos. Fue un pasatiempo, una etapa. Y nunca me hubiera casado con él; aspiro a más.

—He escuchado suficiente... —Izan desapareció, sin más.

—Gracias por la sinceridad, Daniela, pero eso no te exime de ser una

gran hija de puta. —Le hizo una peineta y se marchó.

—Espera. ¿Y a ti qué te importa mi historia con Izan?

—¿Otra vez? Veo espíritus. Por cierto, lo ha escuchado todo.

Daniela se quedó en recepción, pensativa, mientras Pandora se alejaba rápidamente; necesitaba encontrar a Izan. Aunque pensara que era un capullo engreído, nadie debería escuchar las barbaridades de una novia falsa, porque eso había sido exactamente su relación: una mentira. Lo halló sentado en un banco enfrente de la funeraria; se le veía abatido. Se sentó a su lado y esperó paciente a que se relajara. Lo iba conociendo, y sabía que tenía un temperamento muy malo cuando se enfadaba.

—Lo siento.

—No es verdad. Has disfrutado mucho. Lárgate, y déjame en paz.

—Eres un desagradecido, ¿lo sabías? Estoy perdiendo el tiempo aquí contigo, y tú... —estaba a punto de perder los papeles.

—Tú misma lo acabas de decir: todos pierden el tiempo conmigo. Será mejor que te vayas y cuides de tu hija.

—De acuerdo. Adiós. Espero que despiertes pronto.

Se marchó muy enfadada. Cogió la bicicleta y pedaleó sin descanso hasta la mansión. Lo único que quería era olvidarse de todo y seguir con su vida, pero una parte de ella quería volver y consolarlo. Sintiéndose culpable, se desvió del camino a casa para hacer una parada en el cementerio local. Necesitaba hablar con Mindy Madison y contarle las últimas noticias.

Estaba oscureciendo, y, una vez en la puerta del camposanto, ya no le pareció tan buena idea; el cuadro era tétrico. Armándose de valor, dejó la bicicleta apoyada en la pared y se adentró por el camino lleno de tierra. Los mausoleos se alzaban imponentes y silenciosos. Se abrazó a sí misma, sintiendo el miedo en su piel. De repente, escuchó unas risas y, al girar la esquina de una pared de nichos, encontró a Mindy Madison charlando con

dos señores mayores. Estos, al verla, se evaporaron, convirtiéndose en una especie de humo.

—No me lo puedo creer. En vez de apoyar a tu nieto, estás aquí de juerga —soltó Pandora con muy mala baba.

—Y tú eres una aguafiestas. ¿Qué quieres?

—Tu teoría de que Daniela es una arpía era cierta, pero en un contexto muy distinto al que imaginabas. —Se sentó en la lápida, a su lado.

—Estará destrozado, ¿no?

—Peor. Deprimido, abatido y con muy mala hostia encima. ¿El mal carácter viene de familia? —preguntó, sarcástica—. —Deberías presentarte y ayudarlo a pasar este mal trago. Debe sentirse solo.

—No puedo. Lo prometí —afirmó, sin darse cuenta de que acababa de meter la pata.

—¿De qué hablas? —Pandora se mosqueó—. Suéltalo, vieja, o te juro que te hago un exorcismo.

—¿Ya estás otra vez con esas? Soy un bicho, pero de los buenos. Es un secreto, y di mi palabra a tu tía... ¡Mierda!

—A mi tía Rocío. Es eso lo que ibas a decir, ¿no es cierto? Quien en vida es maruja, muerta es radio patio. —Se levantó, decidida a cantarle las cuarenta a la entrometida de su tía.

—¿A dónde vas?

—¡A matar a la matriarca de las González!

Cogió la bicicleta y pedaleó lo más rápido posible para llegar cuanto antes a la mansión. Tardó quince minutos. Con la boca seca, dejó la bici tirada en la entrada y corrió a la cocina a beber agua. Al cruzar la puerta, encontró a toda su familia pelando patatas, y a Izan sentado con ellas. Toda la rabia que sentía se evaporó para dar paso a la sorpresa. Su cara de circunstancia era un poema, pero Macarena, al abrazarla por la cintura, la

sacó de su estado de incomprensión.

—¡Ya era hora, hija! —gritó Paca—. Te hemos guardado un trozo de tortilla de patatas.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó, cogiendo a su niña en brazos.

—Lo he invitado yo —contestó Rocío—. Me lo encontré en el café Du Monde, sentado en la barra con cara de perro abandonado, y le ofrecí cobijo en casa hasta que salga del coma.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó, incrédula e ignorando a Izan, que era testigo directo de la conversación.

—Pandora, no seas maleducada. Somos las únicas que podemos verlo. No tiene a nadie más —la regañó Rocío.

—¿Estás segura, tía? —enfaticó la pregunta con la mirada, refiriéndose a Mindy Madison.

—Solo los vivos pueden escuchar mis palabras —pronunció Rocío, echando agua encima de la mesa. Acababa de realizar un hechizo. Izan, sin saber muy bien lo que estaba ocurriendo, dejó de oír, pues empezaron a pitarle los oídos—. No nos oye, así que hablemos claro.

—¿Por qué te metes en mi vida y la complicas tanto? —Pandora se cruzó de brazos, indignada.

—Tuve una visión, y él estaba en tu camino. Pero de ti depende enamorarte o no.

—¡Ja, ja, ja! ¿Enamorarme? ¡Estás chalada! Es un idiota muy grande. Me cae mal.

—Pues ya has decidido, pero se quedará aquí hasta que despierte —Rocío no le contó toda la visión; simplemente, quiso ponerla contra las cuerdas. Alguien tenía que hacerla reaccionar y guiarla.

—Pero no puede quedarse.

—Es mi casa. Sí puede.

—Vale, pero no pienso hacerme cargo de él.

—Que el velo se retire y permita al alma escuchar.

El pitido se detuvo, y volvió a oír a las mujeres González. Creyó que había sido algo vinculado a su cuerpo en coma. Pandora cenó sin pronunciar palabra y sin perder detalle de cómo el bombero se iba ganando a su familia con su simpatía, cosa que le sorprendió, porque con ella había sido muy borde, aunque razones no le faltaron.

El bello durmiente despertó por un beso sincero

La rutina llegó con el lunes, y el caos se apoderó, una vez más, de la vida de Pandora. Como ya era habitual en ella, se había quedado dormida, se le habían pegado las sábanas. Su día empezó estresante. Se vistió a la carrera, llevándose algún golpe que otro en la espinilla con el filo de la cama, cosa que empeoró su humor mañanero. Corrió por el pasillo gritando el nombre de Macarena. Lo que menos le apetecía era otra retahíla de sermones por parte de su tía Rocío.

Llegó al dormitorio de su pequeña, resbalando en el suelo como Tom Cruise en *Risky Business*. Abrió la puerta y se encontró la estancia vacía. Agachó la cabeza, abatida. Una vez más, su controladora tía se había adelantado.

Bajó las escaleras de dos en dos. Escuchó risas en la biblioteca, y reconoció la voz de su hija. Al entrar, la encontró con el bombero, que le estaba contando chistes muy malos e inocentes. Le entró un no sé qué por el estómago al verla sonreír con él, pues no estaba acostumbrada a tener a un hombre tan cerca de su hija. Siempre habían sido ellas dos; nunca pensó en esa tercera persona masculina, una pareja.

—Buenos días. Lo siento, cariño. Mamá se ha dormido, pero si nos damos prisa, llegaremos a tiempo.

—Hola, mami. No pasa nada, . Izan me ha ayudado a vestirme y a asearme.

—¿Qué? ¡Es un fantasma! ¡Es transparente!

—He aprendido a mover cosas, pero no me ha hecho falta. El bichito es muy inteligente y sabe arreglárselas sola. Es toda una mujercita. —Le guiñó un ojo a la pequeña.

—¿Acabas de llamar bicho a mi hija? ¿Bicho? —Su día se torció del todo.

—No seas tan dramática. Es con cariño.

—¿Dramática?

—¿Vas a repetir todo lo que digo, culo gordo? —Izan sonrió, altivo. Le empezaba a gustar cabrearla.

—¡Oh! ¡Serás idiota! —Se mordió la lengua porque Macarena estaba presente—. Esto no ha hecho más que empezar.

—¿Qué vas a hacer?

Pandora le hizo una peineta mientras salía por la puerta con su hija. Su cabeza ya estaba maquinando su venganza, y se estaba formando una idea malvada. Pedaleó hasta la escuela como si fuese el mismísimo Contador. Por suerte para ella, había llegado a tiempo. Le dio un beso a la niña y se fue a abrir la tienda, que llevaba días desatendida.

La mañana empezó fuerte. Entre entre pedidos, clientes y proveedores no daba abasto, y se complicó aún más cuando vio aparecer a Izan en bata verde de hospital incordiando por la tienda. Empezó a mover objetos delante de las clientas para espantarlas. Muchas se iban por miedo, pero otras estaban fascinadas y creían que eran sus difuntos, que querían comunicarse con ellas. Pandora intentó lidiar con la locura que se acaba de desatar en la tienda lanzándole miradas asesinas al bombero, pero no servía de nada. Su dolor de cabeza empezaba a aparecer y su enfado iba creciendo rápidamente.

Después de una mañana agotadora y con Izan pegado a su trasero, decidió que ya era hora de darle un escarmiento. Se fue derecha al hospital; tenía planes succulentos para el bombero. Antes de llegar, paró en una tienda de ropa interior, lo que comúnmente se conocía en España como mercería. Eligió un bonito tanga de leopardo y se lo guardó en el bolso. Este la miró,

negando con la cabeza, y ella le aguantó la mirada.

—No serás capaz...

—De eso y de más, hombre llamas.

Salió corriendo, sorteando a los médicos y enfermeras del hospital hasta llegar a la habitación. Había llegado la hora de vengarse. Le pidió a la auxiliar de enfermería el set de higiene para bañarlo ella. Esta, encantada de que los familiares le quitasen trabajo, se lo entregó gustosamente. No tardó en ponerse manos a la obra, mientras Izan le gritaba improperios desde el otro lado de la cama.

—¡No lo hagas! ¡Tengo una reputación! Mis compañeros vienen hoy a verme.

—Lo sé. Solo quiero que estés guapo para recibirlos —contestó con sarcasmo.

—Eres...

—¿Qué? —vociferó con el tanga en la mano.

Izan traspasó la cama y la besó. Pandora notó electricidad en sus labios. Era una sensación única y maravillosa, pero la alegría duró poco al darse cuenta de que lo único que quería era distraerla para que se olvidara de su venganza. No había sido un beso sincero, y más coraje le dio sentirse indefensa. Con rabia, se acercó a la cama y lo abofeteó con todas sus fuerzas. Tanto fue así que le dejó la mano marcada en su mejilla.

—¡Au! ¡Eso ha dolido! ¿Por qué me pegas? Te he dado un beso.

—Tu intención no era buena. Querías aprovecharte de mí.

—¡Joder, Pandora! ¡No te enteras! ¡Me gustas! —confesó, sincerándose con ella.

—¿Qué? — Se quedó a cuadros. No esperaba aquella respuesta.

De pronto, el espíritu de Izan fue desapareciendo lentamente, ante la incredulidad de ambos. Él la miró, sintiendo por primera vez miedo.

—Pandora...

La máquina a la cual el cuerpo físico estaba conectado empezó a pitar. Esta gritó asustada, creyendo que el bombero había muerto. Un nudo se instaló en su estómago, asfixiándola por completo. La angustia de ver a los médicos que entraron en tropel a la habitación hizo que comenzara a llorar, limpiándose las lágrimas con el tanga de leopardo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó, histérica.

—Será mejor que espere fuera.

—No. Tengo que quedarme. Usted no lo entiende. Tengo que hablar con él antes de que se vaya...

—Señorita, tranquilícese. Podrá hacerlo. Ha despertado.

—¿Cómo dice? —Dejó de llorar, y vio por encima del hombro de la enfermera cómo el bombero movía la cabeza, desorientado—. Izan...

Confesiones

—Úrsula, voy de camino a San Antonio. Manuela está con el cura; se llama Samuel. ¿Quieres venir a cotillear?

—No puedo, estoy ayudando a Paca en la tienda. Ha salido a repartir. ¡Me cago en todo! —Se moría de ganas de ir a espiar a la tía.

—Joder, tía. Bueno, tranquila. Luego me paso y te lo cuento todo con pelos y señales.

Colgó el teléfono y voló, prácticamente, con la niña en brazos. Quería pillar infraganti a su tía copulando. Necesitaba cualquier excusa para olvidarse de Izan y su indiferencia hacia ella. Llegaron al templo, y se internó por el callejón para entrar por la puerta trasera y pillar a la santa, que tenía un amante y no era Jesucristo. Ambas entraron sigilosas, y, caminando a hurtadillas, se fueron internando en los pasillos para personal autorizado. Al girar una esquina, unos gemidos en la distancia pusieron a Pandora los pelos de punta; parecían fantasmagóricos.

—Macarena, quiero que vayas a la nave central y esperes a mamá allí sentada, ¿de acuerdo?

—¿Puedo comerme las galletas redondas? —se refería a las hostias sagradas.

—Claro, mi amor.

La niña se fue risueña a por su premio y, cuando la vio a salvo, continuó con su aventura de cazar a la infiel. De pronto, identificó los gemidos: eran gritos. Se detuvo, preocupada. Se le pasaron mil historias por la cabeza sin saber qué hacer, si continuar o regresar con refuerzos. A su derecha vio un cirio blanco. Lo cogió, por si tenía que salvar a su tía; podría estar en peligro.

Avanzó, y llegó a una puerta de madera de caoba. Justo en el momento en el que iba a empujar la puerta, el fantasma de Mindy Madison se le apareció, apoyado en la pared.

—Yo de ti no entraría, te puedes quedar ciega. Es mejor no saber los gustos extraños de tu tía.

—Está gritando... —habló en voz baja.

—De placer. ¿Has leído *50 sombras de Grey*?

—¿No estarás insinuando que Manuela y el cura se castigan las nalgas?

—Algo parecido.

Pandora la miró incrédula, negando con la cabeza. Podría esperarse que su tía tuviera relaciones sexuales, pero que le fuera el sado no la convencía. Sin prestar atención a su advertencia, empujó la puerta y encontró a la santa tumbada en el regazo del cura, con la falda y las bragas bajadas. Sus cachetes blancos inmaculados estaban rojos como un tomate por los azotes que le estaba propinando don Samuel con una cruz de madera. Boquiabierta, salió inmediatamente de la habitación sin hacer ruido.

—Te lo advertí.

Ignoró a la vieja y, sin emitir sonido alguno, fue a buscar a la pequeña, que estaba sentada en un banco de madera poniéndose hasta el culo de esa oblea sagrada. La cogió de la mano y salieron del templo.

Pandora fue directamente a la tienda de Paca, y por el camino pilló dos bocadillos para comer; se estaba pasando la hora del almuerzo. Llegaron a la licorera, y nada más entrar, sentó a la niña encima de la barra y le dio su bocadillo. Úrsula salió de la trastienda y se encontró a Pandora blanca como la pared.

—Prima, ¿qué ocurre? —preguntó, saliendo detrás del mostrador.

—Esto es muy fuerte, demasiado. Manuela no solo se está trajinando

al cura, sino que le gusta que le den candela.

—¿A qué te refieres? —Se acababa de perder en la conversación.

—Está haciendo un «50 Sombras con Samuel».

—¡No te creo! ¿En serio?

—Es cierto, y lo he visto...

De pronto, se escuchó un estallido de cristales contra el suelo. Paca había sido testigo de la conversación. Nunca, jamás, hubiese pensado que su melliza fuese una pecadora de ese nivel.

—¡¡Será pelleja la muy beata!! —gritó la tía, muerta de risa—. Por eso va mucho a la iglesia. Necesita confesarse todos los días.

—¿Y qué hacemos? ¿Le decimos que hemos descubierto su secreto? —preguntó la inocente de Úrsula.

—No, haremos algo mejor... reírnos de la situación hasta que confiese la *groupie* de Jesucristo.

Pandora salió de la tienda con Macarena. Iría a hacer unas compras, y después regresaría a casa. Al salir de una tienda de ropa, se encontró a Izan discutiendo con Daniela, apoyado en su coche. Intentaba explicarle el malentendido que provocó Pandora. La rabia se apoderó de ella cuando escuchó a Daniela decir que lo había echado de menos y que lo perdonaba. Ella sabía que solo lo quería para un polvo, y que cuando se cansara, lo tiraría como a una colilla. Dudó un instante si intervenir o no—no tenía claro si era buena idea—, pero su conciencia, en forma de vieja chismosa, le dio el empujón.

—¿No vas a hacer nada?—preguntó a su lado Mindy Madison.

—Hola, abuelita —saludó la niña, risueña.

—Hola, cariño. Hoy estás muy guapa con esas trencitas.

—Gracias. Me las hizo Izan.

Algo dentro de Pandora se removió al escuchar a la pequeña.

«¿Cómo puedes ser tan estúpido, hombre en llamas?», se preguntó interiormente. Estaba celosa de verlo coquetear y arrastrarse con aquella arpía. Ella sabía la verdad, y decidió sin más abrirle los ojos. Ya nada podía empeorar entre ellos. Total, ahora mismo la odiaba...

Cruzó la calle, decidida a hacerse notar. Esa mujer, egoísta y egocéntrica, no se saldría con la suya. Intentaría hacer recordar a Izan. No estaba dispuesta a matar ese sentimiento que había nacido entre los dos, porque, sin haberlo buscado, el bombero se había convertido en su grano del culo preferido. Sentía la necesidad de tenerlo en su vida.

—¡Basta! —interrumpió, colocándose entre los dos.

—¿Otra vez tú, loca? —le espetó Daniela con su lengua bífida.

—¿Por qué no le cuentas a Izan lo que piensas en realidad de vuestra relación? —La miró de forma altiva, cruzándose de brazos.

—Tú ganas. De acuerdo. —La hizo a un lado para hablar con él—. Cielo, te perdono porque te quiero.

—¡Serás embustera! ¡Me dijiste en el tanatorio que para ti siempre fue un pasatiempo, y que nunca tendrías un futuro con él!

—¡Mentira! —vociferó Daniela, empujándola.

—¡Ya está bien! —El bombero tuvo que mediar—. ¿De qué hablas, Pandora?

—¡Cuando estuviste en coma, tu alma, o sea, tu espíritu, hablaba conmigo! —soltó. Al alzar la vista, se encontró con la mirada burlona de los dos.

—¿Sabes qué? Estás loca, y no quiero que vuelvas a cruzarte en mi camino, o tendré que denunciarte por acoso. Tu mierda de proyecto universitario se cancela.

—Me rindo—. Salió corriendo en busca de su hija, pero al verla con su tía Paca le pidió que cuidara de la pequeña. Necesitaba estar sola.

Paca, junto a Macarena, habían sido testigo de todo. No intervinieron porque esta batalla la tenía que ganar Pandora. A su tía se le encogió el corazón, sabedora de que su sobrina estaba sufriendo.

Cruzó la calle con la niña y pasó por delante de los dos tortolitos, echándoles miradas acusatorias. Para cuando se quiso dar cuenta, Macarena se había soltado de la mano y estaba tirando del pantalón de Izan.

—Izan, ¿estás enfadado con mamá? Ella no miente, dice la verdad. Yo también vi tu fantasma y me hizo las trenzas. ¿Tampoco me crees? — preguntó inocentemente.

—No, y dile a tu mamá que mentir está mal.

—Me caía mejor tu fantasma. Era más simpático y me cantaba una canción por las noches.

—¡Oh! ¿Y qué canción? — preguntó con una sonrisa burlano que se le borró de la cara cuando la pequeña le contestó.

—El lunar de la luna. Te la cantaba tu mamá.

Paca agarró a la pequeña y se la llevó de allí; no quería que siguiera hablando con aquel engreído. En cambio, Izan quiso salir detrás de la pequeña para preguntarle mil cosas que se le pasaban por la cabeza, pero se quedó clavado en la acera. Jamás le había contado a nadie sobre esa canción, era muy íntima para él.

Entrada la noche, las mujeres González fueron llegando a la cocina para cenar. Como era habitual en ellas, cada una cogía lo primero que pillaba de la nevera y se lo preparaba sin esperar a nadie. Desde que Rocío había regresado de la muerte, había prescindido de mucho personal de servicio. Nunca le gustó vivir como una marquesa, era mujer de encargarse de los quehaceres de la casa.

La primera en comer fue Carmela; el estrés de la boda le había abierto el apetito. Úrsula se preparó un sándwich de pavo; le gustaba guardar

la línea. Paca preparaba una tortilla francesa para Macarena, y Rosario, leche con galletas. Pandora entró por la puerta después de haber estado horas paseando por Nueva Orleans sin rumbo fijo: necesitaba pensar y oxigenarse después del encontronazo con Izan. Se sentó en la mesa al lado de su pequeña para darle de comer mientras le acariciaba el cuero cabelludo.

Faltaba Manuela. Llegaba tarde, y no era habitual en ella: nunca se saltaba una comida. Empezaron una conversación rutinaria para ponerse al día de sus cosas. En mitad de la charla, entró la santa con una mano en la cintura y andando extraña. Úrsula, Pandora y Paca se miraron, muertas de risa.

—Hermana, ¿qué te ocurre? —preguntó Rocío, preocupada.

—Nada, estoy mayor para ciertas cosas —contestó esta, sentándose en la silla como si tuviera pinchos.

—No deberías rezar tanto de rodillas —la increpó Rocío.

—Es que le gusta mucho rezar mirando al santo del cura —soltó Paca sin pensar. Las chicas se rieron de su comentario inoportuno. Manuela la ignoró, quejándose de sus dolores.

—Tía, ¿no será que tienes almorranas? —afirmó Pandora, muerta de risa.

—¡Dios me libre! ¡No! —contestó, haciendo la señal de la cruz.

—A los infieles los condena, hermana —dijo Paca, mirándola fijamente.

—¿Se puede saber qué te pasa?—preguntó Manuela.

—A mí nada, pero me sorprende que a una fan de la iglesia le guste rozarse las santas ingles con el cura de la parroquia. ¡Ea, ya lo dije! ¡Y qué a gusto me he quedado!

—Serás...

—¿Qué?

—¡Borracha!

—¿Qué has dicho?! ¡Mira que te doy en la cara y te callo de golpe! ¡O a lo mejor te gusta, guarra! —Paca se sacó del bolsillo la herramienta de trabajo que utilizaba para hacer agujeros en la tierra, el consolador. Las sobrinas estaban disfrutando de esta pelea familiar tan cómica, mientras que Rocío seguía sin abrir la boca; solo observaba.

—¿Tú le has dicho algo? —preguntó a Carmela, muy enfadada.

—Te juro que no, tía. —La risa se le pasó al instante.

—¿Tú lo sabías? Qué fuerte, Carmela. —Pandora no podía creer que no les hubiese contado un chisme de ese calibre. La futura novia agachó la cabeza, sin saber qué decir.

—¡Te hemos pillado en plena faena, mujer! —vociferó Paca, abriendo una botella de *Pacorujo*.

—¡Bruja! ¡Te encanta meterte con los demás! —Manuela siguió con los insultos para desviar la atención.

—¡Guarra! —Cabreada, le lanzó el consolador.

Manuela, audaz, esquivó el artefacto haciéndose a un lado en la silla, y este fue a parar directamente a la cara de un Bruno incrédulo. Carmela se levantó corriendo para socorrer a su chico, mientras que su hermana y su prima reían sin control.

—Hasta aquí la función —dijo Rocío, levantándose de su silla—. Ninguna de vosotras tenéis derecho a criticar a mi melliza. Ella ha elegido la senda del pecado carnal con don Samuel.

—Era un secreto a voces, tía. Encima llevo seis años callado, al igual que Carmela —intervino Bruno.

Manuela, roja como un tomate y con las lágrimas saltadas por la vergüenza, abandonó la estancia. En ese momento, todas se sintieron culpables.

—Nos hemos pasado —habló Úrsula, sintiendo pena por su tía.

—Sí, pero tiene que reconocer que es muy excéntrica. Follar lo hacemos todas, aunque el chichi esté arrugado y parezca un moco de pavo —comentó Paca con su habitual sinceridad extrema.

—¡Mira que eres burra, Paca! —gritó Rocío.

—Mami, ¿qué es follar? —preguntó Macarena, comiéndose una galleta de chocolate.

—Una palabra prohibida que solo los adultos pueden decir.

—Vale, cuando sea mayor yo también follar. —Pandora la reprendió para que no pronunciara más esa palabra, y la llevó a su dormitorio.

A medianoche, Manuela envió un mensaje de texto a todas las mujeres González, convocándolas en el torreón. Necesitaba una reunión urgente familiar para zanjar su rocambolesco tema. En bata, rulos, pijamas de muñecos y alguna que otra descalza, subieron las escaleras que conducían a la guarida secreta. Allí las esperaba Manuela, ataviada con un camisón blanco y con el pelo trenzado.

Mis gustos sexuales son...

Entraron en silencio y ocuparon las sillas de playa, que estaban colocadas en círculo. Manuela cogió una vela blanca y la encendió después de apagar la luz y dejar la ventana abierta para que entrara la luz de la luna. Las chicas se miraban entre ellas, a la espera de que la pecadora de la familia se pronunciara. Ninguna se podía imaginar qué rumbo tomaría aquella reunión secreta.

—Gracias por acudir —habló, rompiendo el silencio sepulcral—. Deseo confesarme con vosotras; sois mi única familia y os debo una explicación.

—Estamos aquí para escucharte. Prometemos no juzgarte —Rocío miró a todas, con la mirada amenazante.

—Gracias, hermana. —Abrió una botella de *Pacorujo* y le dio un trago—. Bebed. —Se la pasó a Paca.

—Por el cuerpo de Cristo —dijo, brindando al aire antes de dar un buen trago. Todas bebieron.

—Hace seis años, conocí a Samuel en una de mis reuniones eclesióásticas. Desde el primer momento, conectamos. Jamás pensé que a mi edad pudiera enamorarme de verdad. Él me habló de gustos cuando se quitaba los hábitos, y yo le hablé de mis fantasías con la iglesia.

—O sea, que te azoten con un crucifijo es cosa tuya —espetó Paca, acomodándose en la silla.

—¡Paca! —la reprendió Rocío.

—Lo siento. Continúa.

—Gracias. Confieso que me gustan estas prácticas; a nosotros nos agrada el sado. Confieso que no soy virgen.

Las mujeres González se quedaron mudas. Era un dato que sospechaban tras descubrir sus prácticas medievales, pero lo contaba de una manera tan sentida —como si aquel dato no fuese obvio— que se morían de risa por dentro. Se miraban entre ellas para saber quién sería la primera en hablar. Rocío rompió una lanza a su favor, y continuó con las confesiones.

—Confieso que mi vida sexual con Alfred es muy activa, y me gusta que me dé por detrás mientras me tira del pelo. —Sus tres sobrinas se quedaron muertas; había cosas que era mejor no escuchar y saber. Pero Carmela se unió, sorprendiendo a su hermana y prima.

—Confieso que juego con Bruno a las esposas. Me ata con ellas, y algún azote me da.

—Vale, de acuerdo. Me toca —dijo Paca, dando un golpe en el antebrazo de la silla de plástico—. Confieso que tengo un amante desde hace un par de noches.

—¿Tú? ¿Con quién? —preguntó incrédula Pandora.

—Se llama “Cipote”, y no es celoso. —Se sacó del bolsillo el consolador o cuerno de unicornio de Macarena. .

—Lo habrás lavado, Paca. —Rocío la miró con asco—. Eso ha estado en el coño de tu melliza—se refería a Manuela.

—Es mi hermana. Lo que ella chupa, yo también. —Sacó la lengua y la pasó por el placentero juguete.

—Mira que eres cerda... Por lo menos, ese estaba sin estrenar. Ya decía yo que me faltaba uno en la colección —comentó Manuela.

—¿Tienes más? Mi fantasía sexual siempre ha sido montármelo con dos hombres. Mañana me traes otro —Paca se lo guardó en la bata mientras la familia reía con sus ocurrencias.

—Confieso que tengo miedo a enamorarme —soltó Úrsula. Carmela y Pandora, que se encontraban sentadas a cada extremo de su silla, la

abrazaron.

—Faltas tú —comentó de pronto una voz desconocida.

—¿Quién está ahí? —preguntó Paca, buscándola por la habitación.

—Mindy, esto es una reunión privada familiar... —Pandora se cruzó de brazos, muy harta de aquella actitud tan descarada.

—Cariño, tú y yo somos amigas.

De repente, una silla de playa se desplegó. Había sido la energía que había utilizado la anciana; quería sentarse como ellas. Las únicas que la podían ver eran Carmela y Rocío.

—¿Amigas? ¡Jamás sería amiga de una vieja loca entrometida portadora de problemas! —gritó Pandora.

—¡Hija, esa boca! —la regañó Rocío.

—Tranquila. Sé que en el fondo me quiere, sólo que todavía no lo sabe. —Mindy le guiñó un ojo a la joven enfadada.

—Familia, me voy a dormir. Me ha encantado escuchar tus pecados, tía. Una reunión fantástica. —Se levantó con prisa para marcharse, pero Úrsula la detuvo con una pregunta.

—Prima, ¿no tienes nada que confesar?

—Tal vez en otro momento. Buenas noches a casi todas.

Pandora abandonó apresurada la estancia, y al llegar al vestíbulo de la segunda planta —donde quedaban repartidas las habitaciones—, se tomó un segundo de reflexión. ¿Por qué la presencia de Mindy Madison la enervaba a niveles incomprensibles? La respuesta era muy sencilla: ella representaba el vínculo entre Izan y Pandora. Se miró un segundo en el espejo del recibidor y observó cómo una lágrima bajaba por su mejilla derecha. Esta era la prueba de su confesión y, mirando su reflejo, dijo: «*Confieso que me he enamorado del hombre llamas*».

Rocío y Mindy habían salido detrás de ella para arreglar aquella situación tan

tensa, pero, al verla en ese estado de melancolía, decidieron darle su espacio, más todavía cuando pronunció las palabras mágicas. Su querida sobrina estaba locamente enamorada.

—Me siento tan culpable de todo... Dos almas destinadas a ser, y no son nada —susurró la anciana.

—No negaré que tus métodos son de maruja callejera, y parte de culpa tienes en todo este asunto, aunque no voy a disculpar a mi sobrina: es un toro bravo difícil de domar. Se parece mucho a su madre. —La nostalgia se reflejó en la cara de Rocío—. Me prometí hace mucho tiempo que antes de morir vería a mis niñas casadas con el amor de sus vidas, y meteré la nariz en sus asuntos hasta que la vea feliz.

—Eres como una madame, o como la mafia —comentó Mindy.

—Soy la mujer que vela por su felicidad. Nunca más una sobrina mía será desdichada por culpa del amor —se refería a Úrsula.

—Te entiendo, yo quiero lo mismo para mi Izan. Quiero que sea feliz.

—Me quedan dos sobrinas por casar, pero, de momento, vamos a concentrarnos en Pandora. Todavía hay esperanza para ellos, y tú, amiga del más allá, le vas a echar una mano a estos dos tortolitos.

—¿Cómo?

—No seas impaciente. Todo a su debido tiempo.

La Cipriana

Solo faltaban tres días para la boda de Carmela, y la familia se encontraba ultimando los preparativos. Se iba a celebrar al aire libre, y aunque la ceremonia sería muy íntima, en este gran enlace no podía faltar Cipriana, la vecina sevillana que había compartido tantos momentos felices y tristes.

—¡Dios mío! ¡Se me olvidó recoger a la fan número uno de las hamburguesas! —gritó Paca, tirando los adornos florales al suelo.

—¿Qué dices, mujer? Si Cipri viene mañana. —Rocío hizo un gesto con la mano para que callara y siguiera con la tarea.

—Hoy no se ha tomado el biberón de *Pacorujo*, ¿verdad, tía? —soltó Pandora, levantando una ceja mientras sus primas reían.

—¡Cállate! —Paca le tiró una rosa a la cabeza—. Cipri adelantó el vuelo.

—¡La madre que te parió, Paca! ¿A qué esperas? —le espetó Rocío. Paca dejó la caja a un lado y, ante el asombro de su familia, cogió las llaves sin tener pensamientos de cambiarse de ropa. Iba vestida con un chándal de felpa y desgastado ya que —tenía por lo menos diez años—, pero lo más escandaloso de su aspecto eran las zapatillas de paño de estar por casa y los rulos en la cabeza.

—Paca, ¿no irás así? —preguntó incrédula Manuela a la vez que se hacía la señal de la cruz.

—¡Por el amor de Dios! —las miró a todas con los brazos en jarras.

—No menciones a Dios con esa boca oliendo a alcohol y marihuana —a Manuela le gustaba meterse con ella para hacerla rabiar.

—¡Cállate, santa de los cojones! Y tú —señaló a Pandora—, me he

tomado el biberón. Precisamente por eso se me fue el santo al cielo. Así que, por no respetar a tus mayores, te vienes conmigo. Mueve ese culo blanco.

—Tengo que ir a recoger a Macarena a la fiesta de cumpleaños de su amiga del cole.

—La recogeremos a la vuelta; nos da tiempo de sobra. Además, su amiga vive en la ciudad; nos pilla de paso.

Fueron al aeropuerto en la furgoneta de Paca. Hicieron el trayecto hablando de la cosecha de marihuana que su tía cuidaba con mimo en el cementerio familiar.

Mientras, en la terminal, Cipriana miraba nerviosa el reloj. Llevaba veinte minutos esperando a Paca. La tardanza de esta la estaba poniendo de los nervios, porque no hablaba inglés, y no saber el idioma la hacía sentir insegura. Harta, se animó a dar tres pasos, pero un olor delicioso a hamburguesa la detuvo. Vio un café de comida rápida y no se lo pensó. Entró como un lobo atacaría a su presa, feroz.

—*Hello. What will it take?* —preguntó el dependiente con amabilidad.

—¡No “*inglés*”! ¡Yo, española! —gritó, dándose palmadas en el pecho—. Yo querer una “*jamburger*”.

El muchacho la miró sin entenderla, y al intuir que no hablaba ni papa de inglés, le dio la carta directamente para que le señalara con el dedo el producto. Esta marcó directamente la hamburguesa XL. Feliz con su comida, se sentó en una mesa cerca de la entrada para controlar a la gente, por si veía a Paca.

Paca llegó al aeropuerto saltándose todas las señales de tráfico y semáforos. Dejó mal aparcado el vehículo en la entrada a la terminal, donde solo los coches con permiso podían estacionar. A ella le dio igual, y dejó una nota en el parabrisas por si venía un agente del orden: “*He ido a buscar a la*

Cipri. Tardo cinco minutos”.

La gente se la quedaba mirando y cuchicheaban al verla con semejantes pintas de maruja, pero no cualquier maruja, sino una de verdad, producto *Made In* Andalucía. Miraron el panel y confirmaron sus sospechas: hacía media hora que había aterrizado el avión. Paca había entrado fumando, a pesar de que rezaba un cartel prohibiendo su consumo en el interior del aeropuerto.

—¿Ahora qué hacemos? Tal vez haya cogido un taxi y esté camino a la mansión —comentó Pandora.

—Esa, gastarse el dinero en algo que no sea llenar su barriga, te digo yo que no. La conozco muy bien. Ese trozo de carne estará comiendo en algún lugar de la terminal. Tengo una idea: separémonos, y la primera que la encuentre le envía un mensaje a la otra.

—De acuerdo, tía.

Paca tiró para la derecha, y Pandora para la izquierda. Esta fue mirando en los cuartos de baño, las tiendas de comestibles y los cafés que iba encontrándose. Cansada de buscar, pensó que la mejor idea sería ir a información para que la llamasen por megafonía, ya que su tía tampoco le había mandado un mensaje diciendo que la había encontrado.

El aeropuerto estaba abarrotado de gente, y eso la estaba empezando a agobiar. De pronto, escuchó unos disparos al aire seguidos de gritos que provocaron un pánico global. La gente empezó a correr de un lado a otro, histérica. Muchos dejaban sus pertenencias tiradas por el suelo y huían a la calle. Pandora se quedó en mitad de la terminal prácticamente sola, y cuando su cabeza reaccionó asimilando lo que estaba ocurriendo, fue demasiado tarde. Un hombre armado se encontraba enfrente de ella. Sus miradas se cruzaron, y cuando pensó en salir corriendo, este le apuntó negando con la cabeza. Necesitaba un rehén para poder salir del país. Acababa de atracar el

banco central de Nueva Orleans, y su plan se había torcido al ser descubierto por la seguridad del aeropuerto. A su lado yacía un hombre herido: era un agente de seguridad.

El ladrón se acercó a ella y la encañonó con el arma en la sien para abrirse paso hasta subir a un avión. La mochila que colgaba en su espalda estaba repleta de dólares, y era la prueba del robo. Pandora estaba asustada, y en lo único que podía pensar era en su pequeña. Temblaba por todo el cuerpo, pero tenía que tener la cabeza fría si no quería dejar a su hija huérfana.

—Mindy Madison, te invoco. Ven a mí —susurró. El ladrón no le echó cuentas creyendo que estaba rezando, ya que no escuchó bien lo que decía.

Pandora abrió los ojos y se encontró con el fantasma de la vieja, que la miraba con ojos sorprendidos. El espíritu apareció a su lado.

—Niña, ¿en qué lío te has metido ahora? —Pandora la mató con la mirada—. Avisaré a tu familia. — Esta asintió con la cabeza.

Paca se encontraba en la calle justo donde había aparcado su coche. Un agente de seguridad la había echado de la terminal por estar fumando minutos antes de que se armara aquel follón. Vio cómo la gente gritaba y salía corriendo del aeropuerto. Curiosa, se acercó más al bullicio y vio venir a varios coches de policía y a periodistas. En ese momento, creyó que había llegado algún político importante o famoso.

—Paca, ¿qué haces aquí? —preguntó Bruno, sacando el arma para entrar a por el ladrón.

—Pues he venido con Pandora para recoger a Cipri, la sevillana. ¿Qué ocurre? ¿Por qué tanto jaleo?

—Un hombre ha atracado el banco central. Es muy peligroso: tiene antecedentes por asesinato. ¿Dónde está Pandora?

—Dentro. —Señaló la terminal, justo en el momento en que el

delincuente pasaba con Pandora apuntándola con el arma—. Dios mío...

Un secuestro de lo más extraño

Izan estaba en el parque de bomberos limpiando sus botas en la sala de descanso. Uno de sus compañeros veía una película de acción en la televisión. Mindy apareció justo al lado de su nieto; tenía la intención de comunicarle que Pandora estaba en peligro. Había ido a avisar a su familia, y, por recomendación de Rocío, había iniciado el plan *Panizan* —así habían titulado la operación para unir a estos dos rebeldes sin causa.

Mindy le gritó al oído, pero su nieto no la escuchaba. Sabía que era una pérdida de tiempo, así que se rindió y salió del edificio. Fue al café que había justo enfrente. Le gustaba sentarse en la barra y fingir que era una clienta disfrutando de un buen café colombiano. Se dio cuenta de que tenían las noticias puestas y de que todo el mundo estaba pendiente de lo que ocurría en el aeropuerto. Entonces se le encendió la bombilla.

Regresó al parque de bomberos, y como su nieto tenía el sexto sentido atrofiado porque no creía en cosas sobrenaturales, hizo que la televisión se cambiara de canal sola. El compañero, que estaba absorto en la película, cogió el mando y volvió a cambiar, pero Mindy no se rindió y utilizó su energía para cambiar de nuevo y hacer volar por los aires el mando a distancia.

—¡Pero qué coño...! —espetó el compañero, llamando la atención de Izan—. El puto mando ha salido volando. —Lo cogió del suelo y fue a cambiar otra vez, pero el bombero lo detuvo al ver lo que estaba ocurriendo en el aeropuerto.

Avisaron a todos los trabajadores de guardia, incluido su jefe Claudio, para que vieran las noticias. Estaban pendientes de lo que decía la reportera cuando la cámara grabó al delincuente sujetando a una mujer. A

más de uno se le encogió el corazón por la situación tan delicada.

—Espera un momento... ¿Esa no es Pandora? —Claudio se levantó de su asiento y señaló la imagen de la televisión, confirmando sus sospechas cuando el cámara hizo un zoom a la imagen de los dos.

—Tengo que irme. —Izan se levantó de golpe y se fue derecho al aeropuerto vestido de bombero.

Al cruzar la puerta del parque de bomberos le vino una imagen a la cabeza, como un recuerdo no demasiado nítido. Fue un segundo, pero se vio a él mismo a punto de besar a Pandora en el hospital. Estaba de pie junto a ella, y detrás de él vio su cuerpo tumbado en la cama. Se paró de golpe, sin entender aquel recuerdo que creyó no haber vivido. Notó una opresión en el pecho seguido de un sudor frío y, de repente, se desplomó en el suelo.

Uno de los muchachos lo vio y salió corriendo a la vez que gritaba para que sus compañeros vinieran a ayudarlo. Le echó una botella de agua por la cara, pensando que podía haber sido un golpe de calor, pero no se despertaba: Izan había entrado en coma de nuevo.

Su espíritu abandonó su cuerpo. Se vio tendido en el suelo, y miró sus manos transparentes. Hizo el gesto de tragar saliva al darse cuenta de que volvía a encontrarse en el mundo espiritual.

—Otra vez no... —susurró muerto de miedo al creer que esta vez había muerto de verdad.

—Izan.

Se sorprendió al escuchar la voz de una mujer que le resultaba conocida. Se giró un poco incrédulo y, para su sorpresa, vio a su abuela Mindy mirándolo con una gran sonrisa de felicidad.

—¡Abuela! —Acortó la distancia que los separaba para abrazarla, pero esta le dio una bofetada—. ¿Qué te ocurre?

—Eres un canalla. Cuando estaba viva, nunca pensé que mi nieto

fuera un idiota insensible.

—¿De qué hablas?

—No te hagas el inocente conmigo. He presenciado cada minuto de tu trato con la pobre Pandora.

—¿Qué? Ella empezó todo. Me cambió la vida... —Esta última frase le hizo sentir algo especial que creía haber olvidado.

Izan se dio cuenta de que Pandora le había cambiado la vida a mejor. Su rutina se había vuelto interesante —y a la vez caótica— desde que ella se había cruzado con él. Lo que en un principio fue odio, se había convertido en amor. Se había enamorado sin sentido alguno de aquella loca. Se acercó a su abuela y la besó en la frente. Entre fantasmas si podían tener contacto, porque estaban hechos de la misma materia.

—Abuela, luego hablamos, y te prometo que podrás castigarme toda la eternidad por ser un cabrón, pero ahora tengo que ayudar a la mujer que me robó el alma sin yo saberlo.

Mindy sonrió. Su plan había funcionado, aunque no como ella esperaba, ya que su nieto había vuelto a entrar en coma, y parte de culpa la tenía ella. Había estrujado su corazón hasta pararlo, y dejarlo en ese punto —entre la vida y la muerte— era la única manera de hacerlo recordar y reaccionar.

Izan se materializó en el aeropuerto. El lugar estaba vacío, salvo por una señora que comía tranquilamente una hamburguesa en un café. Habían evacuado la terminal, y la policía estaba negociando desde la calle con el delincuente. Justo en ese momento oyó gritar a un hombre tras una columna. Voló como una partícula de polvo hasta ellos, y le horrorizó lo que presenció. El secuestrador tenía a Pandora bien sujeta, apuntándola con el arma en la sien. Le impresionó la fuerza y valentía de esta, porque en ningún momento la vio histérica ni derramar ni una lágrima. Mantenía la calma.

Pandora sintió el frío helador característico de un fantasma y miró a su izquierda. Sin poder creerlo, vio a Izan allí plantado, sonriéndole. Moviendo solo los labios, sin emitir sonido alguno, le preguntó: «¿Otra vez?».

—Es una larga historia, pero sí, vuelvo a ser Casper, y ya veo que te encanta ser el centro de atención. No sabías cómo hacerlo, y se te ha ocurrido que la mejor opción era dejarte secuestrar por un gilipollas y, encima, delincuente.

Pandora sonrió. Había echado de menos a este Izan despreocupado y con un sentido del humor muy negro. Era encantador cuando no mordía.

—Cielo, vas a salir de aquí viva, pero tendrás que seguir mis instrucciones, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza. Se estaba empezando a agobiar, y necesitaba salir de aquella situación. Había habido un detalle en aquella frase que le había encantado: el apelativo cariñoso «cielo».

El plan era muy sencillo. Debía darle un cabezazo fuerte al secuestrador en la cabeza, y aprovechar ese momento de debilidad para asestarle una patada en la entrepierna y que le diera tiempo a poner distancia entre ellos. Justo en ese instante, intervendría Izan poseyendo el cuerpo del ladrón.

—¿Preparada? —La joven asintió, nerviosa—. Ahora.

Pandora impulsó su cabeza hacia atrás y le dio un cabezazo en la frente, provocando que el secuestrador aflojase el brazo que la retenía con fuerza y perdiera un poco el equilibrio. Esta, en un momento de adrenalina total, improvisó sobre la marcha. Cogió y le clavó los dientes con fuerza en el brazo. Al oírlo gritar y ver que retiraba el brazo, le dio un pisotón en el pie. Durante las horas que había estado retenida había observado que tenía juanetes. Sabía que un buen pisotón ahí le haría ver las estrellas, y

efectivamente, así sucedió.

Izan puso los ojos en blanco al ver que se había saltado a la torera sus instrucciones, y se metió en el cuerpo del delincuente. Este empezó a hacer aspavientos un poco extraños, porque le estaba costando hacerse con el control. Salió de detrás de la columna y se puso a la vista de todos los agentes, que observaban atónitos la escena detrás de los grandes cristales.

—¿Está sufriendo un ataque epiléptico? —preguntó Bruno en general a todo el mundo.

—No. Tiene un espíritu en su interior —comentó Rocío, apareciendo a su lado. El sheriff la miró un poco desconcertado, creyendo cada palabra. Sabía de las rarezas de las mujeres González: estaba a punto de casarse con una.

Bruno aprovechó ese dato para coordinar la operación, y mandó entrar a todos sus agentes para detener al ladrón de bancos. Este estaba en el suelo, convulsionando como si fuera un pescado fuera de su hábitat. Bruno lo esposó con las manos detrás de la espalda, y uno de sus hombres recogió el arma que estaba a unos centímetros de ellos, tirada en el suelo. El *sheriff*, cuando vio que nadie lo escuchaba, le susurró en el oído: «*Fantasma, ya puedes dejar el cuerpo. Gracias por tu ayuda*». Se sentía raro cuando hacía esas cosas; el mundo espiritual le superaba a veces.

Izan salió de su cuerpo y se sacudió como si tuviera telarañas encima. Pandora, al verlo, se acercó y le dio las gracias. Intentó tocar su pecho con la mano, pero lo único que notó fue electricidad.

—Me debes un beso —soltó Pandora, anhelando sus labios.

—No. Te debo miles...

El bombero acercó sus labios a los suyos, a un centímetro de su boca, a un solo roce de sus lenguas. Y, aunque fue un beso de energía, Pandora lo deseaba. Casi estaba, pero Izan se esfumó una vez más. Desapareció,

dejándola con las ganas.

—¡Mierda! —gritó, delante de todos los agentes.

Su familia fue a abrazarla y besarla. Habían estado muy preocupadas, pero, gracias a Dios todo había salido bien y nadie había resultado herido, salvo el guardia de seguridad. Rocío había presenciado la escena entre Izan y su sobrina, y se dio cuenta de que, por más que interviniera en el destino de esta, algo le ponía la zancadilla para conseguir su propósito. Era sencillo: no se podía jugar a ser Dios. Las cosas tenían un cauce donde el destino elegía el momento.

En la salida encontraron a Paca con Cipriana, que había estado ajena a todo lo acontecido, ya que había estado concentrada en devorar la hamburguesa. La saludaron con cariño y se montaron en los coches para regresar a casa.

En el trayecto a casa apareció la cabeza de Mindy del salpicadero. Pandora se asustó al verla, pues no la esperaba, y menos de aquella manera.

—Izan está en el parque de bomberos; ha sido un desmayo. Bueno, yo tuve algo que ver con dejarlo sin riego sanguíneo, pero ya está bien. Le insuflé una descarga de energía al corazón.

—Mindy, no vuelvas a poner en peligro a tu nieto. ¿Estás loca? Ha podido morir. —Los métodos de aquella vieja loca no le gustaban.

—Querida, es mi nieto y era necesario para salvarte. Jamás le haría daño gratuito. Lo tenía todo controlado —dijo ofendida, y se evaporó.

—No pienso preguntar, pero lo he escuchado todo —espetó Paca conduciendo.

—Déjame en el parque de bomberos. Y, por favor, ve a recoger a Macarena.

—No te preocupes. Al ver lo que estaba sucediendo, la tía Rocío mandó a Alfred a recogerla de la fiesta de cumpleaños. Está en casa, a salvo

—comentó Úrsula, que iba sentada detrás.

Izan se despertó de golpe, y se vio en una camilla a punto de entrar en una ambulancia. Su instinto de supervivencia lo hizo reaccionar y saltar de ella. No pensaba ir al hospital, ya había tenido bastante en estas semanas. Se negó rotundamente, ante los consejos de los enfermeros y de su jefe.

—Estoy bien. Fue un desmayo, simplemente.

Entró a por una botella de agua, y, al ver que el secuestro había acabado sin víctimas y que Pandora estaba a salvo, se tomó el día libre. Se despidió de sus compañeros y se fue a casa caminando. Había algo en su cabeza que se había conectado y no entendía; estaba teniendo flashes de recuerdos no vividos con Pandora. Veía una mansión, una habitación, tequila, sexo, retazos de conversaciones y lo que se figuraba un beso en un plano desconocido, pero lo más extraño era otro recuerdo de él hablando con la joven mientras esta estaba siendo retenida por el delincuente que había visto en la televisión. Esas piezas no sabía dónde ubicarlas, no tenían sentido para él porque no recordaba haber vivido esos hechos.

Cansado de esa sensación de angustia de no saber, se detuvo en medio de la calle y cambió de rumbo. Iría a hablar con Pandora para pedirle explicaciones. Lo único que se le ocurría era que en algún momento —que no recordaba— podía haberlo drogado para algún fin, ya que él pensaba que estaba obsesionada con su persona. No le encontraba otra explicación.

Bruja

Caminó decidida para enfrentarse a Izan; este juego de perder y recuperar la memoria la estaba hartando. Estaba más que decidida a ponerle las cosas claras y, si hacía falta, no dudaría en pegarle con un palo en la cabeza para que recordara.

Sin dar los buenos días, entró en el parque de bomberos gritando el nombre de Izan. Los chicos la miraron como si se hubiera vuelto loca y llamaron inmediatamente a Claudio, el jefe de bomberos. Pandora, pasando de todos aquellos hombres, inspeccionó las habitaciones, desesperada.

—¡Maldita sea, Izan! ¡Sal de tu escondite y da la cara!

Siguió esquivando a aquellos armarios de hombres y acabó en los vestuarios. Entró como un huracán, buscándolo con la mirada. Varios bomberos se encontraban en cueros cambiándose de ropa; otros salían de la ducha. A Pandora le dio igual, estaba muy acostumbrada a ver a chicos desnudos, ya que en su pasado había sido una rompecorazones muy golfa. Uno de ellos, con el pene lacio entre las piernas y sin vergüenza, se dirigió a ella.

—Señorita, Izan no está en el parque de bomberos. Hace unos veinte minutos que se ha marchado.

—¡Mierda! ¿Y a dónde ha ido?

—No lo sé. Supongo que a su casa, a descansar.

—Gracias.

Salió del vestuario sintiéndose un poco estúpida. ¿Quién era ella para entrar en el trabajo de Izan como una novia loca? Tal vez el destino estuviera dejándole señales para que se alejara de él. Tal vez Izan no fuese su media naranja, y por esa razón, cada vez que regresaba del limbo, no recordaba los momentos vividos como espíritu. Caminó sin rumbo, pensativa, sin saber a

dónde ir ni qué hacer, pero, por alguna extraña razón, sus pasos la llevaron a su tienda, «La rosa de Jericó». Se quedó mirando el escaparate, sonriendo al ver los productos que vendía: cartas del tarot, hechizos de todo tipo, mejunjes de brujas, etc.

—No puedo huir más. Esta es mi vida; esta soy yo —pronunció al viento para que recogiera sus palabras y se las llevara directamente a Izan, aunque sabía que eso jamás pasaría. Existe la magia, pero no los personajes de fantasía.

Buscó en su bolso la llave de la tienda. Decidió entrar y distraer la mente ordenando los pedidos; llevaba mucho tiempo desatendiendo su negocio por culpa de Izan y toda su estirpe. Entró y encendió algunas luces para poder trabajar, no quería que la gente pensara que estaba abierta.

Se descalzó, le encantaba sentir el suelo en la planta del pie. Se hizo un moño desenfadado bien alto y fue al almacén a por las cajas del nuevo pedido. Precisamente esa habitación no tenía puerta, solo unas cortinas de tiras de plástico de colores. Pasó y le dio al interruptor. La luz se hizo en la estancia, y vio a Izan sentado en una caja, mirándola fijamente. Pandora se sobresaltó, pero no gritó, solo lo observó.

—He forzado la puerta trasera; solo quería entender tu mundo. Estoy desconcertado. Algo extraño me está pasando, y por más que miro todos esos libros de magia, hechizos e historias de fantasmas, no puedo creerlo, es imposible. Tu tienda es un engaño, al igual que tú.

—Izan...

—¡No! ¡Estoy harto de ti! Mi cabeza está llena de recuerdos que no he vivido... ¡Me estoy volviendo loco! Dime la verdad, Pandora. Me has drogado, ¿no es cierto? ¿Cómo lo has hecho?

—¿Qué? ¡No! Todo es más sencillo. Eres demasiado cuadriculado, hombre en llamas.

—Puede ser, pero al menos yo no engaño a la gente adivinando su futuro. He visto la sala que tienes al fondo de la tienda.

—Yo no engaño a nadie, soy así. ¡Soy una bruja!, y no de esas que vuelan con la escoba y disparan rayos con las manos. Soy real, tengo un don, un sentido más desarrollado, puedo incluso hablar con los muertos. ¿Es tan difícil de entender?

—No puedo creerte. Esto es de locos... Ha sido una mala idea venir a aclarar las cosas. Necesitas ayuda, y de un profesional.

—¿Sabes qué? En realidad, la culpa de todo la tiene tu abuela Mindy Madison, ella empezó todo esto. Su fantasma me pidió ayuda para que te alejara de Daniela.

—Estas enferma. No metas en esto a mi abuela.

—¡Joder, Izan! ¿Qué tengo que hacer para que me creas? Esos recuerdos que tienes son reales, yo los viví y los sentí contigo... —Pandora se vino abajo, las lágrimas estaban a punto de asomar.

—Mueve las cajas, ¿no dices que eres bruja? —Se cruzó de brazos y la miró con aquella mirada tan intensa que la derretía y enfurecía a la misma vez.

—¡Esto no funciona así! ¡No soy Merlín!

En ese momento donde sus miradas se retaban, apareció Mindy Madison en medio de los dos. Sonrió a Pandora y le guiñó un ojo. Esta frunció el entrecejo sin entender, hasta que vio cómo una caja volaba por encima de su cabeza y se estrellaba contra el pecho de Izan. El bombero se quedó helado, atónito y mudo. Pero algo incomprensible sucedió, vio una especie de figura negra difuminada.

—¿Cómo lo has hecho? Es un truco, eso es —dijo, para convencerse a sí mismo.

Pandora sonrió, perversa. Había estado a punto de llorar de

impotencia al ver que Izan no la creía. Dejó a un lado ese sentimiento y dejó paso a la rabia; se vengaría de él por ser un capullo arrogante. Miró a Mindy y, susurrando, le pidió ayuda para mover los objetos. La función estaba a punto de empezar.

—No es un truco. Soy bruja.

Abrió un poco las piernas y extendió los brazos abriendo a la vez las palmas de las manos, y pronunció la primera palabra que le vino a la mente para hacer más creíble la escena.

—Tequilandora.

Ante el asombro de Izan, los papeles empezaron a volar por la habitación como si se tratase de una corriente de aire, y algunas de las cajas salieron disparadas contra él. La pequeña de las mujeres González se estaba divirtiendo con todo aquel teatro, pero detuvo a Mindy cuando vio a Izan resbalar por la pared hasta sentarse en el suelo. Su cara era un poema.

—Es cierto... Eres bruja... Ahora lo entiendo todo: me has hecho un hechizo para que mi relación con Daniela fracase. También la cambiaste a ella; se volvió egoísta y rastrera. ¡Y me has metido cosas en la cabeza en contra de mi voluntad! ¡Eres una puta acosadora! ¿Por qué me haces todo esto? ¿Por qué?

—¡Fuera de mi tienda y de mi vida! —La paciencia había rebotado el vaso. No podía más, y no tenía fuerzas para seguir luchando por sus sentimientos. Acababa de tirar la toalla.

Izan se levantó del suelo y se marchó sin más. Pandora esperó hasta escuchar la puerta cerrarse, y se derrumbó. Cayó de rodillas al suelo y dejó libre a la angustia que se aferraba fuerte a su dolorido corazón.

—Cielo, lo siento. —Mindy quiso consolarla. Le colocó una mano en la mejilla, y esta sintió su tacto suave en energía.

—Abuela... —Fue la primera vez que la llamaba con cariño. Toda

aquella rocambolesca historia las había unido de una manera que ellas mismas ni siquiera entendían—. Reconozco este dolor, es amor.

—Sí, cariño. El amor es como una bala que mata desde nuestro interior, y no hay verso que te consuele.

—Necesito una copa. —Pandora se levantó del suelo y se limpió las lágrimas. Tenía una facilidad increíble para ponerse la coraza de acero para dejar de sufrir.

—¿Qué tal si vamos al principio de esta historia a tomar un buen ron?

—¿A qué te refieres?

—Al Café Du Monde. Ahí empezó todo.

¿Un clavo saca a otro clavo?

El Café Du Monde estaba tranquilo. El crepúsculo todavía no había asomado, y las criaturas nocturnas no se habían echado a la calle. Pandora se sentó al final de la barra con el fantasma de Mindy y se fijó en que tenían Tequiladora, la nueva bebida que su tía Paca había hecho en su honor.

—Buenas tardes, señorita —la saludó el camarero—. ¿Qué va a tomar?

—Dos chupitos de Tequiladora, uno para mí y otro para mi amiga —señaló el asiento vacío que había a su lado.

—¡Oh! Mis disculpas, señorita —habló, dirigiéndose al taburete vacío—. Es usted tan hermosa que su belleza me eclipsó y me cegó. Ahora mismo le sirvo.—El camarero le sonrió, ligando con ella.

—Ya tengo ligue para esta noche. Me vendrá bien un revolcón —comentó a Mindy. Esta le sonrió, pero no le hacía ninguna gracia.

Pandora se tomó una botella entera de Tequiladora mientras Mindy resoplaba anhelando poder saborear un poco de alcohol. Estar muerta tenía sus ventajas y desventajas. El camarero le dio muy buena conversación, incluso interactuando con lo que creía que era su amiga invisible —pensaba que lo había provocado el alcohol. Quedaron para salir a dar una vuelta por la ciudad al finalizar su turno. Al fin llegó el momento tan esperado por la joven de las chicas González.

—Mindy, nos vemos mañana. Ahora tengo que comerme un buen postre. —La dejó allí plantada, con la palabra en la boca.

Tobías, así se llamaba el camarero, cogió su chupa y fue a buscar a su ligue. Descarado y sin cortarse un pelo, le dio un beso en la boca. Esta se dejó hacer sin protestar, necesitaba sexo salvaje con urgencia para olvidarse del

idiotas de Izan. Acaramelados, salieron del café, dejándose llevar por la lujuria. Caminaron por la calle, hablando de todo y de nada, solo haciendo manitas y buscando un lugar donde poder soltar a las bestias que gritaban en el interior de sus cuerpos impacientes por aparearse. Llegaron a un parque bastante tranquilo, con rincones ocultos por la vegetación y los árboles, idóneos para mantener relaciones sexuales. Excitados, se dejaron caer en el césped para devorarse la boca.

A unos metros se encontraba Izan sentado en un banco analizando la situación que había experimentado en la tienda de Pandora. Mindy, que había seguido a la joven, vio a su nieto distraído a unos metros, y se le ocurrió un plan perverso. Este estaba tan concentrado en su dilema interno que no se dio cuenta de que Pandora estaba a unos metros detrás de él retozando con un hombre. Sin más remedio, su abuela tuvo que intervenir una vez más. Concentró su energía y le tiró a la cabeza un limón de un viejo limonero del parque. Izan se llevó la mano a la cabeza y se giró buscando al culpable de tal fechoría, pero se quedó boquiabierto al ver a Pandora, la bruja, jugueteando con un chico.

—¡Encima se ríe en mi cara! —vociferó Izan—. Ella puede tener sexo, y a mí me destroza mi relación con mi novia —habló en voz alta, furioso. En realidad eran celos, aunque todavía no reconocía ese sentimiento hacia ella.

Mindy sonrió satisfecha, ya que pensaba que el único hombre con derecho sobre el cuerpo de Pandora era su nieto y nadie más. Rezó para que esta vez los dos tortolitos solucionaran las cosas, aunque la situación no pintaba bien. Decidió desaparecer y esperar.

Izan se dirigió a ellos muy cabreado, y, sin decir una palabra, cogió al tipo que besaba a Pandora encima de su cuerpo y le dio un puñetazo en la cara. Esta, al ver lo que sucedía, se levantó para intervenir, pero se quedó

muerta al comprobar que el hombre que golpeó a su ligue era el bombero.

—¿Qué coño haces, Izan? —Se colocó en medio de los dos para que no volviera a pegarle.

—¿Tienes novio? —preguntó el camarero, limpiándose la sangre de la nariz.

—Sí, es mi novia. Ahora vete, o juro que te haré una cara nueva.
—Fue una amenaza con una promesa explícita.

Este no quería problemas, y menos por culpa de un rollo de una noche. Levantó las manos en señal de rendición y se largó, negando con la cabeza. Lo que prometía ser una noche lujuriosa se había convertido en un mal sabor de boca. Pandora gritó al camarero para que no se fuera, pero fue inútil; este ya había tomado su decisión. Miró furiosa a Izan, y, enrabiada, se abalanzó sobre él para pegarle con las manos. El bombero, divertido, la detuvo, sujetándola de las muñecas.

—¡Eres idiota! ¡Me has estropeado la noche! —vociferó, fuera de sí. Tampoco iba muy católica; había bebido demasiado.

—¿Disculpa? ¡Tú hiciste que rompiera con mi novia!

—¡Venga ya, Izan! Esa tía nunca te ha querido; solo te utilizaba. Te hubiera dejado igual. Por cierto, ¿cómo te va con Daniela?

—Me dejó. ¿Contenta? —Le soltó las muñecas—. Pero si yo me quedo sin sexo, tú también. Acabo de hacer lo mismo que tú me hiciste a mí.

—Y una mierda. Ahora me voy a mi casa, y le diré al primer hombre que me cruce que me eche un polvo. Que te den, Izan.

Pandora se dispuso a caminar, pero la cabeza le daba demasiadas vueltas y acabó en el suelo. Él la observó sin intervenir; la dejaría marchar. Se dio la vuelta y se largó. Le importaba muy poco lo que le sucediese, o eso creyó. De pronto, una retahíla de imágenes y sentimientos afloraron en su cabeza, confundiéndolo. Se detuvo en mitad del parque, apretó el puño y

maldijo al sentir un cosquilleo al pensar en Pandora.

—¡Joder!

Sin entender lo que le estaba sucediendo, regresó a por aquella gamberra de cara angelical. La vio intentando dar dos pasos sin caerse. Llegó por detrás y la cogió en brazos.

—¿Qué haces? ¡Bájame! —protestó.

—No.

Pandora fue a quejarse de nuevo, pero no pudo. Se perdió en la oscuridad de su mirada, quedando atrapada en esos recuerdos que él no lograba recordar. Apoyó la cabeza en su pecho y se dejó llevar.

Caminó por el parque disfrutando de la noche y del aroma de la mujer que sostenía. Como no sabía dónde vivía, decidió hacer una excepción y la llevó a su apartamento en el centro.

En ningún momento la soltó. Incluso al llegar a casa, se dejó caer en el sofá con ella encima. Durante el trayecto, las imágenes en su cabeza habían aumentado, y se hacían más nítidas.

—Esto es un sueño prohibido, y antes de que llegue el olvido... bésame.

Sentimientos encontrados

Izan se volvió loco al rozar sus labios y sentir escalofríos. Se separó un momento y le agarró la cara entre sus manos para mirarla con intensidad.

—¿Qué voy a hacer contigo...?

Pandora había estado más tiempo en esa relación desastrosa que Izan, ya que ella recordaba sus encuentros en el mundo espiritual —de ahí que deseara esos besos ardientes—. Sin contestar a su pregunta, se lanzó con más énfasis a devorar sus labios, pero Izan la apartó con suavidad.

—No, estás bebida. Dormirás aquí, y mañana te llevaré a casa.

La llevó al único dormitorio de la casa y la dejó sola para que descansara. Pandora se tiró encima del colchón, resoplando; no entendía su actitud. Era el hombre más bipolar que jamás hubiese conocido. Sus cambios de humor y parecer la tenían desquiciada. De repente, el cavernícola del parque se había transformado en un caballero respetuoso y católico. Ni siquiera dormiría en la misma cama, no fuera a ser que tuviera pensamientos impuros y acabase copulando con la hija de Satán.

El sueño la fue venciendo poco a poco hasta quedarse totalmente dormida. Izan, en cambio, no pudo pegar ojo. Al otro lado de la pared se encontraba la mujer que le había cambiado la vida radicalmente.

Cerró los ojos, y aquellas imágenes desconocidas regresaron, haciéndolo dudar de si habían existido en otro plano. Hubo una que lo desveló de golpe: se vio a sí mismo con el camisón del hospital observando cómo dormía Pandora. Harto de esta ceguera en la memoria, decidió que iba siendo hora de encontrar respuestas; las necesitaba. Iría al foco del problema: al cementerio, donde su abuela descansaba en paz.

El reloj marcaba las seis y veinte de la mañana. Le dejó una nota

sobre la mesita de noche y cogió su chupa. En ella decía: «*He tenido que salir. Una urgencia*». Cerró despacio para no despertarla y, sin más demora, fue a hablar —un poco reacio— con su abuela. Era escéptico, y creer en algo que no veía lo hacía aun más difícil.

Pandora dormía a pierna suelta, soñando que estaba en la feria de Sevilla vestida de flamenca y que se lo pasaba en grande. La felicidad le duró muy poco: unas voces desde el más allá la despertaron de golpe. Al abrir los ojos, se encontró con Mindy Madison.

—¡Ya era hora, hija! —vociferó la anciana—. Vístete. Es urgente.

—¿Dónde estoy? —Se sentó en la cama, bostezando—. ¿Qué ocurre?

—Izan está en el cementerio, ha ido a hablar conmigo. Me tienes que ayudar para comunicarme con él.

—¿Ahora soy traductora del más allá? Utiliza utiliza tu energía para mover cosas. —Se volvió a tumbar en la cama.

—Está empezando a recordar todo.

La joven abrió los ojos y no lo dudó; sería una oportunidad única para que comprendiera. Se arregló en menos de un minuto y llamó a un taxi. La recogió un hombre colombiano, y se sintió feliz al poder conversar en su idioma natal, el castellano. Ni corta ni perezosa, le contó en un breve resumen su historia con Izan y su abuela. El taxista creyó cada palabra, y al final del trayecto le deseó suerte.

Entró en el viejo cementerio, y fue derecha a la tumba de Mindy. Encontró al bombero sentado en la lápida y hablando con el supuesto fantasma de su abuela. Se sentó a su lado, sin interrumpirlo. Izan detuvo la conversación y se la quedó mirando, sorprendido.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó, incrédulo.

—Tu abuela me avisó. Me me necesita para poder hablar contigo.

—¿De verdad está aquí? —Quiso saber, mirando al frente con la

mirada perdida.

—Está justo a tu izquierda. Cierra los ojos y deja tu mente en blanco.

—No me hace falta. Yo también la veo...

Y miró a su abuela directamente a los ojos. Mindy se emocionó, al darse cuenta de que era cierto.

Luna

En ese preciso instante, el teléfono de Pandora empezó a sonar: era su tía Rosario. La joven descolgó con un nudo en el estómago provocado por la confesión de Izan.

—¡Pandora! ¿Dónde coño te metes? ¡Te recuerdo que tienes una hija!
—Rocío estaba muy cabreada. Desde que la dejara Paca en el parque de bomberos, no habían sabido nada de ella.

—Tía, ahora no es buen momento...

—Macarena tiene cuarenta de fiebre. Estamos en el hospital. —Y, sin más, le colgó.

—Dios mío... —Se levantó con tanta rapidez que se mareó.

—Pandora, ¿qué ocurre? —Izan se preocupó, al verla blanca como la pared.

—Macarena está enferma. Tengo que ir al hospital...

—Te llevo.

La ayudó a caminar hasta el coche. Estaba conmocionada por la noticia. Se culpaba por haber desatendido a su hija, y si le llegaba a ocurrir algo, jamás se lo perdonaría. El bombero la metió dentro del vehículo y le ató el cinturón. Subió al asiento del conductor y arrancó. Al mirar por el retrovisor, vio a su abuela sentada detrás con cara de preocupación.

—Abuela, ponte el cinturón —dijo, sin pensar en la tontería que acababa de decir. Estaba tan nervioso como Pandora.

—No te preocupes, cielo, estoy muerta. No creo que un fantasma tenga una segunda muerte —ironizó para relajar el ambiente.

Condujo lo más rápido que pudo. No tardaron más de veinte minutos en llegar. Aparcó en el parking, y la joven no lo esperó, estaba demasiado

ansiosa por ver a su pequeña. Corrió como el viento hasta urgencias, y se encontró allí a toda su familia. Úrsula, que siempre había sido más comprensiva con ella, la abrazó y no la juzgó. En cambio, sus tías la miraron con desaprobación.

—¿Dónde está mi pequeña? —preguntó, llorosa.

—Rocío está con ella. Solo puede haber un acompañante —explicó Carmela junto a Bruno.

—Yo soy su madre —habló con dureza a su familia.

—¿Dónde estabas? Llevas días perdida pidiendo favores a todas para que cuidemos de Macarena —comentó Manuela en tono de riña.

—Lo sé, pero...

—La culpa es mía —intervino Izan—. He absorbido a su sobrina porque me sentía perdido y desubicado. Les pido disculpas. Si tienen que echar la bronca a alguien, que sea a mí.

—Es cierto —en ese momento apareció Rocío en la sala de espera—, has vuelto loca a mi sobrina. Ahora, Izan, ya sabes la verdad de todo. En tus manos está creer o no.

Pandora se abrazó a su tía, arrepentida. Ese sentimiento de culpabilidad no se lo podía quitar de encima. Esta la abrazó y la calmó. En realidad no estaba enfadada, solo preocupada. No tenía la menor duda de que su sobrina amaba con locura a Macarena. Entendía que llevaba semanas con mucho estrés psicológico, desde que el bombero entró en su vida.

—¿Cómo está Macarena? —Quiso saber. La angustia la ahogaba.

—Le ha bajado la fiebre. Puedes entrar a recogerla. Nos vamos a casa.

Pandora no lo dudó y fue directa al box donde se encontraba su pequeña. Estaba sentada en una camilla, sonriente, y hablando con alguien que sólo ella podía ver. Emocionada, acortó la distancia y la estrechó en un

abrazo de mamá osa.

—Cariño, ¿te encuentras mejor?

—Sí, mami, estoy bien. Mamá Owi me ha cuidado —Macarena se refería al fantasma.

Pandora giró la cabeza y vio a una mujer africana sentada en el sillón que había junto a la cama. Esta sonrió a la joven antes de desaparecer. Cogió a su hija en brazos y salió de urgencias comiéndosela a besos. Había pasado un mal rato, pero todo había quedado en un susto.

Izan le pisaba los talones; estaba tan preocupado o más que Pandora. Sin cortarse un pelo, y delante de la familia de la joven, insistió en llevarlas en su coche a la mansión, pero esta se negó en redondo. Había tomado una decisión en cuanto entró por el hospital: poner distancia entre el bombero y ella. Tenía claro que su vida era un caos desde que entró en su rutina, poniéndolo todo patas arriba.

—Gracias, pero no. Iré con mis tías a casa —habló muy seca.

—Solo quería asegurarme de que Macarena llegara bien. Me preocupo por la niña —explicó.

—No es tu hija. Será mejor que te vayas.

—Podría serlo, ¿no? —La miró con su habitual mirada oscura, aquella que escondía un secreto.

—Mi hija no tiene padre; no es tuya. Adiós, Izan. No vuelvas a buscarme. No quiero saber nada de ti.

—¿De qué estás hablando? ¿Es porque mentí sobre el fantasma de mi abuela? No sabía lo que veía exactamente.

—No voy a negar que ese detalle es muy *heavy*. Tengo curiosidad por saber por qué mentiste, pero he entendido una cosa: tú y yo no podemos vivir en el mismo universo.

—Te equivocas —expresó, a un palmo de su rostro.

La familia de Pandora presenció toda la escena sin intervenir. La situación era delicada, se palpaba la tensión en el ambiente. Al ver a su sobrina darle plantón en la conversación y dirigirse hacia ellas, inmediatamente se subieron al coche.

Pandora dejó un segundo a Macarena en el suelo, momento que aprovechó la niña para salir corriendo hacia Izan, que la recibió con los brazos abiertos. La pequeña le dio un fuerte abrazo y le susurró algo en el oído que le dejó pensativo.

Pandora, que lo había observado todo, se preocupó, y cuando la niña regresó a su lado, no pudo evitar preguntarle.

—Cielo, ¿qué le has dicho a Izan?

—Luna.

—¿Qué significa luna?

La pequeña se encogió de hombros y se metió dentro del vehículo. Solo faltaba Pandora por subir, pero algo dentro de ella se inquietó con aquella palabra: «luna». Sabía que cuando su hija se comportaba de manera extraña era porque había una razón de peso.

Se miraron por última vez antes de desaparecer dentro del coche.

Regresión al Pasado

Rocío paseaba de un lado al otro de la biblioteca, pensativa e intranquila. Todos sus planes se habían venido abajo. De pronto, sintió frío a su espalda, y supo que Mindy Madison había acudido a su llamada.

—Debemos decirle la verdad. Tiene derecho —insistió Mindy—. Nada ha salido como planeamos.

—El problema está en que no lo recuerda. En cambio, tu nieto recordó algo. Estar en coma le tuvo que despertar ese recuerdo dormido. Mi instinto de bruja me dice que lo sabe, lo sospecha.

—Debemos actuar rápido... Él me ve, y hará preguntas...

—Mañana es la boda de Carmela. Dejemos pasar la celebración, y a la noche, a la hora de las brujas, haré que Pandora despierte y recuerde.

—De acuerdo. Hasta entonces quedaré en un segundo plano.

Al día siguiente, por la tarde.

Bruno y Carmela se habían dado el «Sí, quiero» rodeados de la familia y amigos. Había sido un enlace muy íntimo, con las personas importantes de su vida. Los recién casados abrían el baile, con el crepúsculo en el horizonte. Enamorados, se susurraban palabras de amor. Por otro lado, la familia disfrutaba de la fiesta entre risas, menos Rocío, que estaba muy preocupada por su sobrina Pandora. Había guardado un secreto durante meses; las visiones le habían enseñado la verdad del enigma de esta. Ella había actuado en consecuencia, asegurándose siempre de su bienestar.

Más tarde, las mujeres González disfrutaban de la velada con una botella del nuevo mejunje de Paca, el Tequiladora. Además, para celebrar el

enlace y la felicidad de Carmela, Paca había traído un cigarrito de marihuana para fumar entre todas.

Entre calada y calada, vieron aparecer a Pandora descalza por la esquina. Manuela le hizo un gesto con la mano para que se uniera a ellas.

—Ya he acostado a Macarena—informó a su familia—. Y Cipriana está devorando la tarta con el pobre del tío Alfred en la cocina, ¡ja, ja, ja! Lo tiene acorralado.

—Esa mujer va a explotar cualquier día como una palomita —dijo Paca, muy segura de sus palabras.

Todas rieron por sus ocurrencias, pero la sonrisa se les borró de la cara cuando vieron aparecer a Mindy Madison. Cada miembro de las mujeres González podía verla, y no era habitual.

—¿Cómo es posible? —preguntó Úrsula, tragando saliva.

—He quitado el velo que cubre el más allá —explicó Rocío.

—¿Por qué? —quiso saber Pandora.

—Hoy, una de vosotras hará una regresión al pasado. Es primordial para que recuerde y desvele el misterio de su vida —Rocío aportó más información sin querer desvelar mucho. No podía condicionar a Pandora.

—¿Una de nosotras? ¿Quién? —Carmela empezó a asustarse.

—Me refiero a Pandora —la miró directamente, sorprendiéndola en el acto.

—¿Yo? ¿Y por qué iba a hacer algo así?

—Debes hacerlo; no puedo decirte nada más. Faltan diez minutos para la medianoche; todo está preparado en la biblioteca. Hay que darse prisa. —Empezó a caminar, pero ninguna la seguía. Se habían quedado atónitas—. ¡Moved ese culo, por Dios! Sólo os diré que este misterio forma parte de mis visiones.

Un poco recelosas, la siguieron al interior de la casa, y observaron

que la puerta de la biblioteca estaba abierta. Entraron de una en una, y vieron en el suelo un círculo de velas blancas encendidas. En medio había un cáliz que contenía un líquido. Rocío le pidió a Pandora que entrara dentro del círculo y cogiera el cáliz.

—Vosotras —se refirió a la familia—, poneos en círculo alrededor de las velas y cogeos de las manos.

Obedecieron por pura curiosidad. No tenían ni idea de qué significa todo aquello, pero una cosa estaba clara: querían llegar al fondo de la cuestión y desvelar tanto misterio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Pandora, sujetando el cáliz.

—Bébetelo. Y vosotras, repetid mis palabras: «En este momento, a la hora de las brujas, invoco al tiempo para regresar al pasado y recordar lo olvidado».

Corearon al unísono sus palabras mientras Pandora ingería el líquido, que le sabía a regaliz negro. Miró a su familia, sin notar nada extraño en su cuerpo ni en el ambiente, pero, de pronto, vio una especie de niebla rodeando solo sus piernas. La cabeza empezó a darles vueltas, y en cuestión de segundos, se vio engullida en un oscuro torbellino que la llevó directamente al pasado. Sin comprender qué ocurría, vivió en primera persona una situación que había borrado de su mente hacía mucho tiempo.

Rocío dejó de recitar el cántico y observó a su sobrina tirada en el suelo, dentro del círculo y completamente dormida. Las demás se miraban entre ellas sin entender.

—¡No te sueltes! —gritó Rocío a su hermana Paca—. No podéis romper la cadena. No os soltéis las manos.

—Me estoy haciendo pis. Mi vejiga aguanta muy poco. —Paca cruzó

las piernas.

—¡Mira que eres inoportuna, hija! Tendrás que hacértelo encima —
intervino Carmela.

Paca, con su descaro habitual, separó las piernas y dejó que el torrente de orina bajara por sus muslos. Su cara de felicidad confirmaba lo que acababa de hacer.

—¿Qué has comido? Huele fatal. —Úrsula arrugó la nariz.

—Espárragos. Estaban deliciosos. ¿Hasta cuándo tenemos que estar así? Parece que vamos a jugar al corro de la patata.

—Hasta que despierte. Y cállate de una vez y observa —la reprendió Rocío.

Las mujeres González miraron a Pandora en silencio, vigilando que en su duermevela estuviera tranquila y que no le sucediese nada malo al cruzar un puente al pasado.

Sal, Tequila y Limón

«Pandora corría sin rumbo fijo por la calle, llorosa y con el alma destrozada. Derek, su novio naturista que había conocido en Alemania y que creía el amor de su vida, le había puesto los cuernos.

Gritó de rabia bajo una farola y cayó de rodillas, sintiéndose desgraciada. Pero ella era una mujer fuerte, y cuando vio delante de sus narices unas luces de neón de color verde que parpadeaban, supo donde tenía que ahogar sus penas.

Se levantó del suelo, y con el dorso de la muñeca limpió sus lágrimas. Caminó decidida para olvidar a Derek; esa noche sería una mujer distinta. Sin saberlo, saberlo cambiaría su vida.

El pub estaba repleto de gente y de deseo, se palpaba en el ambiente. Miró a varios tíos, y sin pensárselo, fue a por ellos; necesitaba quitarse ese dolor. Con el descaro que la definía, los acosó hasta conseguir su propósito: meterles la lengua hasta la garganta. La situación se fue calentando hasta que dos de esos seis chicos le propusieron hacer una orgía. Aceptó; lo único que deseaba era sentirse querida.

Varios hombres y mujeres, incluida Pandora, abandonaron el pub para ir a casa de uno y disfrutar del placer en grupo, pero en el último instante se arrepintió.

—La calentabraguetas no quiere follar —se burló uno.

—¡Que te den, gilipollas!—inquirió Pandora.

—Tranquila, gatita. Eh, tío, déjala. No vale la pena.

El grupo se largó calle abajo, riéndose de ella. Pandora se sintió muy estúpida; no debería haber actuado como una fresca. Se marchó en

dirección contraria, y al girar la calle se tropezó con un chico. A este, que llevaba dos botellas de alcohol en una bolsa de papel, se le escapó una de ellas, rompiéndose justo en los pies de Pandora. Los cristales se hicieron añicos al contacto con la acera, y uno de ellos se le clavó a la joven en un dedo.

—¡Auch! ¡Mi pie!—gritó de dolor, cojeando e intentando apoyarlo.

—¡Joder! ¡Lo siento! No te vi. —El muchacho la sujetó, al ver que no mantenía el equilibrio.

—¡Me duele! —Pandora seguía quejándose.

—Tranquila, vivo justo en ese edificio. Te llevo y lo desinfecto. Es lo mínimo que puedo hacer.

—¿A tu casa? ¿Qué dirá tu mujer?

—Nada; no tengo pareja. Déjame ayudarte, por favor; así no llegarás muy lejos. Luego te pediré un taxi.

—De acuerdo. ¿Huele a ron? —preguntó Pandora, sujetándose de su brazo.

—Sí. Menos mal que también compré tequila.

La ayudó a caminar. Solo había unos metros hasta el portal, pero, al ver la fatiga en su cara, decidió atajar el problema por la vía rápida. La cogió en brazos, y ella no protestó porque sintió alivio. Subieron los dos pisos por la escalera, y, sin soltarla, sacó la llave del pantalón y abrió la puerta. La dejó en el sofá mientras iba a por el botiquín de primeros auxilios.

—Apoya tu pie encima de mis muslos.

Pandora, ahora más tranquila, lo devoró con los ojos. A causa del dolor, no se había percatado de lo atractivo que era. Observó cómo, con maestría y delicadeza, le sacaba el trozo de cristal y desinfectaba la herida. Después, se la vendó.

—Como nueva, señorita. —Le guiñó un ojo.

—¿Eres médico? Se te da muy bien socorrer a la gente.

—No. Mi madre sí lo era; ella me enseñó.

—Hablas en pasado. —Se enterneció ante su mirada nostálgica.

—Sí, mis padres murieron. Ley de vida —comentó, intentando cambiar de tema.

—Tenemos algo en común. Los míos también se fueron, pero me criaron tres gamberras. Adoro a mis tías.

—Yo tengo a mi abuela, y también es una gamberra. ¿De dónde eres?

—España. Me crie en Andalucía, en Sevilla. ¿Y tú?

—Soy de Nueva Orleans. Decidí tomarme un año sabático antes de hacer las pruebas para bombero.

—¡Oh, un hombre en llamas! —bromeó Pandora.

—¿Y tú? ¿Qué haces en Alemania?

—Si me sirves un trago de tequila, te lo cuento todo. —Coqueteó, mordiéndose el labio inferior.

—El tequila estaba predestinado para conocerte. Ahora vuelvo. —Se levantó para coger dos vasos de chupito, sal, tequila y limón.

—¡Por cierto, me llamo Pandora! —gritó con entusiasmo.

—Encantado. Yo soy Izan.

Regresó con la botella y lo dispuso todo encima de la mesa para comenzar la fiesta.

—¿Sabes cómo funciona? —preguntó Izan con picardía en la mirada.

—Me ofendes. ¡Soy la reina del tequila, papi! —rio, divertida—. Primero te echas sal en el dorso de la mano; a continuación, tragas el tequila de una sentada, y, por último, muerdes el limón.

—Gracias por la explicación, señorita. ¿Qué tal si jugamos a una ronda de preguntas?

—Dispara, hombre en llamas.

Empezó el juego. Al principio eran preguntas inocentes sobre sus familias, país de origen, gustos de música..., incluso color preferido, hasta que el alcohol los poseyó y el cuerpo se calentó a niveles Fahrenheit. Ambos empezaron a prestar más atención a sus virtudes físicas, y el deseo fue abriéndose paso, prácticamente, hasta la lujuria y la perversión.

El primer impulso animal lo dio Pandora cuando, valiente y arrolladora, se lanzó descarada a probar sus labios. Él se mostró receptivo en todo momento, y contestó a su llamada salvaje metiendo sus manos debajo de su vestido.

Inmediatamente, los gemidos se escaparon de la garganta de la joven, en cuanto sintió las yemas de sus dedos sobre sus pezones. El beso se hizo más rudo, más desesperado, hasta el punto de tumbarla sobre el sofá y meterse entre sus piernas.

En ese momento, le sobró toda la ropa. Con maestría, se deshizo de la sudadera, y con torpeza, de los pantalones. En cambio, Pandora fue más práctica y se bajó el escote, liberando sus turgentes pechos.

—Necesito un trago. Espera.—Izan, a pesar de la borrachera, estaba nervioso. Llevaba muchos meses sin sexo con una mujer.

—No, cálmate. Yo te daré un trago delicioso.

Como una maestra en placer carnal, se quitó la ropa interior, y, acto seguido, cogió la sal —ante la mirada perversa del futuro bombero— y roció su sexo.

—Lame —ordenó, mordiéndose el labio.

Izan apretó la mandíbula para controlar sus ganas de devorarla y lamió la sal de su vagina.

—Ahora beberás de mi coño...

Este levantó la mirada y sonrió. Pandora vertió tequila en su vagina, como si se tratara de una cascada. Este, excitado como un perro en celo, sacó la lengua y lamió apresurado, recogiendo el contenido. En cuánto sació la sed de beber de ella, cogió el trozo de limón y lo exprimió en su carne palpitante, presionando en el clítoris con intención de enloquecerla, y lo consiguió. Pandora gimió, levantando las caderas en busca de placer. Él besó sus labios vaginales hasta conseguir que ella se derramara en su boca.

—¡Fóllame, joder! —vociferó Pandora.

Izan no dudó, tenía los testículos cargados de semen y el pene duro como una piedra. Lo guio hacia su entrada y se hundió, poniendo los ojos en blanco. Ahí empezó el baile de perversión.

Entró y salió de ella a un ritmo fiero mientras ella disfrutaba de los resquicios del orgasmo. Hubo un detalle que pasaron por alto, y que a la larga traería consecuencias: Izan se corrió dentro de ella, sin ser consciente de lo que hacía, ya que estaban muy borrachos.

Salió de su cuerpo y se dejó caer en el sofá. En ese momento, y a causa de que tenía el cuerpo relajado, se tiró un pedo. Pandora lo miró, seria, pero segundos después se echó a reír como una loca.

—¡Ja, ja, ja! Voy al baño —comentó.

Al levantarse del sofá, se mareó y se cayó al suelo, muerta de risa. Izan la miró riéndose, pero no movió un músculo para socorrerla porque el alcohol lo había dejado drogado por completo.

Pandora optó por ir a cuatro patas; necesitaba orinar urgentemente. Al cabo de unos minutos, salió del baño, y, al regresar al salón, encontró a Izan completamente dormido y roncando. La joven se encogió de hombros y se vistió; entendía que la fiesta había terminado. Se largó sin más y regresó al piso de alquiler donde se instaló al llegar a Alemania, antes de unirse a la

comuna naturista de su ex novio Derek.

Al cabo de unas ocho horas.

Izan se despertó desnudo, sentado en el sofá y con el miembro pegajoso. Miró a su alrededor con un fuerte dolor de cabeza y observó el tequila. No recordaba absolutamente nada de la noche anterior. Tenía demasiadas lagunas, aunque no sabía por qué solo recordaba un nombre: Pandora.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién es Pandora? —preguntó a pleno pulmón, intentando ordenar la situación en su cabeza.

Lo único que sacó en claro fue que había pasado la noche con una tal Pandora, y que esta olvidó algo importante antes de marcharse: se dejó la ropa interior. Por instinto, e inmediatamente, miró la cartera y se dio cuenta de que le faltaba dinero, concretamente cincuenta euros. Recordaba el momento de haber ido al cajero a sacar pasta, pero nada más. A partir de ahí, se había borrado todo. Estaba convencido de que se había liado con una mujer de nombre Pandora, y que esta lo había drogado para robarle. No le encontraba otra explicación.

Aquel nombre lo atormentó durante meses. Acabó odiándolo, porque, sin saber muy bien por qué, lo había dejado ciego, sin recuerdos y con la cartera vacía.

Por otro lado, Pandora amaneció en el suelo de su salón. Se levantó con la cabeza embotada; le dolía muchísimo. Vio su bolso desparramado y un tique de un taxi. Lo miró extrañada. Intentó recordar, y le vinieron a la mente unas imágenes que le congelaron la sangre: salía del pub con un grupo de chicas y chicos para ir a hacer una orgía. A partir de ahí, todo se

quedó en blanco.

—¡Dios mío!, ¿qué he hecho?—gritó arrepentida, creyendo que se había acostado con toda esa gente. Su indumentaria —y en la situación en que se despertó— evidenciaba la propuesta que aceptó la noche anterior».

Abraza tu destino

Las chicas González seguían vigilando a Pandora. No le quitaban ojo; se encontraban en silencio y sin romper el círculo. Esta susurraba palabras sueltas e inconexas mientras se movía en el suelo. La situación se puso un poco incómoda cuando la vieron mover las caderas de forma sensual y sugerente a la vez que gemía. Al cabo de unos diez minutos se quedó quieta y, sin mover un músculo, y sonrió después de tirarse un pedo. Sus primas se rieron, mientras que sus tías arrugaron la nariz.

—Se acaba de tirarse un cuesco —comentó Paca—. Pero si parecía muy entretenida rozándose las partes privadas...

—No sé. Cuando una experimenta una gloria, el cuerpo a veces se relaja demasiado —saltó Manuela, intentando explicar lo que estaba sucediendo.

—¿Una gloria? ¿A qué te refieres, tía? —preguntó Úrsula, curiosa.

—Una gloria, para mi hermana la santa, es un orgasmo —explicó Rocío, negando con la cabeza.

De repente, en mitad de aquel batiburrillo de conversación, Pandora abrió los ojos. Estaba un poco desorientada con tanta información esclarecedora, pero, por fin, aquellas lagunas se habían reconstruido. Ahora ya sabía la verdad.

—Tiene una luna, como Macarena. De nacimiento. Él me lo dijo... Yo... —Estaba muy desorientada con tanta información.

—Cielo, tenemos que hablar. —Rocío le ofreció la mano para ayudarla a levantarse. Se la agarró y se dejó llevar por la matriarca de la familia.

Las demás la siguieron cuchicheando hasta el gran salón. Al entrar

vieron que en la mesita de café había dulces y té. Paca y Manuela se miraron, entendiéndose con las expresiones de la cara. De inmediato supieron que su hermana mayor, aunque también era su melliza —pues había nacido la primera—, había planeado todo este enredo con la maestría de una auténtica González.

Se sentaron en los cómodos sofás, incluida Mindy, que no se separaba de Rocío. La primera en hablar fue Pandora.

—No fui a la orgía. No lo hice —sonrió, porque aquel hecho la había torturado durante mucho tiempo, sobre todo al pensar que Macarena había sido concebida de tal forma—. Su padre es Izan —afirmó, sin todavía creer nada de aquel viaje astral al pasado.

—¿El padre de quién? —preguntó Carmela, sorprendida.

—De Macarena. Yo... olvidé lo que sucedió por la borrachera... —Miró a su tía Rocío y se puso seria—. ¿Por qué no me lo dijiste, si lo sabías?

—No lo supe hasta que Mindy murió. Por alguna razón extraña que en esta vida terrenal no entendemos, los espíritus lo saben todo. Son como oráculos. Mindy descubrió en el más allá que su nieto tenía una hija que no sabía que existía. Ahí empezó todo.

—Trazamos un plan para haceros recordar a los dos. Pensamos que, al veros de nuevo, vuestra memoria reaccionaría —explicó Mindy—, pero no fue tan simple: los dos tenéis mucho temperamento. Izan también borró lo sucedido aquella noche; de lo único que se acordaba era de tu nombre. Él ha creído durante mucho tiempo que una tal Pandora lo sedujo y lo drogó para robarle el dinero de la cartera.

—Eso no es cierto; cogí dinero para el taxi. Bueno, un poco bastante, pero no estaba en plenas facultades a causa del alcohol. Ahora entiendo por qué ha sido tan estúpido conmigo: siempre relacionó mi nombre con algo malo que le sucedió.

—Exacto, hasta hace poco. Cuando volvió a desvanecerse por segunda vez, los verdaderos recuerdos de aquella Alemania lo asaltaron hasta volverlo loco. Está perdido, y no entiende nada.

—¿Y por qué no se lo explicas? Según él, te ve.

—No acepta que tiene un don, Pandora. Me ve desde que morí, como un borrón o una sombra. No acepta que pueda ver más allá del velo, y es importante creer para despertar el sexto sentido. Izan no me permite el paso para comunicarme con él directamente. O hasta hace unas horas, exactamente.

—¿Qué hago? —tenía dudas sobre cómo actuar.

—¿Qué sientes, cariño? —preguntó a su vez Rocío.

—Que él es mi destino...

—No se hable más. Mueve el culo, que la tía Paca te va a llevar a su casa. Ya es hora que abras tu destino. —Le guiñó un ojo para animarla.— Pero antes de irte quiero darte algo que te pertenece—. Le entregó el anillo de su madre, el mismo que tenía Carmela y que su abuelo regaló a cada una de sus hijas. En el ponía; *“aférrate a la vida”*. Pandora se emocionó.

—Prima, me alegro tanto de que Macarena haya encontrado a su padre... El bombero es perfecto para ti. —Carmela la abrazó fuerte.

Paca salió apresurada del salón: tenía una misión que llevar a cabo. La pequeña rebelde de las González había encontrado a la semilla que hizo realidad el milagro del nacimiento de Macarena. En cambio, la afectada iba de los nervios pisándole los talones. Justo en el recibidor de la entrada, encontraron a Cipriana comiéndose una torta de aceite.

—¿A dónde vais a estas horas? —preguntó, sin dejar de masticar.

—De fiesta—Paca soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—¡Oh! ¡Me apunto! Llevo mucho tiempo sin pegarme una buena fiesta.

—No me extraña, hija. Si tu vida gira en torno a la comida... Si dejaras de masticar las veinticuatro horas del día, vivirías más —le espetó Paca, negando con la cabeza.

—Mi buen apetito no tiene nada que ver; es mi rutina en Sevilla. Me he vuelto una maruja.

—Siempre fuiste una maruja. Anda, venga, te vienes con nosotras.

Subieron a la furgoneta de Paca, la misma que utilizaba para su negocio de licores. La parte de atrás estaba repleta de Pacorujo y Tequiladora.

Pandora le exigió que no se pasara de la velocidad permitida, incluso le advirtió de que fuera más despacio. En el camino de tierra que conducía a la ciudad, se había levantado una niebla siniestra que se perdía por el terrorífico paraje.

—¿Creéis que habrá una churrería abierta a estas horas? —preguntó Cipriana despreocupada, mirando por la ventanilla.

Paca y Pandora pusieron los ojos en blanco al escuchar su pregunta.

—¡Esto no es Sevilla! ¡Y deja para de pensar en la comida, mujer! —gritó Paca, arrepintiéndose de haberla llevado con ellas.

—¡Tengo hambre! —vociferó Cipriana, justo en el momento en que le rugieron las tripas.

—¡Y cuándo no! —chilló Paca, girando la cabeza para que la oyera alto y claro.

—¡Tíaaa!

Paca miró al frente y frenó de golpe al ver una sombra en la niebla. El corazón le latía a mil, al igual que el de su sobrina. De pronto, se le erizó el vello: sabía que aquella sombra misteriosa era un presagio de mal augurio. Decidió callarse; más tarde hablaría con su hermana Rocío.

—¿Qué era eso? —preguntó Pandora, recuperando la compostura.

—Nada; hay mucha niebla. Seguro que habrá sido el reflejo de un árbol.

Arrancó el coche, y esta vez no apartó la vista de la carretera.

Te reconozco beso a beso

Llegaron a la ciudad y, antes de dirigirse a los sitios donde probablemente estaría Izan, se detuvieron en doble fila. Lo más sensato era preguntar al GPS del más allá, a Mindy Madison. Pandora gritó su nombre un par de veces, hasta que esta apareció detrás del asiento del copiloto en bata y con los rulos puestos.

—¿Los fantasmas os acicaláis para dormir? —preguntó Paca, observando incrédula su vestimenta.

—Que esté muerta no significa que tenga que ir hecha unos zorros.

—¿Podemos dejar la conversación de marujas de peluquería para más tarde? —Miró a ambas en plan irónico—. Mindy, ¿dónde está Izan?— apremió Pandora, un poco ansiosa.

—En su casa. Hoy no tenía turno de noche.

—Gracias. Arranca, tía.

—A sus órdenes, chochete. —Paca se incorporó a la carretera mirando a su vez por el espejo retrovisor, y se dio cuenta de que Cipriana estaba completamente dormida—. No me jodas, se ha quedado frita. No habrá fiesta.

—¿Es que pensabas irte de parranda con la Cipri?

—Para una vez que salgo de noche, hay que aprovechar la ocasión —contestó su tía, guiñándole un ojo.

—Míralo por el lado bueno. Al menos, no dejará a Nueva Orleans sin dulces —ambas se rieron.

Paca aparcó justo en la puerta del edificio del bombero y animó a Pandora a salir del coche; sabía que se la comían los nervios. Justo cuando puso una pierna fuera del auto, su tía alargó la mano y le dio un azote en el

trasero.

—A por él, campeona —le dijo con entusiasmo.

—Gracias... —Le hizo un gesto con la mano para que se marchara y caminó decidida.

No supo exactamente cuánto tiempo pasó, pero le pareció una eternidad. Llevaba rato delante del portero; no se atrevía a subir. Toda esta euforia del principio se desvaneció, quedando la duda y la incertidumbre de ser correspondida por el hombre que la dejó embarazada.

En su caos mental, escuchó la puerta abrirse. Era un vecino vestido de uniforme que iba a trabajar. *Aprovechó ese golpe de suerte para entrar y subir lentamente las escaleras hasta llegar al departamento.* Respiró hondo y llamó a la puerta. Sabía exactamente qué le iba a decir para resolver el enigma de la paternidad.

Escuchó quitar el cerrojo de la puerta y chirriar al abrirse. En ese preciso momento, cerró los ojos para envalentonarse y soltar lo que quería decir.

—¡Necesito verte desnudo! ¡Es importante!

—¿Cómo dice? —preguntó un señor mayor acompañado de su mujer. No era normal que a altas horas de la madrugada llamaran a su puerta.

—¡Ups! Lo siento. Yo...

—¡Pandora!—exclamó Izan, sorprendido. Se había levantado a por un vaso de agua y había escuchado voces en el descansillo.

Esta se giró muerta de vergüenza y haciendo muecas con la boca ante aquella situación tan embarazosa. Corrió hacia el bombero, lo empujó dentro de su casa y, antes de cerrar la puerta, se disculpó con el matrimonio de ancianos.

—¿Qué haces aquí a estas horas? Creía que no querías saber nada de mí —le espetó con su habitual tono de voz despectivo.

—Solo necesito comprobar una cosa.

Pandora hizo oídos sordos a su actitud estúpida y comenzó a levantarle la camiseta. Izan se quedó atónito e intentó detenerla, pero era muy escurridiza. Justo cuando la iba a agarrar de las muñecas, esta tiró de su pantalón del pijama hacia abajo. Él, instintivamente, se tapó el pene con las manos, ya que no llevaba ropa interior.

—¿Te has vuelto loca?

—¡Cállate! Y enséñame el culo. Date la vuelta —exigió.

—No. ¿Qué te ocurre? ¿Ahora eres una acosadora? .

—Eres un creído, ¿lo sabías?

—¿Quieres ver mi culo? ¿Es eso? Vale, pero luego te largas. —
Todavía estaba muy dolido por su actitud en el parking del hospital.

Cansado de sus juegos absurdos, se dio la vuelta y se lo enseñó. Pandora se quedó mirando fijamente a un punto en concreto de su trasero.

—¿Contenta?

—Tienes una luna. Está ahí, mírala...

Se sentía mareada por tantas emociones en tan poco tiempo, y se fue al sofá para sentarse. Sus sospechas lo confirmaban. Obviando la retahíla de Izan, empezó a contar con los dedos los meses de embarazo. Comprobó que la loca de Mindy Madison decía la verdad.

—¡Eh, Pandora! ¡Te estoy hablando! —Se colocó delante de ella para que lo atendiera.

—¿Quieres parar de una puta vez? ¿Es que no lo entiendes? —chilló ella, atacada de los nervios.

—¿Entender qué? —La levantó del sofá, furioso—. ¿Que hace siete años nos unió una botella de Tequila?

—Lo sabes...

—Claro que lo sé. Desde que desperté del coma, los recuerdos me

han atormentado. Al principio no entendía nada; incluso empecé a ver a mi abuela... No quería creerlo... Pensé que me estaba volviendo loco.

—Dicen que cuando tienes una experiencia cercana a la muerte desarrollas un sexto sentido...

—Tal vez... Hasta hace unos días no completé ese puzle en mi cabeza. Lo vi claro: esa tal Pandora que me robó mi dignidad hace años eras tú...

—¡No te robé nada! ¡Solo te cogí dinero prestado para un taxi! —gritó, indignada.

—¡Maldita sea! —gritó a un palmo de sus labios—. Hace siete años no me robaste la dignidad, sino el corazón. Ahora lo sé. Ahora entiendo por qué tanta rabia hacia tu nombre: Pandora significó lo mejor de Alemania. Aunque quería negarlo, siempre sentí un vacío en mí.

—¡Gilipollas! —Lo abofeteó, llorando—. Me has hecho sufrir hasta el último momento. Llevo siete años viviendo una mentira, creyendo que mi hija fue fruto de una orgía, y resulta que fue por una botella de tequila. Fue fruto de la pasión.

—Ella lleva mi marca de nacimiento, ¿no es cierto?

—Macarena tiene una luna en su nalga derecha, como tú...

Se miraron un instante, en silencio. Tenían tantas preguntas que hacerse, que no sabían por dónde empezar. Izan le cogió las manos, la llevó hasta el sofá y le pidió que esperara unos segundos. Al cabo de un minuto, apareció con dos vasos de chupito, sal, limón y una botella de tequila, pero no cualquier tequila, sino uno de los mejores de la zona: el Tequiladora.

—Hace siete años se nos fue de las manos. Hoy te propongo tomarnos un chupito y conversar. ¿Tregua?

—De acuerdo —lo miró con una gran sonrisa—, pero antes... bésame.

No pudo decir que no a su petición cuando era lo que más deseaba. Sin prisas, pero sin pausa, unieron sus labios, y ahora que lo recordaban todo, se reconocieron con cada beso y caricia.

—El pasado nos gritó con fuerza, y a pesar del ruido que tú y yo hemos hecho en el presente, nos negamos a escuchar —susurró Izan contra sus labios.

—Está permitido equivocarnos si la meta es volver a conocernos.

—¿Y ahora qué? —El bombero apoyó su frente con la suya y cerró los ojos.

—Ahora improvisemos, dejémonos llevar por nuestros pasos, y el mañana dirá. —Pandora pasó sus manos por su cuello y enlazó sus dedos con el pelo de su nuca.

—¿A dónde te llevan tus pasos?

—A tu boca, y hace tiempo que me perdí en los entresijos del corazón... Me enamoré, Izan, de tu mal carácter, de tu sonrisa, tus hoyuelos, de tus lágrimas... No sin ti...

—Contigo aprendí a sentirme vivo, a suspirar, pues hay amores que jamás se pierden en el tiempo... No sin ti.

Ambos habían encontrado el equilibrio, y lo único que deseaban era empezar de nuevo. Se miraron, y sonrieron. Sus deseos volvieron a despertar, perdiéndose en el delirio del otro. Aquel recuerdo de los dos amándose hacía siete años encendió sus cuerpos hasta perder el control.

—Quiero, deseo, que esta vez ninguno de los dos olvide...

La cogió en brazos y la llevó a la encimera de la cocina. Se metió entre sus piernas y buscó su aroma en su cuello. Ya ninguno podía ocultar lo que sentía. Dijeron adiós al sufrimiento, y se hicieron prisioneros de los besos. Paseó la nariz por detrás de su oreja, y sus labios jugaron con el lóbulo. Quería bailar con su cuerpo y ser su maestro, pues la deseaba más que

al aire para respirar.

Las manos de Izan acariciaban sus muslos suavemente. Le desabrochó el pantalón y se lo quitó. Ella llevaba puestas unas bragas de algodón blanco.

—¿A qué huelen las rosas azabaches? —la describió a ella con el corazón de un poeta.

Bajó la cabeza hasta su entrepierna y aspiró su almizcle a través de la tela. Embriagado, sacó la lengua y lamió por encima. Sabía a mujer.

Ella agarró la cabeza del bombero y enredó las manos en su pelo a la vez que lo empujaba con suavidad contra su intimidad. Pandora abrió los ojos, excitada, y vio a su derecha un envase de caramelo. Se mordió el labio con una idea perversa en la cabeza. Izan metió los dedos por el filo de su ropa interior y tiró hacia abajo despacio, descubriendo el postre. Miró su vagina, loco de deseo. Era tal y como la recordaba: menuda y con una rajita pequeña. Le dio un beso tierno, y sintió el palpitar de su excitación.

—¿Le ponemos caramelo a la vida? —preguntó ella con una sonrisa traviesa.

Pandora derramó el líquido en su sexo y abrió las piernas para que Izan se comiera el postre hasta que quedara empachado. Él no dudó y lamió de abajo arriba, entreteniéndose con la lengua en su clítoris. Besó y absorbió hasta dejarlo limpio, pero Pandora llevaba demasiado tiempo sin sexo y se derramó en su boca. Gimió como una gatita, ruborizada por el placer.

Izan la bajó de la encimera y la colocó de espaldas a él, apoyándola un poco inclinada contra la isla de la cocina. Se hundió en su sexo sin más preámbulos, y empujó las caderas mientras su boca se perdía en besos en la nuca de su chica. Pandora se estremeció. No tardó en dejarse llevar y derramar su semilla dentro de ella.

—Si te quedas otra vez embarazada, quiero formar parte del proceso.

Mi única pena es no haber visto crecer a Macarena...

—Nunca es tarde. Disfrutarás de nuestra pequeña.

—Nuestra —repitió Izan, sonriente.

Tres meses más tarde.

Hacía un día soleado, de esos que te alegran el alma. La familia González al completo disfrutaba en los jardines de la mansión de un pícnic. Izan había sido recibido con los brazos abiertos, y por fin había hablado con el espíritu de su abuela. Mindy había completado su misión en ese plano astral y se había despedido de todos; había llegado el momento de avanzar más allá del velo espiritual. Ahora, su nieto estaba completo y gozaba de felicidad.

—¿Qué es esto, Paca? —preguntó Bruno, probando un nuevo licor de esta.

—La Flamenca. Vino con un ingrediente secreto.

—Tía, ya no es secreto —dijo Pandora, riendo entre los brazos de su bombero—. Es marihuana.

—Bruno es sheriff. Puede detenerme —bromeó.

Mientras todos disfrutaban de un día estupendo y especial, Macarena jugaba a la pelota en la linde del jardín que conectaba con el pantano. La pelota se le escapó, y esta se internó en el viejo bosque. La pequeña se detuvo al sentir a alguien entre las sombras.

—Hola...

De pronto, la pelota salió rodando hasta sus pies. Esta vio una sombra muy oscura, como humo moviéndose entre los árboles. Cuando fue a dar un paso, Izan la llamó. La pequeña perdió el interés de inmediato por aquel

misterio y salió corriendo.

—¡Ya voy, papi!

Agradecimientos

Nunca me cansaré de dar las gracias a todos los lectores que hacen posible que siga soñando en este mar de letras. Mil gracias por entusiasmos con mis historias, por reír con las mujeres González y por apostar por mí. Gracias de corazón.

Esta novela se la quiero dedicar a mi familia, a esas mujeres González que hicieron posible con sus historias y anécdotas esta novela y la anterior. Os quiero; Catalina, Antonia, María, Jessica y Poty. Sin vosotras la vida no tendría sentido.

Biografía



Katy Molina nació en Barcelona en 1983, de familia andaluza. Apasionada de la cultura, la historia, las letras y la arqueología.

Toda una vida soñando con ser escritora y poder transmitir con su humilde pluma sus creaciones tan diversas. Una mente brillante y delirante, capaz de crear personajes con duende y hacerte sentir parte de la historia.

Su primera obra fue “Red Púrpura”, una novela presentada a concurso y de género negro y sobrenatural. Más tarde, publicó una antología de veinte “Relatos Eróticos”, su pluma más perversa y sensual. Pero no sería hasta la serie “Cruce de Miradas” conocida, se componen de cuatro novelas: Lola, Dana, Diana y Canalla. Son unas comedias románticas y eróticas muy divertidas, sensuales y con pinceladas muy andaluzas.

A finales del año 2016, se atrevió a sacar un nuevo género erótico denominado “Destroyer” que la marcarían como sello propio y único. Utilizó un seudónimo para este género tan polémico y se llamó Katy Infierno. Sacó al mercado una antología erótica nada convencional, “Erótica Destroyer”, una marca que solo ella puede realizar con un toque perverso, humor negro, excitante e imaginativo. No se quedó ahí y creó una serie de cuentos de erótica para adultos, la serie se titula “Venganza” y el primer cuento

publicado es “Sally, dama de la muerte”. (falta un libro más por publicar). Pero el mundo la conocería por su novela más reciente, “Penélope, la asesina del Pene” un thriller policíaco y erótico de principio a fin.

En 2017 Katy Molina seguiría en la aventura de escritora consolidándose como autora de ventas en Amazon. Las novelas que publicó ese año son muy diferentes entre sí, ya que la autora no se conforma con escribir un solo género. Podemos encontrar “El Viaje de Azahara” novela romántica inspirada en la leyenda de los almendros de Medina Azahara. Tulipán Negro, novela sobrenatural romántica de vampiros y licántropos. Publicó una antología “Susúrrame entre las Piernas” que ella misma organizó con compañeros de género erótico. Una de las novelas de éxito del año 2017 fue “Sexo, Orujo y Flamenco” (serie “Las Mujeres González”), una comedia romántica mezclada con drama.

A comienzos del 2018 se atrevió a publicar “Cuervo de Medianoche” un libro lleno de versos libres y reflexiones.

Actualmente, Katy Molina, está preparando su próxima novela y última de la serie González, el libro de Úrsula. Además sacará un proyecto muy ambicioso, un drama sobrenatural inspirado en la segunda guerra mundial; “Cuervo Judío”.

